GONZALO ABELLA

Artigas

el resplandor desconocido

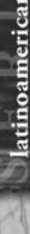




GONZALO ABELLA

Artigas

el resplandor desconocido





Colección *historias*

Referirse a la Historia en singular y con mayúscula implica creer en el carácter absoluto de un único discurso. La historia no es una sola, es más bien un tejido profuso de múltiples historias, diversas miradas acerca del mundo y la cultura que constituyen el patrimonio más rico de la humanidad: sus memorias, en plural y sin mayúsculas.

La Colección ***historias*** invita a leer la diversidad, la compleja polifonía de lugares, tiempos y experiencias que nos conforman, a partir de textos clásicos, contemporáneos e inéditos, de autores venezolanos y extranjeros.

Las historias ***universal, latinoamericana, venezolana, regional y local*** se enlazan en esta Colección construyendo un panorama dinámico y alternativo que nos presenta las variadas maneras de entendernos en conjunto. Invitamos a todos los lectores a buscar en estas páginas tanto la rigurosidad crítica de textos especializados como la transparencia de voces vívidas y cálidas.



Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos:
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es
atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve

Diseño de la colección:
David Herrera

Edición al cuidado de:
Vilma Jaspe
Xoralys Alva
David Herrera

Depósito legal lf40220089003863
ISBN 978-980-14-0153-7





– a los sabios ancianos que conocí hace muchos años en Camba cuá.

– a los sobrevivientes de los pueblos originarios de América,
que me enseñaron a comprender mejor a José Artigas.

FRAGMENTOS DE PRÓLOGOS A REEDICIONES ANTERIORES

Este libro nació como un aporte para la reflexión colectiva sobre una personalidad y una época que continúan hoy en día promoviendo interrogantes y polémicas.

En cada reedición fui incorporado un breve prólogo donde actualizaba los datos y los debates que sobre estos temas siguen apareciendo.

Seis años después de su primera edición, pienso que puede ser de interés para el lector conocer las partes sustanciales de aquellos prólogos que en su momento entendí necesario incorporar.

La demanda por una segunda edición de este libro (a un mes y medio apenas de su presentación) es un indicador del renacido interés del público sobre nuestra propia identidad.

Los debates históricos nunca son inocentes. Hay en ellos dudas e insuficiencias auténticas, aspectos opinables y hasta errores sin intención; pero siempre aparecen también lecturas sesgadas y tergiversaciones. Y en cada autor hay una selección intencional de los aspectos que se tratan y de los que se omiten, selección que responde a preferencias previas que él mismo se ha formado.

El Ministerio de Educación y Cultura acaba de publicar y distribuye en forma gratuita un libro del profesor Diego Bracco titulado *Guenoas* (Montevideo, 1999), libro de hermosas tapas rojas con el escudo de la República en su frente. Allí se lee en relación a los guenoas:

> Aquí procurará exhibirse documentación que reafirma (...) aquellas características que hacen verosímil que se tratara de una nación no ya vinculada sino generalmente enemiga de los charrúas (aunque debe agregar): ...excepto en los últimos años del período colonial donde ambas con el agregado de otros perseguidos por el sistema tienden a unir su suerte (p. 14).

O sea que los guenoas de Bracco no pertenecen al tronco lingüístico de la macroetnia charrúa, ni siquiera son parientes, sino que son muy diferentes. En qué se diferencian no queda claro. Tampoco queda claro si Bracco ignora o cuestiona los recientes estudios sobre lengua charrúa de Ibarra Grasso, quien precisamente demuestra que los vocablos guenoas y minuanes conocidos, al igual que los bohanes, son sólo variantes de la misma lengua.

Bracco reconoce que: «los autores de mapas, no interesados en temas indígenas, van a usar frecuentemente el nombre de charrúas como genérico para toda la Banda de los Charrúas» (p. 91).

En otro lugar Bracco sugiere que los cartógrafos confundían el río Paraná con el Uruguay y que la Banda Charrúa era el Entre Ríos. Pero también debe admitir que en el siglo XVIII: «los charrúas que se mantienen en la infidelidad parecen pasar a operar preponderantemente en la Banda Oriental».

Al final, Bracco se vuelve más transparente en cuanto a su marco conceptual:

> Para concluir hace falta señalar que en los albores de nuestra independencia un grupo charrúa fue exterminado en circunstancias que han sido prolijamente estudiadas. El hecho se tornó bandera política y contribuyó decisivamente a centrar la atención sobre esta parcialidad con frecuente énfasis en los aspectos éticos de la cuestión. De este modo tal vez se haya sobrevalorado el papel charrúa en nuestro pasado. Y se haya tendido a la construcción de una leyenda rosa sobre nuestro pasado indígena tan poco comprensiva como la leyenda negra que la antecedió (...) tal comprensión o la que los señala actuando como colectivo, defendiendo invariablemente iguales causas y valores, no se compadece de una realidad compleja...

Cada uno puede quedarse con la versión que quiera. Entre Bracco y el afro-oriental Ansina me quedo con este último que sólo cita a los charrúas como la etnia «que al suelo oriental venera». Pero aún así yo saludaría estas teorías escritas por un hombre joven como Bracco (...) financiado por un proyecto estatal (...) y aplaudiría a sus mecenas si hubiera después espacio para la polémica. Pero el ministro Yamandú Fau (recuérdese que cuando escribí esto Fau era ministro de Educación y Cultura) (nota de la 5ta edición) no ha anunciado polémicas sino que ha amenazado con nuevos libros «donde se diga la verdad sobre nuestro pasado indígena». Estoy un poco cansado de verdades oficiales.

Pasemos al segundo punto:

En la página editorial del diario *El País* de Montevideo, correspondiente a la edición del 26 de abril de 1999, el Dr. Gonzalo Aguirre habla de Artigas. El Dr. Aguirre no simpatiza con algunos compañeros de Artigas pues éste andaba: «rodeado de elementos heterogéneos, los más de ellos violentos e incultos (...) Artigas, en efecto, tuvo una tendencia a apoyarse en jefes díscolos y de hábitos irregulares».

Artigas, dice este destacado dirigente nacionalista, llega a tolerar las indisciplinas de Rivera y Otorgués y entonces «ello colmó la paciencia de quienes querían hacer la guerra en serio y sujetarse a estricta disciplina militar» (o sea Oribe, que se cansa de tanto desquicio y se va a Buenos Aires, G. A.).

Está claro que la opción de Oribe no es antiartiguista, como no lo fue tampoco la de Bartolomé Hidalgo, sino que fue una postura discrepante con los procedimientos del prócer; pero es muy claro también que si el Dr. Aguirre hubiera vivido en esa época hubiera seguido a Oribe en el cruce del río.

El Dr. Aguirre valora positivamente el reglamento de 1815 pero agrega:

> utiliza, sin embargo, un lenguaje draconiano en la determinación y confiscación de las tierras disponibles en las que incluye todas aquéllas donadas o vendidas por la administración española, primero, y la porteña más tarde, sin excepción en relación a los propietarios que fueran orientales que reservarles una suerte de estancia. Medida extrema que no luce por su racionalidad. Así se fue ganando enemigos Artigas (...) Con algo más de cintura política podría haber logrado quizás parte de sus reivindicaciones.

Si "cintura", como dice el diccionario, es la curva que anuncia un estrechamiento del cuerpo, yo me quedo con la rectitud sin estrecheces de Artigas y su lealtad "cuadrada" a sus "compañeros heterogéneos", aquellos que tampoco tenían cintura para conducirse con ambigüedades en ningún entrevero (...)

Fragmentos del prólogo a la segunda edición (1999).

Fue en abril de 1999 que la primera edición de 1.000 ejemplares de este libro salió a luz; ya en junio estaba prácticamente agotada y se hizo entonces su segunda edición (...) Heme aquí en marzo del 2000 nuevamente abocado a una reedición de *Artigas: El Resplandor desconocido*.

La propuesta que presento en estas páginas es entender la Liga Federal como una *federación de culturas* que levantaron una plataforma participativa en un diálogo de respeto mutuo, única fórmula en un continente mestizo para que *los más infelices sean los más privilegiados*...

Desde esta óptica multicultural no hay contradicción entre la forma individualista de apropiación de la tierra que plantea el Reglamento Provisorio de 1815 para las familias pobladoras de la Banda Oriental (donde las tierras indias no se tocan) y las pautas colectivistas que establece Andresito para las comunidades artigueñas guaraní-cristianas de las misiones. Lo que hay en ambas es una adecuación respetuosa a las diferencias culturales desde la «soberanía particular de los pueblos...»

La segunda mitad de 1999 conoció importantes trabajos sobre Artigas, y es previsible que a lo largo de este año (*esto lo escribí en el 2000, G. A.*) la bibliografía sobre nuestro héroe se acreciente notoriamente. Las publicaciones más valiosas a mi juicio han aparecido en el interior del país.

Un importante diario de Montevideo publicó seis fascículos (...) que demuestran que un buen financiamiento no garantiza audacia investigativa. En este trabajo el aporte indígena y africano al artiguismo es totalmente ignorado y se llega a afirmar erróneamente que Artigas, al elogiar al Dr. Francia en 1820, estaba claudicando de sus principios. Desgraciadamente no hay ámbitos públicos para debatir estos asertos.

Otro trabajo también publicado en Montevideo (...) habla de "ocho mujeres" que Artigas amó a lo largo de su vida (...). Refiriéndose a tiempos de gran inestabilidad y de dudosa documentación creo que el afirmar que alguien "amó a ocho"

y no a “dos” o a “quince”, denota cierta ligereza que no quita méritos al esfuerzo de la búsqueda (...). La vida privada de un hábil conspirador como fue Artigas no es fácilmente reconstruible. Desgraciadamente el autor llega a afirmar que el Dr. Francia había “puesto cerrojos” en el Paraguay sin advertir que la actitud vigilante de su gobierno protegió al Estado paraguayo del espionaje que hacía Bonpland para el colonialismo y que esta misma actitud vigilante defendió a las comunidades indígenas, desmanteladas después por sucesivos gobiernos liberales (o depredadores, que es lo mismo). Afirma este trabajo genealógico “de las ocho mujeres” que Artigas se hizo soldado del rey por una pena de amor, que los gauchos eran malos padres, que Artigas besó la Constitución uruguaya de 1830, que Ansina fue su “fiel negro”, que el Dr. Francia reprimió con exceso a la oligarquía de Asunción, y evidentemente cree el autor que los liberales que volantearon Asunción en 1820 eran sinceros partidarios de Artigas. Se muestra particularmente benigno con José María, sin duda el más desamorado y manipulador de los hijos de Artigas.

Pero es muy necesaria y saludable esta diversidad de enfoques. Marco mis discrepancias con la tranquilidad de conciencia de quien difunde también sus propios errores. Aún con muchos cuestionamientos el camino parece cada día más claro. Tenemos muchos monocultivos que enfrentar, en la mente y en la pradera.

Fragmentos del prólogo a la tercera edición (2000).

El 19 de mayo de 2001 el diario *El País* publicó un suplemento donde se afirma que nada queda de lo charrúa en nuestra identidad; que todo lo que heredamos de los pueblos amerindios es guaraní. Como movida por una misma mano invisible, esta curiosa versión se filtra en documentos de ONG’s.

...Desde luego, los orientales podemos estar orgullosos de vivir en una región que tuvo fuerte presencia guaraní; pero la falsa oposición interétnica guaraní-charrúa tiene un claro objetivo político: hacer invisible nuestra raíz charrúa; reducir esta macroetnia a un grupo insignificante y minoritario. Se pretende así disminuir el crimen perpetrado por el modelo liberal y su brazo ejecutor (Fructuoso Rivera) contra los charrúas...

Las palabras de nuestro prócer (o las que dictó a sus secretarios) se fragmentan arbitrariamente escondiéndonos su sentido esencial. Pero aún se soslaya el hecho de que Artigas, aunque lecto-escritor, pertenece por opción al mundo de la cultura oral, al Mundo Gaucho de la pradera, y que sus documentos escritos no deben tomarse como la expresión cabal de su pensamiento, sino como acuerdos y compromisos cautelosos con el mundo lecto-escritor (y ajeno) de poblados y ciudades.

En realidad, el fogón popular, verdadera célula articuladora de las fuerzas sociales del artiguismo, no llevaba actas, pero la palabra dada valía más que cualquier documento. Por eso la memoria oral y la reconstrucción tentativa son muy necesarias.

La causa artiguista no muestra todas sus cartas en los documentos escritos: como diría mucho después José Martí: «hay cosas que para que triunfen han de andar ocultas» (a los ojos de los aliados temerosos). La causa artiguista se nutre

de las redes populares y desde ellas teje una propuesta continental, multicultural, federada y participativa. Sólo en estas redes, en sus humildes herederos, queda guardada la verdadera memoria de la propuesta.

Esta propuesta no murió: es tenue llama matrera esperando avivarse en el "fragoroso incendio" del que habló Zorrilla de San Martín. Ojalá estas páginas ayuden a impulsarlo aunque sea un poquito.

Fragmentos del prólogo a la cuarta edición (2001).

PRÓLOGO A ESTA QUINTA EDICIÓN AMPLIADA

Seis años después de su primera edición comienzo a escribir el prólogo para una nueva edición de este libro.

Demoré tantos años en hacerlo porque hemos cambiado, intercambiado y aprendido, porque ya no somos los mismos; y entonces no podía simplemente repetir lo que dije en 1999. Pensé que quizás debía escribir el libro de nuevo.

No modifico estas páginas porque se hayan ido al suelo las hipótesis que esbocé por entonces: la edición de 1999 sigue teniendo vigencia en todo lo esencial. Reescribo este trabajo porque aquellas hipótesis se han confirmado y enriquecido en una dimensión impresionante por obra de muchos hermanos y hermanas; tantos, que no los puedo contar.

Respeto aquí el orden de los capítulos del libro original, y también los anexos que escribí con anterioridad, aunque ahora algunos de ellos me parecen algo ingenuos. Cambio a veces la forma dubitativa por la certeza y en muchos casos sintetizo conclusiones como sólo puede hacerse después de compartirlas y reelaborarlas con tantos compañeros. Incorporo, además, como anexo la síntesis de un trabajo sobre Artigas que publiqué en 2005 en el semanario *Siete sobre Siete* de Montevideo.

La vigencia esencial del artiguismo sigue expresándose en la lucha por la tierra. Hasta su *Reglamento de Tierras de 1815* Artigas había logrado mantener la alianza de los pueblos en armas con los hacendados independentistas más ricos, que eran grandes terratenientes y propietarios de esclavos. A partir del Reglamento Provisorio se produce la ruptura. El texto del Reglamento de Tierras es cauteloso en su redacción pero desde su promulgación los poderosos advirtieron que la Revolución afectaba sus intereses privados, y comprendieron que, con Artigas o sin Artigas, las montoneras multiculturales habían tomado un protagonismo que sólo podían frenar con la invasión extranjera.

La invasión portuguesa de 1816 contra la gente de Artigas fue recibida con la misma alegría por los antiguos colonialistas que por los liberales masones. Después, el proceso de restauración de la gran propiedad agraria avanzó ininterrumpidamente entre 1830 y 1870 y se consolida con el Código Rural, el alambrado de los campos y la dictadura de Latorre de 1875.

Todo el siglo XX fue marcado por la lucha por la tierra. Pero hasta 1970 la tierra estaba ahí, intacta en su riqueza potencial, aunque injustamente poseída y muchas veces mal utilizada.

Desde los años ochenta del siglo XX el latifundio fue invadido por una sobredosis de monocultivo forestal: plantaciones de pinos y eucaliptos comenzaron a destruir nuestra riqueza natural. La pradera empezó a morir en muchas partes, el agua a desaparecer.

Las políticas del Banco Mundial y el BID («50 años creando pobreza y destruyendo naturaleza», como los definió el Foro de Sâo Paulo) endeudaron primero y destruyeron después la chacra, el tambo y la pequeña propiedad agropecuaria hasta entonces supervivientes. Las instituciones multilaterales de crédito al servicio de las transnacionales (en complicidad con gobernantes corruptos) nos impusieron la "deuda externa" y (después de someter a "nuestros" políticos) expulsaron a la gente del campo e impulsaron las grandes agroindustrias con la aplicación masiva de agroquímicos. Robaron la sabiduría de los pueblos imponiendo patentes privadas sobre hierbas medicinales y plantas alimenticias. Siempre bajo la dictadura de la Organización Mundial del Comercio apoyaron la expansión nefasta de los transgénicos y ahora están impulsando la propuesta de considerar todos los bienes de la naturaleza, hasta el agua, como "servicios ambientales" privatizables que deben ser pagados por las poblaciones que los usen.

Detener la sobredosis de monocultivos forestales, la contaminación brutal de ríos y lagunas, la destrucción de la biodiversidad: todo ello es parte esencial de la lucha por la tierra en el siglo XXI.

Por todo ello seguimos evocando a Artigas, y en él a la legión inmensa de hombres y mujeres, pueblos y naciones, que fueron sus maestros, sus compañeros y sus continuadores. Porque el artiguismo tiene tres pilares básicos: *la soberanía particular de los pueblos, la integración continental y la tierra en manos de quien la trabaja.* La tierra protegida o la tierra saqueada: ésa sigue siendo (hoy como ayer) la línea divisoria entre soberanía popular o entrega del más rico patrimonio popular al colonialismo, enemigo de la felicidad de los pueblos.

Gonzalo Abella,
Diciembre de 2005

UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

La estructura de esta obra obedece a una etapa madura de reflexión sobre hechos que en su momento me sorprendieron e impactaron.

Etapa madura significa que corona una fase de sistematización y decantación. No significa etapa final, ni implica que ahora las certezas sean definitivas; pero el orden de los capítulos ya no corresponde a la cronología inicial de búsquedas y descubrimientos.

Todo se estructura según una tentativa de exposición sistemática y ordenada. Explico primero las distintas imágenes que se han construido sobre la personalidad y el ideario de Artigas, luego rastreo las pistas que fui encontrando en el Paraguay; posteriormente hablo de las fuentes indígenas, afro, gauchas, cristianas y enciclopedistas en la formación de su pensamiento, para después releer los documentos más conocidos, y finalmente sacar conclusiones sobre su ideario, su acción y el verdadero sentido de su propuesta.

Se omiten aquí, entre otras cosas, la historia de nuestras intensas búsquedas, los encendidos intercambios de preguntas e informaciones con Isabel Izquierdo y otros compañeros, y sólo se mencionan aquellas polémicas que tienen que ver con lo esencial.

No obstante lo anterior, a veces me resulta insoslayable recuperar el estilo de las etapas previas de mi propia búsqueda, para compartir con los lectores algunos tramos del camino recorrido.

Por otra parte, cada capítulo puede leerse como un trabajo independiente, porque enfoca aspectos que revisten un interés específico. El capítulo que trata de los *pueblos originarios* fue trabajado de forma totalmente diferente, pues me vi obligado a introducir al lector en una racionalidad que probablemente le sea ajena. Algo similar ocurrió en el capítulo sobre el aporte *afroamericano*. Es imposible hablar del artiguismo sin incursionar en el ámbito específico de estas fuentes, aunque, por supuesto, requerirían de una profundización mucho mayor.

Cuando transcribo notas, cartas y comentarios de años anteriores ubico cada uno de estos textos bajo el título común de "anexos". Cada "anexo" es un peldaño de diferentes ascensos que convergieron hasta lograr la síntesis que aparece en las conclusiones del trabajo.

A veces aparecen en los "anexos" conceptos que en otras partes me veo obligado a reiterar, y esas "otras partes" pueden aparecer como previas en la estructura final de este trabajo. Entendí así que no debía mutilar los "anexos" ni quitarlos, pues fueron hitos esenciales del proceso cuyos resultados expongo.

Por supuesto, estas páginas pueden leerse salteándose los "anexos" sin perder el hilo principal de la exposición, pero creo que ellos ilustran aspectos centrales de lo que aquí se afirma.

Evocando
a Artigas.
El choque de las imágenes diversas

CAPÍTULO I

José Artigas nació el 19 de junio de 1764 en Montevideo, para entonces plaza fuerte española en el Río de La Plata. Su abuelo y su padre ocuparon cargos destacados en la administración colonial de este pequeño pero estratégico enclave. Artigas recibió educación básica en el colegio de los padres franciscanos.

Muy joven abandona el hogar paterno. Desde 1778 rompe definitivamente con su clase social y deja Montevideo para siempre. Aunque sus verdaderas opciones sólo se harán públicas en 1811, analizando documentos y sucesos comprobamos que su actuación silenciosa al servicio de las mayorías oprimidas empieza por 1790, y que continúa sirviéndolas en los años que viste uniforme militar español (1797-1810). Es que Artigas sintió desde la adolescencia, como diría Maggi, la atracción del "Lejano Norte", el mundo del charrúa agauchado, de los africanos prófugos, de los guaraníes cristianos (refugiados allí tras la hecatombe misionera), de criollos y europeos rebeldes que buscaban nuevos horizontes en la práctica libérrima. Artigas se fusionó para siempre con ese nuevo mundo multicultural de hombres y mujeres a caballo, que crecía al abrigo de una naturaleza indómita y de la vaquería incontrolable.

El mundo gaucho para entonces formaba el ala suroriental de las redes multiculturales de la resistencia. Estas redes expresaban la alianza tácita de las mayorías discriminadas, y por toda nuestra América creaban territorios liberados en las montañas, la selva y los llanos, para la protección mutua de sus comunidades.

Las redes contaban con personas como Artigas, quienes por su origen de clase social podían entrar allí donde los excluidos no tenían acceso; por ejemplo, llegar a integrar los mandos medios de las milicias coloniales.

El desafío a la Ley del Monopolio Comercial español se hacía desde el mundo gaucho exportando cueros de vaca a Europa a través de las playas oceánicas orientales. A ellas llegaban barcos europeos, principalmente franceses, holandeses e ingleses con suficiente armamento (o información topográfica y de inteligencia) como para enfrentar cualquier patrullaje español. Las mercancías europeas llegadas por contrabando a estas costas se distribuían por los caminos milenarios de los indios hasta el Alto Perú y el Pacífico, lo que demuestra la existencia de alianzas circunstanciales entre las redes multiculturales y ciertos poderosos comerciantes europeos.

El monopolio comercial y el tráfico de esclavos habían sido establecidos y reglamentados por las Leyes de Indias para toda la América española. En cambio, no se había auspiciado desde España la acumulación de tierras en el nuevo continente por parte de unos pocos particulares. Fue por su propia iniciativa que los cabildos coloniales corruptos habían especulado con la tierra

y habían generado latifundios no previstos ni deseados por las leyes dictadas en la metrópoli. Pero —más allá de las trampas jurídicas y la ambición especulativa— ninguna institución del poder colonial (con todas sus milicias y alcaldes represores) llegó a controlar más del 10% del territorio que en los papeles le correspondía.

El mundo incontrolable de la pradera era un universo fraterno y multicultural de fronteras móviles. Charrúas, esclavos prófugos, tapes misioneros y europeos y criollos rebeldes, todos ellos habitantes de la tierra gaucha, eran los proveedores de cueros de Europa en el tráfico ilegal. No acumulaban la ganancia; las monedas y los artículos que recibían de Europa por pago y en trueque muchas veces eran compartidos o circulaban generosamente redistribuidos entre ellos mismos en apoyos recíprocos o en juegos de azar.

En aquel universo gaucho la abundancia de artículos europeos necesarios y suntuarios (incluyendo pólvora y armamento) era sorprendente. Pero también la pradera tenía sus células productivas: las estancias, que funcionaban en lo artesanal como burgos medievales. En algunas de las primeras estancias cimarronas, junto a maizales y guías de zapallo (en unas pocas ya había hasta durazneros y limoneros), renacía una artesanía aldeana y se reconstruían los oficios necesarios para compensar la escasez de artículos cotidianos como el jabón o las velas. También se reparaban carretas, se hacían trabajos en cuero y a veces había una fragua y hasta una pequeña calera; se almacenaban y clasificaban los yuyos medicinales indígenas y se elaboraban embutidos y quesos. Pero los ritmos y los oficios los regía el tiempo del caballo. En ese mundo centauro, rebelde ante la ley del conquistador, vivió y se formó José Artigas.

Artigas no volvió a relacionarse con el poder colonial hasta los 32 años de edad, después de una amnistía que indultó a los que habían cometido delito de propiedad contra el orden establecido.

Mandatado en realidad por las redes de la resistencia, integró las milicias coloniales españolas desde 1797 hasta 1810. En 1811 (también por acuerdo con las mayorías excluidas) ofrece sus servicios a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, controlada en parte por la masonería independentista y pro-británica. La junta revolucionaria lo designa para comandar los grupos armados “de milicias” revolucionarias en la Banda Oriental.

De esta forma las logias masónicas (de los grandes hacendados y comerciantes “librepensadores”) y las redes multiculturales (encabezadas circunstancialmente por Artigas) logran una alianza temporal. Pero la alianza durará pocos años: los hacendados esclavistas “patriotas” eran herederos de las inmensas tierras de sus abuelos cabildantes españoles, y traicionarán la alianza con los *sin tierra* cuando se profundice la lucha social. Esto se verá claramente sólo en 1816.

El 18 de mayo de 1811 al frente de criollos e indígenas, Artigas vence a un destacamento español en la Batalla de Las Piedras y pone sitio a Montevideo.

Los colonialistas españoles sitiados llaman en su auxilio a los colonialistas portugueses del Brasil y éstos invaden la Banda Oriental del Plata.

Portugal ocupa la campaña oriental, fortalece el poder español en Montevideo, y envía exploradores que cruzan el río Uruguay. Artigas y los orientales se aprontan a combatir a ambos poderes coloniales porque saben que Montevideo está a punto de rendirse.

Pero el gobierno pro-independentista de Buenos Aires hace un análisis diferente. Coyunturalmente está entre dos fuegos: por el norte y detrás de la cordillera se reagrupaban y avanzaban los ejércitos colonialistas españoles y ahora por el río Uruguay lo amenazaban los portugueses del Brasil. Decidido a concentrar esfuerzos contra los españoles del norte, el gobierno porteño (que se considera representante de todos los pueblos del antiguo virreinato) logra un armisticio con los portugueses y acepta que éstos ocupen la Banda Oriental.

Artigas no se rinde. Sin romper vínculos aún, va anunciando con cautela que en la nueva situación quedan anulados sus acuerdos con Buenos Aires, y encabeza un movimiento autónomo de resistencia que va logrando alianzas con varias provincias del interior argentino.

A fines de 1811 Artigas se retira rumbo al Alto Uruguay con los gauchos, los indígenas y los afroamericanos en armas que lo seguían. Las familias orientales abandonan sus viviendas y se van con él. Es muy llamativa la heterogeneidad de esta población que lo sigue; hasta se da el caso de algunas familias que emprenden la marcha conservando junto a ellas a sus antiguos esclavos.

Este episodio de adhesión extraordinaria de un pueblo a su líder se conoció como "el Éxodo del Pueblo Oriental" o "La Redota" (en el lenguaje mestizo del campo) y duró como pueblo acampado y en armas hasta que se reiniciaron las acciones bélicas contra España, pues Portugal finalmente se repliega a territorio brasileño y Buenos Aires establece el segundo sitio al Montevideo españolista.

Las relaciones de Artigas con el gobierno de Buenos Aires nunca se compusieron; su deterioro llegó al enfrentamiento directo. El origen visible de la discordia es la defensa de la autonomía de las provincias frente al poder central. Detrás de ese problema está la exigencia de las otras culturas y comunidades (pueblos originarios, aldeas indocristianas, comunidades afroamericanas en armas y hombres y mujeres gauchas) para autogestionar sus destinos.

El derecho a ser culturalmente diferentes pero sin la obligación de serlo: he ahí la aspiración más o menos difusa de las mayorías, la que Artigas interpreta en ese momento. Se abrirán desde entonces en el territorio controlado por los "*artigueños*" las llamadas "Escuelas de la Patria", gratuitas, para aquellos que quieran vincularse al mundo del comercio europeo y al comercio mundial. Pero para sus egresados pobres siempre está el riesgo de la discriminación; por ello (al mismo tiempo que se abren escuelas para todos) habrá territorios reservados para las opciones culturales tradicionales, vinculadas directamente al ecosistema. Nadie quedará excluido.

Los sucesos se precipitan. Buenos Aires derrota la resistencia del Montevideo españolista; de inmediato Artigas vence momentáneamente al ejército porteño en 1815 y son los gauchos artiguistas los que finalmente ocupan Montevideo. El cabildo los recibe sin mucho entusiasmo.

Para entonces las provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe y Córdoba se unen a la provincia Oriental en la "Liga Federal" y nombran a Artigas "Protector de los Pueblos Libres". Las redes continentales populares, las que apoyaron a Zumbí y a Tupac Amaru, entienden rápidamente que el artiguismo es la renovada expresión de su misma lucha. Por entonces en lugares tan distantes entre sí como Cochabamba, Guanaco Laguna, el "Continente" riograndense y los barrios humildes de Buenos Aires, el artiguismo fue santo y seña de la revolución radical.

Pero las banderas federales artiguistas (diferentes diseños pero siempre rojas, blancas y azules) no expresan lo mismo en cada lugar. En algunas provincias este federalismo es la sólida alianza de las comunidades en armas (caso de Misiones). Otras veces es una alianza endeble con provincianos adinerados que reconocen provisoriamente a Artigas como protector solamente para neutralizar el centralismo porteño aunque en su solar no renuncian a sus privilegios de opresores terratenientes y esclavistas (caso de las ciudades de Corrientes y Montevideo). Dicho de otra manera: hay un artiguismo consecuente (por ejemplo, el que predomina en el gobierno de Misiones) y hay un artiguismo vacilante (que es el que predomina, por ejemplo, en el gobierno de la provincia de Corrientes o el cabildo montevideano de Barreiro). A nivel popular, en cambio, el artiguismo en todos lados es siempre radical.

Artigas vive el apogeo de su prestigio entre 1813 y 1820. De esos años son sus documentos más célebres. Muchos de los escritos que se conservan de Artigas o de sus secretarios son propuestas de gobierno sometidas al análisis de asambleas populares, ya que Artigas insiste ante los patricios de los cabildos lo mismo que expresa en los fogones gauchos: «Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana».

El fogón deliberante es la célula radical del proceso revolucionario. En cambio, cada cabildo es un lugar de negociaciones con los hacendados ricos que lo dirigen y se transforma en tribuna donde Artigas busca horizontalizar las relaciones entre logias y pueblos en armas.

Uno de los documentos de estos años que se cita con mayor frecuencia es el pliego de instrucciones que dicta Artigas a los diputados orientales que van a reunirse con sus pares de las demás provincias en la proyectada Asamblea Constituyente en Buenos Aires en 1813. En estas famosas *Instrucciones del año XIII* Artigas propone (y el Congreso Oriental aprueba) que para formalizar el pacto con las demás provincias se ponga como condición previa que se constituya un Estado federal, republicano y democrático. Además debía quedar establecido,

entre otras cosas, que ese Estado federal «promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable».

Es particularmente interesante su defensa inclaudicable de la "*soberanía particular de los pueblos*", el derecho de cada comunidad y cada cultura a tomar decisiones por sí misma sobre cada uno de los asuntos que le atañen, en tanto no haya delegado expresa y libremente al Gobierno Central para la resolución de un determinado tema.

Otro documento importante que lleva su firma es el *Reglamento Provisorio de 1815*, donde decreta un reparto de tierras «de tal manera que los más infelices sean los más privilegiados».

En el capítulo VIII de este trabajo les propondré releer estos documentos con otros ojos, más adecuados a los debates de la época y a la imperiosa necesidad de reflexionar sobre su vigencia. Por ahora sigamos con la sucesión de los hechos.

En 1817, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, nuevamente los independentistas "moderados" y los monárquicos restauradores posponen momentáneamente sus enfrentamientos y se alían contra Artigas y sus seguidores, facilitando así una nueva invasión portuguesa mucho más poderosa. Los ricos hacendados esclavistas de Montevideo coinciden con los de Buenos Aires: a esa altura de los acontecimientos, sólo la invasión extranjera podía frenar el cuestionamiento a la gran propiedad terrateniente, cuestionamiento que Artigas había desatado hábilmente, con mayor radicalismo en los hechos que en los documentos.

Llegan a la Banda Oriental dos cuerpos de ejército constituidos por tropas de élite del Imperio de Portugal. Ahora la Corte portuguesa y la poderosa oligarquía de Río de Janeiro y Sâo Paulo están decididas a aniquilar a su peligroso vecino del sur y llevar los límites del Imperio de Portugal hasta las orillas del Río de La Plata. Las logias masónicas rioplatenses ven la invasión portuguesa como un mal menor ante el peligro que representa Artigas para sus intereses y sus propiedades.

Algunos aliados de Artigas en el litoral argentino inician tratos por separado con Buenos Aires y permanecen neutrales ante la nueva invasión. Artigas los considerará enemigos desde entonces. Otros lucharán hasta el fin contra los colonialistas portugueses, como lo hizo el líder guaraní cristiano de la provincia de Misiones, Andrés Guaçurarí. La misma actitud tendrán los afroamericanos y los "indios infieles", fieles al artiguismo, de ambas márgenes del río Uruguay.

Artigas es totalmente derrotado en 1820 y pide asilo en el Paraguay, donde gobierna el Dr. Francia. Éste, a pesar de sus enfrentamientos anteriores con Artigas, acepta recibir a más de trescientos refugiados, inaugurando así la institución del asilo político en Sudamérica. Artigas vivirá en el Paraguay sus últimos 30 años.

Por los caminos de la selva, de los ríos y los esteros, Artigas estuvo siempre en contacto con los pueblos del antiguo protectorado. Nunca dejó de pensar y actuar en contacto con ellos. En 1825 pospuso su vuelta para no perjudicar

la trabajosa y frágil alianza del libertador Lavalleja con antiguos enemigos de Artigas, que ahora enfrentaban juntos al imperio esclavista del Brasil. Después, cuando decidió volver ya era tarde y la diplomacia británica había destruido el proyecto de la Patria Grande.

Desde 1830 los enemigos de Artigas gobernaron el nuevo Estado Oriental. El gobierno neocolonial de Montevideo en 1845 le ofreció un retorno (sería escoltado nada menos que por la escuadra anglofrancesa invasora en el Paraná) pero Artigas, a pesar de su nostalgia, no aceptó volver en esas condiciones para no legitimar al gobierno "colorado" oriental. Falleció el 23 de septiembre de 1850 cerca de Asunción.

Artigas fue visto por sus contemporáneos desde muy diversos ángulos. Todos tomaron partido, de una manera u otra, en relación a su propuesta. Nadie quedó indiferente. Odios y amores lo acompañaron siempre. Es muy importante la visión de sus contemporáneos porque después tanto los detractores como algunos de sus supuestos defensores falsearon su pensamiento y su acción.

En realidad, los organizadores del Estado Oriental, separado de la Patria Grande del Sur; los inventores de la Constitución de 1830, servidores de la política imperial británica y su engendro de *mini-estado* "tapón", quisieron borrar a Artigas de la Historia.

Fue un mal comienzo para un Estado recién nacido. Claro que a pesar de eso y de los crímenes de Estado que desde entonces se cometieron (genocidio charrúa, participación militar en la agresión al Paraguay, dictaduras varias, desapariciones forzadas, opresión, discriminaciones y racismos diversos) nuestro pueblo escribió páginas muy hermosas y modeló poco a poco una identidad propia. Esta identidad se cimenta en valiosas tradiciones que son muy nuestras y se asocian a un modo de ser y de sentir, a una cultura peculiar y a una actitud libertaria. Pero en su momento el surgimiento del Estado Oriental fue una maniobra antiartiguista.

Circuló hasta hace poco en el Uruguay un billete de cinco pesos en el que se reproduce un cuadro al óleo sobre la Jura de la Constitución de 1830. De su simple observación se comprueba que en los festejos de aquella ocasión no hubo una sola bandera artiguista, ni un solo criollo en ropas rurales, ni un indígena, ni un afroamericano. En la imagen que el billete reproduce ondea la bandera del Imperio Británico y la del Imperio de Brasil, junto a la Argentina y la del nuevo Estado.

El 18 de julio de 1830 los poderosos terratenientes y los embajadores imperiales tenían mucho que festejar. Se alegraban porque la nueva Constitución negaba los derechos democráticos de las mayorías; se alegraban porque Artigas estaba bien lejos y probablemente ya no volvería vivo; se felicitaban porque las tierras volverían a ser propiedad de unos pocos, y respiraban aliviados porque los charrúas (memoria fiel del proyecto federal y multicultural) iban a ser exterminados; pero Artigas quedó tan hondamente grabado en el corazón de la gente

que no se pudo borrar de su recuerdo ni se pudo mantener la llamada "leyenda negra" en su contra.

Entonces, después de su muerte, los gobernantes uruguayos comenzaron poco a poco a exaltarlo de palabra y a ponerlo sobre un pedestal, pero falsificaron su pensamiento y su acción. Sepultaron algunas de sus expresiones más claras, ocultaron el sentido esencial de su programa y rodearon de un misterio impenetrable sus últimos treinta fecundos años en suelo paraguayo.

El fundador del partido "Blanco", Oribe (quien lo había abandonado en 1817) lo reivindica en 1836 para sumar simpatías populares a su guerra contra la dictadura de Rivera. Desde 1875 los militares, con Latorre y Santos, advirtieron que la imagen de Artigas era evocable como primer soldado de un país joven que necesitaba tradiciones.

Aún cuando esta tendencia reivindicativa se consolidaba, hubo un sector del partido único de gobierno ("Colorado") que se resistió por mucho tiempo a esta reivindicación de Artigas. Es explicable: todavía estaba muy vivo el recuerdo del enfrentamiento feroz entre el fundador de ese partido, Fructuoso Rivera, y Artigas. Este sector, como desgraciadamente hace la mayoría de las instituciones humanas, creyó menos en la fuerza de sus ideales, en el ejemplo de sus hombres y mujeres ilustres, que en el viejo método de falsificar los hechos históricos que lo comprometían.

Todo estaba muy fresco aún en 1870. Por ejemplo, se recordaba perfectamente que el abandono por parte de Rivera de las posiciones independentistas, sus acuerdos secretos con Pueyrredón en 1817, su entrega al enemigo imperial del plan de comunicaciones y de las rutas de acceso a los campamentos patriotas y su posterior persecución abierta a los "artigueños" había culminado con la decisión expresa del propio Rivera de asesinar a Artigas. Esta decisión fue tomada y formulada por escrito en 1820 cuando ya era pública la adhesión de Rivera a la invasión portuguesa. A este tema volveré después.

Reivindicar a Artigas, así pensaban algunos caudillos "riveristas-colorados" en tiempos de Latorre, hubiera sido levantar un índice acusador contra su propio líder. Primero se debía dejar que el tiempo transcurriese, suprimir documentos y adulterar hechos. Siempre pueden hacer esto los vencedores cuando escriben la historia de los derrotados. Mucho después, si el afecto por Artigas sobrevivía en la gente sencilla, podría empezar a fabricarse un culto oficial a su memoria.

Debe tenerse en cuenta que el partido Colorado nació como "club cisplatino", o sea, como asociación política de los orientales que apoyaron la ocupación imperial portuguesa de nuestro suelo. Después se transformó en la agrupación política con mayor "oficio" de gobierno en el país y la que ocupó lo puestos claves de decisión durante la mayor parte de los siglos XIX y XX. Esta aclaración es especialmente importante para el lector argentino o brasileño, pues en los países vecinos el "colorado" (rojo) fue el color de los federalistas, mientras que en el Estado Oriental los federalistas se autodenominaban "blancos".

Nacido al abrigo del Imperio, el partido Colorado estuvo en el poder cada vez que se dio un viraje crucial, para bien o para mal; y en sus pocos momentos de opositor también se las arregló para incidir en los temas más trascendentales. Fue el supremo hacedor de la Historia Oficial y de los planes de estudio del sistema educativo hasta el año 2004; fue el partido único moldeador de una institucionalidad que él mismo cambiaba o interpretaba según sus necesidades. Esto explica en parte el silencio oficial sobre las dimensiones más trascendentes del artiguismo.

Tengo en mi poder un ejemplar del *Álbum biográfico Ilustrado y Descripción Histórico Geográfica de la República O. del Uruguay* que el gobierno de Batlle y Ordóñez publicó a todo lujo en 1904. Una foto inmensa del "Excmo. Sr. D. José Batlle y Ordóñez" es la carátula interior de la obra, y la exaltación de su personalidad motiva el primer artículo. Pues bien, en la parte histórica Artigas no existe. Leemos:

> El 28 de febrero de 1811 un centenar de gauchos levantados en armas proclamaron la Independencia de la Provincia Oriental (...) Portugal invadió con un ejército de 12000 hombres. A pesar de los heroicos esfuerzos de Rivera que resistió durante cuatro años, la Banda Oriental quedó sojuzgada…**(1)**.

Es así. Sólo a partir de los años 20 del siglo XX el partido Colorado o Cisplatino en su conjunto —el partido que fundara Rivera, el partido único de gobierno— pensó que ya Artigas no era peligroso y que podía funcionar como héroe general lejano y legendario. Habían transcurrido setenta años desde su muerte y era el nuestro un país sacudido por nuevos enfrentamientos entre los partidos "blanco" y "colorado" que necesitaba símbolos y próceres extrapartidistas.

Desde la muerte de Artigas en 1850 cuatro imágenes diferentes se han enfrentado para registrar su paso por la vida. La primera imagen fue la llamada "Leyenda Negra". No fue inventada por sus enemigos frontales, los colonialistas españoles o portugueses. Fue creada por los liberales porteños y montevideanos para calumniarlo, llamándolo desde "anarquista" y "traidor" a «hombre sin más ley que su voluntad».

Hoy quedan pocos defensores de este punto de vista, pero los hay. Se basan en los escritos de Cavia y Berra, que eran masones de la línea más hostil a la patria gaucha. Su perfume de aristocracia obsoleta los hace poco resistentes al menor análisis.

Mucho más respetable es el sentimiento de desconfianza de alguna gente aún joven, y muy especialmente de los que fueron a la escuela primaria y a la secundaria entre 1973 y 1984, a quienes Artigas se les hace sospechoso precisamente porque la dictadura de entonces le rendía homenaje. Pero ya nadie puede leer sin una sonrisa lo que escribió sobre Artigas su acérrimo enemigo Carlos de

Alvear, porteño monárquico, también adversario jurado de San Martín, cuando llegó a la vejez: «Artigas fue el primero que entre nosotros conoció el partido que se podía sacar de la brutal imbecilidad de las clases bajas haciéndolas servir en apoyo de su poder para esclavizar a las clases superiores»(2). Ya no tienen el impacto buscado esas expresiones aristocráticas que ahora golpean más al que las escribió que al acusado.

En cambio, sutiles variantes de la "Leyenda Negra", mucho más adecuadas al mundo de hoy, aparecen en el libro de la profesora Marta Canesa ("*Rivera, un Oriental Liso y Llano*", Ed. Banda Oriental, varias reediciones, Montevideo) y en libros de otros autores también colorados. Allí, para justificar las volteretas políticas de Rivera, se presenta a éste como político flexible, pragmático y sensato. Se proyecta así hacia Artigas indirectamente, por oposición, la imagen de empecinado y terco en sus decisiones originarias.

Otras veces se ataca directamente a la cultura charrúa, minimizándola, desestimando las enseñanzas y el apoyo que Artigas recibió de este pueblo. Atacar a los charrúas (decir que eran "atrasados e ignorantes", "pocos", "indolentes", "incorregibles") es atacar sutilmente a su mejor amigo y discípulo, José Artigas.

A veces por la vía anti charrúa se llega al delirio. El profesor Padrón Favre afirma que Rivera asesina a los charrúas a pedido de los guaraníes, y ve en este genocidio la «solución a un conflicto interétnico» secular... ¡entre un pueblo de pradera y una inmensa cultura habitante de las selvas húmedas! (algo así como decir que la declinación de los zulúes se debió a que los aborígenes australianos les prohibieron cazar koalas). Se confunde así a la macroetnia tupí guaraní con los grupos guaraníes cristianos, y se identifican a estos últimos (esto es lo más grave) con los mercenarios de sangre guaraní al servicio de los exterminadores de pueblos originarios. También sobre ese tema deberé volver en un anexo que titulé "Nuevas formas de racismo".

Frente a la "Leyenda Negra" apareció la segunda imagen: un Artigas de bronce, guerrero joven y fornido en un caballo monumental, con aspecto de legionario italiano. Un Artigas sin contradicciones y sin vida privada, que un día decía una frase célebre y al día siguiente vencía en una batalla, y que, entre la firma de documentos solemnes y las batallas victoriosas, su vida era un gran vacío sin otras sensibilidades ni vivencias.

De los textos artiguistas entresacaron frases de exaltación democrática y mutilaron sus reflexiones sociales y las claras referencias sobre el respeto a las culturas diferentes. Así transformaron a Artigas en un recitador del credo liberal y democrático-republicano. Para levantar esta imagen no necesitaron adulterar las palabras, porque en verdad Artigas era partidario de las formas democráticas de gobierno del Estado y en esto coincidía con los liberales. Simplemente recortaron las frases y omitieron hechos.

Una tercera imagen aparece entre los "blancos" (orientales profederales) más nacionalistas y luego se modifica (para reafirmarse en lo esencial) en la óptica marxista de los años sesenta.

Estos enfoques cuestionan la imagen de "liberal republicano moderado y prudente" de Artigas y demuestran documentadamente su radicalismo social. Surge así una imagen más aproximada a la realidad: un Artigas partidario de la integración americana, federal, enemigo del unitarismo porteño y del centralismo montevideano, y en un compromiso de vida, inclaudicable, con los más oprimidos y marginados. Ambas corrientes redescubrieron al "Artigas de los de abajo". Ambas corrientes tuvieron respectivamente precursores de la talla de Acevedo Díaz (en su primera época) y de Jesualdo Sosa.

Algunos "blancos" quizás intuyeron mejor el carácter rural y multicultural de este radicalismo, pero los marxistas escribieron muchos más libros. Esta diferencia de volumen entre la producción literaria de unos y otros se debió en parte a que los "blancos" nacionalistas se sintieron ahogados por las dramáticas contradicciones internas de su partido (¿cuándo no?) donde también escribían historiadores eruditos de enfoque conservador (y hasta pro nazis) que se definían como "blancos". En cambio, los marxistas de los sesenta se sentían dueños del futuro, aunque eran demasiado urbanos en su contexto.

Muchísimas frases de Artigas reforzaban esta "imagen radical" que ambas corrientes descubrieron. La etapa más conocida de la vida del prócer, entre 1811 y 1820, refrendaba esta misma imagen en cada acción y cada pronunciamiento público.

Los "blancos revisionistas" rescataron el énfasis artiguista en el mundo rural, la defensa del gaucho, el celoso cuidado por las soberanías *particulares*, los derechos de los desposeídos y discriminados, la lucha por la descentralización, la opinión por formas de desarrollo que no postergaran (como se hizo siempre, antes y después) al habitante del campo. Pero los "blancos" no podían citar la política agraria radical de Artigas en su verdadera dimensión y mucho menos impulsar las libertades civiles y religiosas hasta los niveles libertarios que sólo Artigas propusiera. Tampoco comprendieron cabalmente la dimensión multicultural de la propuesta, pero eso fue un pecado general que tampoco ningún "materialista histórico" advirtió.

Por su parte, para muchos marxistas (cuarenta años atrás) Artigas fue un jacobino, un socialista utópico, un precursor de Marx, un profeta adelantado de la revolución social del siglo XX. Estos autores en, general, sostenían que el artiguismo fue expresión de los anhelos de los más desposeídos en un marco de relaciones precapitalistas en el campo uruguayo, y que posteriormente, con el alambrado de los campos y la modernización capitalista de la producción, su propuesta perdió vigencia, aunque no su ejemplo.

Pero en eso último se equivocaron; la propuesta de Artigas no era sólo para un momento histórico. Por otra parte, el programa artiguista ya era considerado una

locura peligrosa en su momento de apogeo por parte del pensamiento "progresista" urbano. Ante los ojos de las logias liberales, mucho más sensatos aparecían Bolívar y San Martín, que se planteaban metas independentistas acordes con el "progreso" a la manera europea y norteamericana. Artigas, en cambio, era considerado (desde la hegemónica racionalidad europeizada, conservadora o progresista) un oscuro montonero, hasta un reaccionario defensor de la barbarie indígena y africana; pero demostró que esa locura, sustentada en el apoyo de los pueblos, a veces funcionaba y funciona mejor que la sensatez de los otros.

Por eso yo vislumbro y me quedo con una cuarta imagen: la del Artigas como precursor de procesos participativos multiculturales, la de aquel que supo levantar mejor que nadie en su momento un programa de respeto a la diversidad cultural y a la integración continental desde «la soberanía particular de los pueblos», como él mismo decía. Subrayo el complemento circunstancial "en su momento" porque Artigas tuvo precursores y precursoras, sucesoras y sucesores continentales formidables.

La Federación de Artigas no era tanto de provincias como de culturas, hermanadas primero en el suelo charrúa, y después en toda la gran Cuenca Platense, territorio donde se había aprendido a convivir en el respeto a todos los diferentes que respetaban. Integrar la Liga Federal era algo así como decir, desde el alma de cada cultura y de cada comunidad, la frase que él mismo puso en su escudo: «con libertad ni ofendo ni temo».

Esto incorporaba (o coincidía en parte con) las ideas esenciales del ideario progresista francés y norteamericano, y el pensamiento científico que siempre le interesó. También recogía las antiguas tendencias autonomistas de las ciudades medievales españolas y la defensa aldeana "del común". Pero al afirmar como él lo hiciera: «los indios tienen el principal derecho» reconoce algo que no entraba en el pensamiento europeo de la época: los derechos de la naturaleza, y de los pueblos que viven en ella, a ser respetados. La relación con la naturaleza desde una cosmovisión indígena, afro y gaucha es radicalmente diferente, es totalmente opuesta, a la relación de manejo y propiedad de la tierra que imponen sobre ella tanto el colonialismo como el liberalismo burgués.

Artigas propone la coexistencia de las diferentes cosmovisiones, una coexistencia basada en el irrestricto respeto de cada una de ellas. Para ello resuelve dejar grandes zonas de naturaleza sin repartir (ni siquiera su Reglamento Provisorio tocó esos lugares) para que los pueblos originarios, los afroamericanos y los gauchos pudieran vivir libremente en el territorio y a la manera que deseaban.

En realidad, el Reglamento Provisorio es solamente la parte escrita de su programa. Da respuestas exclusivamente para la racionalidad propietarista, que es la única que Artigas busca corregir, democratizándola y subordinando el derecho de propiedad al interés común. El Reglamento es sólo una pieza provisoria de una política agraria más amplia la cual, en relación a los hábitats tradicionales, delimita (por omisión) otras zonas para que los propios pueblos

hagan allí su ley. Y aun para la cultura mercantilista que entiende sólo de leyes y propiedades, este documento es sólo un reglamento “provisorio”, fruto de la negación posible en una determinada correlación de fuerzas. Esta línea de negociación por escrito con los poderosos es uno de los aspectos en los que Artigas ejerce la representación de la «soberanía particular de los pueblos». El estilo convencional y solemne de los documentos se diferencia totalmente de la relación horizontal de Artigas con las culturas orales, que valoraban más la palabra que el documento.

El respeto a la diversidad cultural es un aspecto muy importante que no advirtieron los estudiosos marxistas que investigaron sobre Artigas en los años 60. Para ellos el Reglamento Provisorio de 1815 fue simplemente un impulso al *desarrollo de las fuerzas productivas generando relaciones de producción* más democráticas; pero no lo percibieron tal cual era: inscrito en una estrategia mucho más general, del diálogo multicultural, de desarrollo basado en estrategias locales diferenciadas.

Los investigadores marxistas no comprendieron de inmediato la multiplicidad de propuestas (provenientes de las diversas culturas aliadas en la Liga Federal) que eran fuente esencial de la plataforma artiguista y base social del movimiento. Por consiguiente, empobrecen sin quererlo el alcance del pensamiento de Artigas. En el fondo, señalándolo como precursor de su propia doctrina marxista, reducen su vigencia a una coyuntura concreta de nuestra historia. Ignoran la dimensión que hoy llamaríamos “ecológico-socio-cultural” de su propuesta.

El marco teórico marxista de 1960 sostenía que el desarrollo de nuestras sociedades en el siglo XIX había desembocado en el único final posible: el capitalista, que era requisito previo, premisa, de toda revolución auténticamente socialista. Artigas sólo era el camino para llegar al desarrollo capitalista por la vía menos dolorosa, la más democrática. Porque el capitalismo era para entonces, creían, un mal necesario: el único escalón intermedio posible hacia la justicia social definitiva. Sólo después de instalado el capitalismo la clase obrera (hija rebelde del capitalismo) y sus organizaciones revolucionarias harían el resto.

Aunque a muchos de nosotros nos costó entenderlo, la propuesta de Artigas era más profunda: era la flexible búsqueda de todos los caminos posibles hacia un progreso solidario y sustentable, recogiendo lo mejor de cada aporte cultural. En la América de comienzos del siglo XIX, con los pueblos en armas, otro camino era posible todavía. Era posible un camino que no culminara con la receta que finalmente impusieron el capitalismo y la dependencia: la receta del genocidio indígena y la discriminación hacia las mayorías, especialmente contra afroamericanos, contra los pobres y contra las mujeres.

El camino de Artigas no negaba el desarrollo capitalista bajo control ciudadano, pero lo obligaba a coexistir con las otras opciones productivas vinculadas a las culturas tradicionales. Impedía la expropiación de la tierra en manos de otras culturas y vinculada por ello a otra formas de producción. La garantía para

enfrentar la naturaleza expansiva del capitalismo era el derecho de los pueblos a tener armas y milicias propias. Este camino nos hubiera ahorrado trágicas experiencias y la dolorosa exclusión de las mayorías. Más que una propuesta de equidad, la visión de Artigas hacia el futuro es una propuesta de no exclusión, para que nadie tuviera nunca la sensación (que hoy tienen tantos compatriotas) de que "están de más" en un mundo que los excluye.

Era éste un camino no predeterminado en sus detalles, sino basado en las decisiones descentralizadas y libres que cada comunidad de la Confederación fuera encontrando. El camino, el programa, se construía y se reconstruía entre todos, pero siempre partiendo de determinados axiomas irrenunciables vinculados a los derechos de todas las culturas y la igualdad entre ellas.

La igualdad entre las culturas no significa una igualdad estricta entre todos los seres humanos, porque es muy difícil establecer criterios de igualdad entre seres humanos que persiguen sueños diferentes; pero la igualdad de las culturas, su derecho a la coexistencia, permite a cada ser humano el derecho a la no exclusión. "Yo, desposeído, encontraré al fin en algún nicho cultural de esa diversidad un lugar para vivir y ser respetado".

Y en el centro de este proyecto, necesariamente, una parte importante de la tierra debía quedar fuera del circuito de compraventa del mercado global de los poderosos. En esto el proyecto artiguista se enfrentó tanto a los colonialistas restauradores como a los independentistas más poderosos. Contra el proyecto artiguista estaba el antiguo colonialismo ibérico y el mucho más moderno colonialismo británico y sus representantes criollos.

Este proyecto artiguista no era, no es, el simple derecho de cada individuo a ser igual ante la Ley, según la filosofía que proclamaba el pensamiento democrático europeo de la época. Aunque abarcaba los derechos individuales, era una elaboración conceptual de un alcance estratégico mucho mayor.

Al servicio de esta propuesta participativa soñaba Artigas poner a trabajar la ciencia europea, la tecnología gaucho-charrúa de la Edad del Cuero, la ideología comunitaria jesuita-guaraní, el aporte espiritual-cultural afro, todo ello dentro de la sabia cosmovisión de la pradera multicultural.

Al servicio de esta propuesta participativa soñaba Artigas con la siembra de las *Escuelas de la Patria*, escuelas nada laicas, por cierto, que tomaban partido abierto por la causa federal americana y por la defensa de la diversidad cultural, apoyadas en bibliotecas públicas, trabajando para que los pueblos americanos fueran «tan ilustrados como valientes». Uno de los más hermosos poemas de Ansina es, precisamente, el *Himno de la Escuela de la Patria de Purificación*.

Al servicio de esta propuesta participativa soñaba Artigas con desarrollar el arte. Por eso, en medio de la pobreza de sus tropas, pide al Cabildo de Montevideo «cuerdas para los músicos de bordonas» y a Andresito el aporte de sus músicos para engalanar las fiestas patrias.

Este Artigas representante de un sueño multicultural (o gaucho, que es lo mismo) que desafía todos los esquemas y los marcos teóricos académicos es la imagen que perduró más vivamente en nuestro pueblo, y especialmente en las zonas rurales.

NOTAS

1 *Álbum biográfico ilustrado de la República O. del Uruguay.* Buenos Aires. Jalabert y Cabal directores, impreso en Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli. 1903. Es interesante como expresión de la Historia Oficial tal como se impartía en 1904.

2 Thomas Davis: *Carlos de Alvear*, *Hombre de Revolución*. Buenos Aires. Emecé. 1964, citado en Lucía Sala de Touron y otros: *Artigas y su Revolución Agraria*. México. Siglo XXI Editores. 1978.

La conexión

paraguaya. Claves para reconstruir una historia de vida

CAPÍTULO II

¿Qué sabía yo de los treinta años de Artigas en al Paraguay?

Repasemos. En 1820, cuando comienza su asilo político, había sido alojado provisoriamente en un convento; luego fue enviado al lejano San Isidro Labrador de Curuguaty donde estuvo veinte años. A la muerte del Dr. Francia, Artigas tenía ya 76 años de edad, pero en el marco de la lucha política que amenazaba con precipitar una guerra civil los gobernantes paraguayos del momento lo encadenaron por peligroso. Después, con el ascenso del primero de los López, fue liberado e invitado a volver a Asunción, y él aceptó acercarse a la capital pero no vivir en ella («es hombre de monte y selva», repite el capitán Gauto) tomando sus últimos mates bajo el frondoso yvyrapytá en compañía de su hermano negro Joaquín Lencina (Ansina), líder de los movimientos libertarios afroamericanos, quien lo acompañaba en el momento de su muerte el 23 de septiembre de 1850.

Trabajé muchos años vinculado al Paraguay. Me familiaricé con la lengua guaraní y compartí jornadas muy removedoras en aldeas de las parcialidades Mbya, Avá Chiripá y Pai Tavyterá entre otras. Fueron mis grandes maestros el Dr. Ramón Fogel y el Dr. Bartomeu Meliá, los libros de Cadogan (especialmente Ayvy Rapyta) y las inolvidables charlas con el Gato Chase (Chase Sarde). La señora de este último es tataranieta del amanuense del presidente Carlos Antonio López, o sea que es descendiente del hombre que fue a buscar al anciano Artigas a Curuguaty y lo trajo nuevamente a las proximidades de Asunción.

Estuve, claro, junto al yvyrapytá, el árbol compañero de la ancianidad de Artigas, y cada domingo que pude hacerlo tuve largas charlas con los afroamericanos descendientes de aquellos lanceros y lanceras que se asilaron con Artigas en 1820 (los llamaron *loartigakué*), quienes formaron la comunidad de Camba Cuá. Me reunía con ellos allí, en ese suburbio asunceno donde aún hoy se danza con tambores africanos frente a la imagen de San Baltasar, el santito negro y milagrero. En aquellos inolvidables domingos bebí con ellos tereré y bebí de ellos las fuentes vivificantes de la tradición oral(1).

Nunca olvidaré tampoco mi primera llegada a San Isidro Labrador de Curuguaty, después de una extraña noche pasada en un destartalado y crujiente ómnibus de la empresa "La Santaniana", entre un señor gordo que roncaba y un pasillo invadido de paquetes y bultos, cuerpos somnolientos que se acomodaban como podían y cumbias irradiadas con toda la potencia del equipo de audio del chofer.

En la municipalidad de Curuguaty, al amanecer, me dijeron que lamentablemente el único automóvil disponible no llegaría hasta el mediodía; pero un vecino me llevó hasta el solar curuguateño de Artigas en su carreta con bueyes. Se ofreció a esperarme allí, pero yo lo tranquilicé: la antena de comunicaciones del pueblito se divisaba entre el follaje de selva húmeda, y no tendría problemas para volver. Me quedé en el selvático paraje y comí pitangas de los árboles de ñangapiry hasta

hartarme, entre pájaros que se me acercaban sin temor, y allí quedé hasta el atardecer, cuando emprendí el regreso por los rojos caminos del suburbio.

En el pueblito, mientras caía la noche, volví a mirar la honda huella de Artigas presente en la cotidianeidad curuguatense. El busto erigido en 1950 mira impasible, desde inmensa altura, hacia el solar que fue su casa; está ubicado en la avenida Artigas, exactamente al lado del pequeño monumento a Troche, héroe local de la época de la independencia. En otra oportunidad visité la escuela José Artigas y me entrevisté con algunos jugadores del Club Atlético Artigas, de albirroja camiseta y pantalón azul, club vicecampeón para entonces de la Liga de Canindeyú. En todo el Paraguay hay calles que llevan el nombre de Artigas. La avenida Asuncena que conduce al Jardín Botánico, anexo al solar donde Artigas falleciera y al añoso yvyrapytá, lleva también su nombre y nace en su monumento.

En otra memorable ocasión estuve con el Dr. Orlando Rojas y su esposa en Guarambaré, donde Ansina se fue a vivir ya ciego y anciano, después de la muerte de Artigas.

Ansina llegó a Guarambaré con sus manuscritos donde registraba su memoria centenaria, compartió la casa con la familia de Manuel Antonio Ledesma, otro afrooriental mucho más joven.

Ledesma también había peleado junto a Artigas siendo un adolescente; fue él quien cerró los ojos a Ansina en 1860, y cinco años después alcanzó la gloria de pelear por el Paraguay en la guerra "Ñorairó Guasú" (1865-70) contra la Triple Alianza. No sólo él: muchos afroorientales de Camba Cuá pelearon del lado paraguayo contra los ejércitos de Mitre, Venancio Flores y el emperador esclavista del Brasil enfrentando con valor al moderno armamento europeo que los invasores traían. Los restos de Ledesma fueron repatriados finalmente al Uruguay creyendo que eran los de Lencina (Ansina). Los de éste siguen hasta hoy en el osario común, en el viejo cementerio, tierra sobre la cual ahora se construyó un nuevo barrio. Isabel, yo, muchos, sabemos que Ansina crece en las espigas de maíz de las chacras de la nueva urbanización de Guarambaré.

Estuve en contacto con los descendientes de Manuel Antonio Ledesma, incluyendo al sobrino del Dr. Marcial Ledesma, que estudió odontología en el Uruguay, y que ahora vive en San Lorenzo. Y estuve, y estoy muchas veces, en Ñeembucú, donde fueron las grandes batallas contra la Triple Alianza y están las ruinas de Humaitá. Allí vivió hasta su muerte el irlandés Pedro Campbell, que en décadas anteriores había organizado la Marina de Guerra de Artigas, y quien con las ropas y víveres que decomisaba de los barcos portugueses creó la "Tienda de Abastecimiento del Ejército Guaraní" para financiar la guerra de resistencia del inmortal Andresito.

Paraguay es una fuente inagotable de acercamientos a Artigas. Pero entre los custodios de cada archivo particular al que tenía acceso, en cada hombre o mujer con memoria o información al cual o a la cual me vinculaba... ¡siempre aparecía

la referencia de algún oficial de las Fuerzas Armadas Uruguayas que había llegado antes que yo y con el mismo propósito: conocer sobre Artigas!

En muchas partes y para mi sorpresa se me rogó que le diera saludos al coronel Antúnez, dando por seguro que yo debía conocerlo. No conocí a este oficial quien, según supe también en el Paraguay, falleció hace pocos años. En realidad, yo conocía algunos de sus trabajos, y supongo que es de su autoría (o de algún familiar suyo) el importantísimo artículo "Artigas como militar" que se publicó tempranamente en 1950(3). En él afirma que:

> Artigas, al igual que Aníbal y Napoleón, daba a la guerra un carácter netamente ofensivo (...) pero esta ofensiva la quiere siempre productiva, ella debe ser dirigida sobre los puntos más sensibles del enemigo, sus líneas de comunicación o de retirada...

Desde luego, la ciencia militar occidental de los años 50 del siglo XX no incluía el conocimiento sobre la guerra irregular que ahora ha incorporado (estamos hablando de años anteriores a Dien Bien Phu, a la Revolución Cubana de 1959, a la Argelina de 1961 y a la Guerra de Vietnam de los 70); pero evidentemente el coronel Antúnez ya manejaba en 1950 un gran conocimiento de los hechos y de la idea táctica general de aquellos combates particularísimos. Seguramente había estudiado la topografía y había recorrido los teatros de operaciones de aquella Guerra Patria Popular de 1811-1820. En síntesis, creo que las Fuerzas Armadas toman hoy con la mayor seriedad y consideran de la mayor vigencia algunos procedimientos de la conducción militar artiguista en guerras sui géneris. Pero no publican todo lo que han estudiado. También es muy importante la producción bibliográfica de militares uruguayos sobre los últimos años de Artigas, pero tal parece que también en este aspecto saben más de lo que publican.

El invalorable trabajo de Mario Petillo(4) inspector de enseñanza primaria del Ejército uruguayo, nos da valiosa información sobre la vida de Manuel Antonio Ledesma en Guarambaré, aunque (como muchos investigadores de su momento) confundió a Ledesma con Ansina. Pero realmente entre lo más extraordinario de lo que yo tuve acceso directo como producción bibliográfica (también tuve algunas informaciones orales más o menos confidenciales) está el trabajo del oficial del Ejército uruguayo de apellido Olivencia titulado *Curuguaty*, impreso en 1952(5). Es la odisea vivida por un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas uruguayas que decidieron en 1950 llevar hasta Curuguaty un inmenso trozo de granito uruguayo para elevar sobre él un busto de Artigas.

Ignoro la importancia simbólica de un pedestal tan grande; es bastante desproporcionado, por cierto, para el pequeño busto de Artigas que pusieron arriba y que se conserva hasta hoy. Pero lo que interesa aquí es la odisea, no la concepción artística del monumento.

Fueron por barco, después viajaron en las carretas "karapé" de los menonitas y finalmente llegaron a pie, por la selva, hasta Curuguaty. Allí supieron que Artigas

era aún recordado con veneración por los indios cuyos bisabuelos en vida del prócer le habían llamado "Overava Karaí", "el señor que resplandece" (también comete Olivencia algún justificable error en la ortografía guaraní de estos términos). Pero Olivencia no cuenta en su pormenorizado relato del viaje otros sucesos de los que los militares uruguayos fueron testigos, porque quizás hubo algún acuerdo tácito institucional de quitar pintoresquismo a una narración solemne.

Algún anciano militar retirado me contó algunos de estos hechos extraordinarios. Entre ellos, uno muy especial. Por entonces estaba viviendo en Curuguaty un indígena proveniente de parajes lejanos que no podía volver a su comunidad porque había cometido un grave crimen, y ahora estaba allí porque sabía que los indígenas de Curuguaty no podían matarlo. No lo podían matar en Curuguaty ya que estaba en un lugar sagrado; el lugar donde había vivido el Overava Karaí (Artigas), sitio que ellos ahora custodiaban.

Una tarde los oficiales uruguayos, que esperaban un transporte para volver a su país, vieron flotando sobre el arroyo el cuerpo del indio criminal, con una flecha atravesándole la garganta. Lo que había sucedido era que la gente de su lejana comunidad, en total silencio, había venido en su persecución y había cumplido la sentencia. Los indígenas de Curuguaty permanecieron inmutables mientras los uruguayos enterraban el cuerpo.

Me separan del Ejército uruguayo, de la mentalidad de sus oficiales, vastísimos abismos ideológicos y de memoria; pero percibo la emoción auténtica tras el espartano lenguaje de Olivencia, y respeto (al transcribir su texto) hasta su inadecuada ortografía guaraní: «En el atardecer del día de la visita a la ex-chacra del prócer volví a pensar en el Patriarca, muy en particular en la leyenda del oberá -pa -caraí, Señor que Resplandece...»**(6)**.

A mí también me marcó el atardecer. Creo que mantienen su vigencia los apuntes que estructuré mentalmente en el ocaso selvático de Curuguaty. Después los escribí en Asunción. Los titulé en su momento *La Vejez Fecunda*, bajo la honda impresión de los nuevos datos que surgían de mis búsquedas en el suelo guaraní y los transcribo aquí como anexo a este "capítulo paraguayo".

Anexo al capítulo II: *La vejez fecunda*.

1) La derrota

El criollo Francisco de los Santos se alejó al galope. Llevaba los últimos dineros de la Liga Federal para los políticos en Río de Janeiro. Un grupo de hombres y mujeres, a caballo y con lanzas, contemplaba en silencio al jinete que se alejaba. Corría el año de 1820.

Artigas abrazó uno por uno a los que se quedaban. Después dio la espalda al amplísimo territorio de sus sueños y cruzó el gran Paraná por el paso de Itapúa. Su meta era Asunción.

Lanceros y lanceras afroamericanos lo acompañaban. Al frente iban el joven Ledesma y el veterano sabio Joaquín Lencina, el legendario Ansina. Ahora iban escoltados por un destacamento paraguayo. También había vadeado el Paso con ellos un reducido grupo de gauchos guaraní-hablantes.

Los charrúas, en cambio, quedaron en la margen izquierda del Paraná. Esperaron el regreso de Artigas hasta que fueron masacrados en 1831. Después se mimetizaron como familias paisanas en Tacuarembó o se dispersaron por algunas provincias argentinas, donde hasta hoy sus descendientes sobreviven en silenciosa espera.

2) Artigas, el de siempre

Desde el convento asunceno de la Merced, Artigas solicitó en vano una entrevista con el Dr. Francia. El supremo gobernador del Paraguay coincidía con Artigas en la búsqueda de un desarrollo independiente y con justicia social; pero rechazaba la «soberanía particular de los pueblos», federalistas, pues su modelo era centralista y autoritario.

Finalmente Artigas es enviado a Curuguaty, en el lejano norte yerbatero. Artigas agradece al Dr. Francia por este ofrecimiento para su residencia: lejos de Asunción y cerca de la selva y sus habitantes, Artigas es incontrolable y sabe reconstruir los contactos con el mundo gaucho.

Los lanceros afroorientales en cambio reciben tierras en las proximidades de Asunción, parajes hoy llamados Camba Cúa y Laurelty, donde siembran y crían ganado lechero, manteniendo su comunidad y su cultura.

En Curuguaty, Artigas construye su casa de piedra y barro alejada del núcleo poblacional, como era su costumbre. Podemos imaginarlo fuerte aún, trabajando la tierra con indómita energía, cabalgando con destreza o recorriendo ranchos junto a su perro "Charrúa", siendo bienvenido entre los adultos por su sabiduría, su capacidad de oír y de explicar, y su fama milagrera; y siendo igualmente bienvenido entre *lo mitâ ´i* por sus cuentos fascinantes. Tenía una particular afinidad con los niños.

Pero, además, los caminos de la selva son caminos de las redes multiculturales, no de los Estados. Por más que el Dr. Francia quiera controlar todo, los ríos llevan y traen mensajes, consignas, partes, memorias de los afectos lejanos.

Artigas se pronuncia: condena la intervención franco-inglesa contra Rosas y condena las legiones italianas que apoyan al gobierno apátrida de Montevideo, pero tampoco se identifica con el federalismo terrateniente de Rosas y Oribe.

Sigue pensando en el futuro. Un viajero lo sorprende traduciendo oralmente la Biblia al guaraní para un grupo de pequeños que lo oían fascinados. Era el libro del Éxodo del Antiguo Testamento. «Los niños americanos tienen que saber que se debe elegir el desierto antes que la esclavitud», comentó al viajero.

3) Vitalidad hasta el fin

Se conserva el relato pormenorizado de su último cumpleaños. Ya vivía en las proximidades de Asunción (hoy *Solar de Artigas* junto al Jardín Botánico de Asunción) y volvía a ser una persona consultada y respetada por las autoridades asuncenas, siendo atendido con esmero en sus austeras solicitudes.

Fue el 19 de junio de 1850. Almorzó con el presidente Carlos Antonio López y su familia, y luego montó al "Morito" para su paseo favorito: la orilla del río Paraguay. Lo acompañaron en la cabalgata Francisco Solano, el hijo del presidente, y López Chico, quien era para entonces apenas un *mita´í* que llamaba "abuelo" a Artigas.

Las aguas viajeras del río llevaban los sueños de Artigas hacia la cuenca platense, donde gobernaban los enemigos de siempre pero donde aún lo esperaba su gente iletrada y descalza.

4) Años turbulentos

Pero antes de estos agasajos vivió la lejanía de Curuguaty, que fue como siempre la cercanía a los hijos de la tierra. Y recibió en su casa a los mbya guaraní, aunque éstos se enfrentaban muchas veces al gobierno que les brindaba asilo.

En 1840 muere el Dr. Francia. Se produce una fuerte convulsión política en el Paraguay. Artigas y Ansina son detenidos y engrillados. Pero cuando finalmente se consolida el Consulado, Artigas y Ansina son liberados y (ya bajo la presidencia de Carlos Antonio López) Artigas es invitado a volver a Asunción como asesor de Defensa.

Era justicia: durante 20 años Artigas estaba advirtiendo a sus amigos paraguayos que debían prepararse para defender su soberanía. Desde 1820, cuando había sido derrotada la Patria Gaucha, Artigas comprendió que más tarde o más temprano los "malos europeos" envolverían a los "peores americanos" en lo que fue finalmente la Triple Alianza genocida.

5) Otra vez al sur

En 1844 una comitiva va a Curuguaty en busca de Artigas. Éste acepta trasladarse cerca de la capital, mantener un diálogo permanente con el presidente Carlos Antonio López, pero no acepta vivir en Asunción. Lágrimas y abrazos cuando los dos viejos orientales dicen adiós a su hogar de 20 años. En carreta, en canoa, a caballo y otra vez en carreta se desanda el selvático camino al sur y finalmente se hace un alto en Camba Cuá.

Los afroorientales ya están informados. Los reciben en formación, como en los viejos tiempos. Ansina aviva el recuerdo: «éste peleó con vos en Tacuarembó, che Pepe, ¿te acordás? Y ésta otra, ahora de motas blancas, era aquella moza que fue un león en Paso del Rey...»

Artigas los abrazaba en silencio. Niños y jóvenes de Camba Cuá contemplaban por primera vez a aquel hombre-leyenda, aquel anciano bajo cuya conducción espiritual y política sus padres y abuelos habían combatido en las lejanas playas uruguayas, cuando habían reconquistado su libertad, allá, cerca del mar océano por donde sus antepasados habían llegado encadenados.

La carreta siguió hacia Manorá, donde Ansina y Artigas se alejaron provisoriamente mientras otras manos construían una casita en Yvyray, cerca del frondoso yvyra -pyta. En Yvyray estaba la casa de verano de los López. Los últimos años de Artigas fueron de nostalgia mezclada con felicidad. Para cualquier anciano, alejado además de su entorno natal, es importante sentirse querido.

6) La historia sin fin

Artigas había muerto, y Ansina también, cuando llega la guerra anunciada. Francisco Solano López era presidente y resistió hasta el final. Cae Asunción y la Triple Alianza comienza el genocidio que Europa aplaude y apoya.

La inmensa mayoría de la población adulta paraguaya muere en la defensa. Horrorizan los números y la obsesión degolladora de los invasores, con consignas claras de aniquilar todo hálito de vida.

Francisco Solano no se rinde. Se repliega y hace su nueva capital en Curuguaty donde le recuerda a los indígenas su amistad con el Overava Karaí y recibe su apoyo. Cuando el ejército brasileño pone sitio a la localidad, los mismos indígenas le ayudan a burlar el cerco y a escabullirse por un trillo secreto de la selva, trillo que aún hoy se usa y es conocido desde entonces como *Lóperapé* (el camino de López). Entran los brasileños y arrasan el pueblo, queman sus documentos y dinamitan la casa que había sido de Artigas. Sabían lo que hacían.

El mariscal López, finalmente, con un puñado de héroes y heroínas, es acorralado y muere en Cerro Corá.

Defendiendo su cadáver cae gravemente herido un negrito de trece años. Es el sargento Cándido Silva, de Camba Cuá, hijo de lancero y lancera orientales, que sobrevivirá a sus heridas milagrosamente. Su sangre es parte del torrente que brota de los últimos defensores del Paraguay independiente.

El aliento de Artigas y su gente continuaba presente en la historia inconclusa del continente mestizo.

NOTAS

1 Nota para la 5ta edición: hoy esa zona se ha urbanizado y ha perdido vertiginosamente mucho de su tradicional encanto; muchos viejos Camba Cuá han fallecido (N. del A.).

3 Cnel. Antúnez de Oliveira: *Artigas como militar*. Oscar en *Artigas*. Edición especial del diario *El País*. 1950.

4 Mario Petillo: *El último soldado artiguista*. Imprenta Municipal de Montevideo, 1937. Su cuarta edición publica una foto de Ledesma ya anciano. Creo que es la única foto que existe de un combatiente artiguista.

5 Olivencia: *Curuguaty*. Montevideo. Impresora LIGU Montevideo. 1952.

6 *Ibídem*.

Desventuras

de los periodistas. La pista Maggi

CAPÍTULO III

Durante 1997 y 1998 un periodista independiente, Rodolfo Porley, publicó en el diario *La República*(1) una serie de notas y documentos sobre la cultura charrúa y la masacre de Salsipuedes. Rodolfo Porley no tiene formación académica en Historia. Por eso, al igual que Antón lo hizo en su momento(2), Porley aporta visiones diferentes, originales; puntos de vista frescos y cuestionadores que deben ser tomados en cuenta.

Es posible que Porley al escribir el *Laberinto de Salsipuedes* haya cometido errores, o se haya ahogado en algunas partes en un "océano de información" juntando aspectos arqueológicos, testimoniales y místicos o yuxtaponiendo opiniones contradictorias. Hasta puede ser que haya mezclado, como se le acusó, hechos comprobados con simples conjeturas. ¿Qué innovador, llevado por la pasión del descubrimiento, no comete errores?(3)

Sigo con lo que escribí en 1999:

Pero el testimonio gráfico y documental de Porley sobre los charrúas es extraordinario e inédito. Y además... ¿de qué lo acusan? Nadie puede negar a un ciudadano el derecho a pensar con su propia cabeza y divulgar las fotos de túmulos cónicos de piedra de 2 mts de altura, con el argumento de que antes ningún científico lo había hecho. La reacción de algunos catedráticos universitarios fue francamente agresiva. Una amiga, muy aficionada a los temas indígenas, me comentaba: «mi hijo, que estudia Antropología, me advirtió que en la Universidad sus profesores habían dicho que nadie comprara los fascículos de Porley, que son pura mentira». Es muy característico de algunas cátedras académicas la intolerancia ante la aparición de corrientes de pensamiento disidentes en feudos que consideran de su exclusiva competencia. Pero los trabajos de Porley obligaron a profundizar una polémica latente. Ahora se reconoce que los cientos de conos y semiesferas pétreas que existen diseminados por nuestro campo «pueden ser de origen indígena en algunos casos» aunque, se advierte, «no tienen por qué ser charrúas; pueden haber existido culturas anteriores más desarrolladas».

¿No son charrúas esos túmulos de piedra del departamento de Lavalleja, los del Arerunguá o las pictografías de Durazno y la zona de Porongos? Ganas de complicar las cosas. No hay en la zona de los túmulos ni en la de las pictografías de Durazno cráneos humanos de más de 300 años que no respondan a los puntos craneométricos del fenotipo charrúa(4).

Ahora continúa el texto que escribí en 1999:

Las peregrinaciones rituales que por milenios hicieron por esta tierra los pueblos de la selva húmeda y la montaña marcan solamente rutas de paso; ellos no se asentaban para construir constelaciones de túmulos de piedra como las que existen en nuestro territorio, que requieren para su culminación mucho tiempo de estadía.

En el caso de la macroetnia guaraní de la selva húmeda (la que más nos visitaba) la piedra no era su materia prima fundamental en la construcción.

Pero, si son de procedencia charrúa los túmulos de piedra, se me ha objetado, ¿por qué esta cultura no siguió pintando o construyendo sus conos pétreos después de 1700, cuando se admite que los charrúas sobrevivieron como cultura organizada hasta 1865 por lo menos?

Aun si todas las dataciones son correctas, es perfectamente explicable que después de las persecuciones bandeirantes a los charrúas, desde 1600, éstos no hayan levantado más túmulos, no hayan tenido tiempo ni tranquilidad para seguir pintando sus murales de piedra y en cambio hayan reforzado la capacidad de movilización de las familias, lo cual explicaría la precariedad de sus viviendas en el siglo XVIII y XIX.

Después los acusaron de "primitivos", pero más allá de si este atributo es negativo o no, era incorrecto. En la época que llegaron los primeros cronistas los charrúas ya no podían construir grandes viviendas de barro y piedra, para no quedar rodeados y cautivos en una zona que carece de retaguardia selvática; necesitaban una nueva movilidad.

El pecado de Porley al hablar de estos temas fue convocar a gente que piensa con su propia cabeza, y no por esquemas. A algunos profesores esto no les gustó nada. Pero, en fin, cada cual puede pensar lo que desee y como lo desee. Que sean felices.

Todo lo anterior viene al caso para hablar del "fenómeno Carlos Maggi" en la historiografía artiguista contemporánea. Carlos Maggi es ante todo, periodista. Tengo un problema que él seguramente ignora: discrepo con casi todo lo que escribe en el diario *El País* de Montevideo, cuando no habla de Artigas sino de otros temas de actualidad. Pero no puedo dejar de reconocerle audacia e inteligencia. Como periodista "de raza" cierta vez se preguntó por qué algunos historiadores del prestigio de Pivel Devoto omitían publicar determinados documentos artiguistas. Maggi armó los documentos históricos proscriptos como quien arma un *puzzle* y quedó perplejo ante su descubrimiento: Artigas había vivido 15 años entre los charrúas y quizás, pensó, hasta tenía un hijo de esa cultura, el caciquillo Manuel. Así nació su libro *Artigas y su hijo el Caciquillo o las trescientas pruebas contra la historia en uso*(5).

Baterías académicas cargaron furiosamente contra el libro. Es posible que Maggi exagere cuando hace de Artigas un agente secreto de los charrúas en el mundo criollo, pero no hay duda de que la propuesta multicultural de Artigas incluyó una "plataforma charrúa" muy obvia (y escandalosa) para sus contemporáneos y muy enterrada por la historiografía oficialista posterior. Escribe Maggi:

> También es verdad que Artigas recibió de los indios una concepción superior de la sensibilidad, una exigencia ética mayor, una visión fraternal de la comunidad integrada por iguales. Esa es la nota que lo hace diferente (...) por eso Artigas habla y actúa de

otro modo, como ninguno de sus contemporáneos; lleva en sí un sentimiento selvático de libertad y un sentimiento fraterno de la relación humana(6).

El 17 de enero de 1999, de cara a la 8va reedición de su libro, Maggi escribió en el diario *El País*:

> Tardé quince años revisando un libro de treinta tomos y en 1991 a lo largo de seis meses escribí 'Artigas y su Hijo el Caciquillo' y creo que las comprobaciones que contiene cambiaron para siempre un par de cosas en la Historia Patria convencional...

Concuerdo totalmente con lo anterior. En este artículo, Maggi recuerda cómo Artigas le quita al porteño Sarratea 4.000 caballos y 700 bueyes en una noche, sin estampidas ni relinchos, como solamente gente india puede hacerlo; y reproduce aquí este inquieto periodista, nuevamente, la frase de la polémica, incluida en la carta de Artigas que hallara Narancio en el Archivo de Buenos Aires en 1945 y que nadie había tomado en serio antes de Maggi. Allí Artigas le dice a Manuel el Caciquillo: «... será siempre un amigo tuyo y de los que te siguen, tu padre, Artigas».

No sé si eso demuestra la paternidad biológica. Creo que no. Entre los pueblos originarios, eso lo aprendí entre ellos, hay muchas maneras de ser "padre" o guía espiritual de alguien. Pero el documento de puño y letra de Artigas marca un vínculo personal muy estrecho... ¡con un charrúa!

Maggi descubrió sin querer una parte del secreto que el Estado Oriental guardaba más celosamente, la verdadera razón del genocidio charrúa de 1831: el artiguismo incondicional de esta cultura. Los charrúas no peleaban para entonces por defender su cultura en exclusividad; habían levantado la bandera del programa multicultural artiguista y reclamaban un lugar para sí en ese mundo de diversidad soñado y alcanzado fugazmente en 1815-1816.

Esta propuesta multicultural era irreductiblemente antagónica con el Estado-tapón pro británico que nació en 1830 con el nombre de Estado Oriental del Uruguay. Maggi había demostrado que la adhesión de aquellos charrúas "aguachados" al proyecto artiguista no era una mera alianza circunstancial. Maggi nos recuerda, por ejemplo, que durante el éxodo del pueblo oriental no murió un solo criollo, no hubo un solo combate. O sea: cuando el pueblo oriental abandonaba sus viviendas, seguía a Artigas atravesando territorio charrúa "infiel", desafiando la amenaza del ejército de ocupación portugués; la escolta charrúa (distante y eficiente) evita todo hostigamiento militar colonialista a las familias errantes. El ejército de Artigas (y sus aliados paraguayos) se encargan del abastecimiento, del transporte de enfermos, de los contactos políticos, de la organización del inmenso campamento y del pertrechamiento para futuros combates; pero "la fuerza de seguridad" la pusieron los charrúas.

Creo que Maggi desentraña más cosas de las que él mismo pensó en un primer momento; cosas que trascienden la figura de Artigas para involucrar el alcance de su propuesta continental.

NOTAS

1 Rodolfo Porley: *El Laberinto de Salsipuedes* con la edición de *La República* (diario de Montevideo) del 12 de abril de 1997. Una segunda parte, en 7 fascículos, salió con ediciones sucesivas de *La República* durante 1998, y culminó con un video del grupo *Ahijuna* titulado "Jaque al Silencio".

2 Danilo Antón: *Uruguay Pirí*. Montevideo. Ed. Rosebud. 1994. Hay una edición anterior menos extensa, publicada por *Mundo Afro* (Nuestro Uruguay Pin. 1993). Antón continuó la serie sobre temas indígenas y de identidad con *Pirí Guasú* (Rosebud. 1995) y luego con el *Pueblo Jaguar* (1997) que marca algunos retrocesos en sus posturas iniciales sobre los charrúas; y por último *Amerisque* (1998), que informa sobre los pueblos originarios americanos.

3 Nota a la 5ta edición: leyendo ediciones anteriores de este libro, Porley ha objetado este juicio que hago sobre su trabajo: insiste en que fue consecuente con su propio marco teórico. Puede tener razón (N. del A.).

4 Nota a la 5ta edición: todo esto lo escribí en 1999. Estudios posteriores de ADN mitocondrial han demostrado el vínculo genético entre los restos de Vaimaca Perú y los "constructores de cerritos" mil años atrás en el Departamento de Rocha, y por otra parte se ha datado la agricultura en territorio oriental, dentro y fuera de la zona de los "cerritos", en aldeas circulares, en al menos 4.000 años. Los estudios genéticos son sólo un elemento secundario, porque lo que determinaba en el siglo XIX ser charrúa era más una opción cultural que una determinación genética, pero estos datos (obtenidos de una manera éticamente muy cuestionable) confirman los que yo sostuve por entonces (N. del A.).

5 Carlos Maggi: *Artigas y su hijo el Caciquillo.* Montevideo. Ed. Fin de Siglo. 1992. Está en prensa su 8va edición (1999).

6 *Ibídem*.

La memoria

popular. Vivo en el corazón de la gente

CAPÍTULO IV

¿Qué siente hoy nuestro pueblo hacia Artigas?

Voy a transcribir algunas opiniones.

Aclaremos que este capítulo solamente pretende ser un aporte basado en la transcripción de un diálogo fresco que siempre procuro mantener con toda la gente en diversos puntos del país. Pero al mismo tiempo es una propuesta muy seria que hago a investigadores y cientistas sociales.

No hice una encuesta, según lo establecen las reglas del método cuantitativo; tampoco realicé entrevistas en profundidad que "saturasen la muestra" como exigen los cualitativistas. Valoro mucho las encuestas, sobre todo si se complementan con entrevistas en profundidad que esclarecen el sentido profundo de las tendencias de la opinión pública. Todo eso es necesario y habrá que hacerlo. Al menos así lo creemos los que estamos persuadidos de la vigencia del artiguismo.

¿Por qué es tan importante lo que sienta la gente sobre Artigas? El artiguismo sigue siendo una cosmovisión transformadora si hay gente que la hace suya. Una propuesta, por más brillante que sea, no transforma el mundo simplemente porque es correcta, adecuada, necesaria; debe ser además comprendida y aceptada. Si además esta propuesta va a encontrar poderosas resistencias (y creemos que sutilmente está ocurriendo así), entonces para ser una palanca de cambio debe seducir, enamorar, dejar una estela de «mozos (y mozas) que la sigan, alucinados», como se dice: que la palabra de Artigas dejaba entre la juventud gaucha de su tiempo.

No trabajé, insisto, con una muestra representativa del público uruguayo. Yo simplemente conversé, en rueda abierta y mate en mano, a veces con el apoyo de mi esposa Isabel, otras veces en el marco de las actividades del grupo Sepé, con mucha, muchísima gente, sobre José Artigas. Generalmente me hice de un tiempo para registrar las reflexiones de mis interlocutores.

Al transcribirlas no altero el orden en que las tengo registradas ni las pretendo reagrupar por categorías de análisis. Sí excluyo las repetidas, o demasiado semejantes, y les aclaro que incluirlas reforzaría numéricamente (aumentaría las frecuencias de) los juicios más positivos sobre Artigas. Los juicios favorables, inclusive de abierta admiración, son abrumadoramente mayoritarios, aunque no unánimes.

Veamos algunas de las respuestas más típicas(1):

Un joven urbano: «Ninguno como él, fue único».

Una muchacha urbana: «Lo mejor que nos pasó. Ya no hay gente así».

Una mujer madura urbana: «¿Sabés qué es Artigas? Todo lo que nos hace falta».

Otra: «Lo mejor de América. Pero claro, tuvo la mala suerte de nacer en un país chiquito. Si fuera argentino, o brasileño... ¡lo conocería todo el mundo!»

Otra: «Mirá, andá a saber... Ahora todo el mundo le pone flores. Yo pienso con mi cabeza, ¿entendés? Debe haber andado bien con Dios y con el Diablo. Dios me perdone pero...»

Otra: «Ah, fue genial. Después no hubo ningún otro, ¿entendés? Ningún otro».

Otra: «Parece que fue muy mujeriego... Pero tuvo una gran visión. Un demócrata, un héroe. ¿Qué más?»

Hombre de asentamiento precario: «Si él estuviera habría coraje para decir las cosas como son, sin pelos en la lengua, y hacer lo que hay que hacer (¿...?) Bueno, sacar a talerazos a esos bandidos de la política».

Peón rural: «Lo más grande. Bien gaucho, pero bien gaucho era el hombre».

Pastor de la iglesia Valdense: «Lo digo siempre y algunos se ríen: Jesús, Valdo y Artigas. Ahí tenemos el camino».

Director del Ateneo de Montevideo: «Hay que bajar a Artigas de esa estatua; él se fue, no quiso volver. Ahí hay que poner al fundador de nuestra Patria, a Rivera».

Joven del interior: «Lo traicionaron los que hoy están gobernando. Bueno, los abuelos de los que hoy gobiernan, ¿no? Los que amasaron fortunas. Y discúlpame, pero fue gente de Montevideo que lo traicionó. La gente de campaña no».

Niño, 8 años: «Peleó contra los españoles y siempre ganaba (...) ¡No, no perdió! ¿estás loco? (¿...?) ¡Yo qué sé por qué se fue al Paraguay! Ya había ganado...»

Muchacha rural: «Lo más grande... lo más grande después de Dios y su Santa Madre».

Señor mayor: «Se ha exagerado mucho, me parece. Fue como todos en una época muy violenta. Con errores y virtudes. Muy conocedor de la campaña, como Rivera».

Señor maduro, en el centro: «Ah, ¿usted se interesa por esas cosas? Es lo que más me interesa a mí, qué casualidad. Leo todo lo que aparece sobre Artigas».

Anciano en un barrio periférico: «La gente no sabe, la gente de ahora no sabe lo grande que fue...»

Joven punk: «Pah... me mataste. Cuentan tantas cosas... Yo creo que hay joda, no nos cuentan todo. Andá a saber».

Muchacha urbana: «Lo odié en el liceo, porque el profesor de Historia era un botón. No me interesa».

Niña, 9 años: «Fue muy bueno. Quería que fuéramos libres».

Ciego en la principal avenida: «Yo oigo cosas de Artigas y es como recuperar la vista».

Hombre joven urbano: «Se fue y no quiso volver. Que le pongan flores los paraguayos».

Adolescente: «Siempre defendía a los indios, a los negros, a todos esos».

Muchacha estudiante: «Nunca entendí que en la escuela nos hablaran bien al mismo tiempo de Artigas y de Rivera, cuando éste quiso matarlo. Hay una carta,

¿no? De Rivera, pidiendo la cabeza de Artigas a no se quién... a un gaucho... Una de dos... ¿no te parece?»

Productor rural: «Fue la piedra angular de la Patria».

Mujer madura: «Fue el Che Guevara de su época».

Anciana: «Un santo varón. Le rezo muchas veces».

Charlas con turistas, mayoritariamente argentinos:

«Y... Fue un gran caudillo rioplatense. Lástima que fue separatista, pero era un gran luchador».

«Enseñó democracia y republicanismo. En Argentina lo sentimos nuestro. Rioplatense, quiero decir».

«Fue el héroe de acá, ¿no? Entonces no puedo hablar mal de él... Creo que no se llevaba bien con nosotros, los porteños. Fue en la época de San Martín, por ahí...»

«No te enojes, pero es de los mejorcitos entre los caudillos argentinos. Argentino como Güemes, como Felipe Varela. Nunca quiso separarse de las demás provincias, eso vino después».

«En el colegio, allá en Liniers, me hablaron pestes de Artigas. Pero ahora creo que debió ser un gran hombre. Con errores, como todos».

«Eu ñâo conheço... Sim, eu moro en Buenos Aires, mais eu nâo sou argentino, nâo, graças a Deus...»

«A mí en Paraguay siempre me sorprende eso: no hay uruguayo que llegue a Asunción, joven o viejo, hombre o mujer, que no quiera ir ¡antes que a cualquier otro lugar! al solar de Artigas».

Dejo para el final un diálogo con un peón rural que conocí casualmente en un viaje de ómnibus entre las ciudades de Salto y Artigas. Largo viaje y largo diálogo que terminó así:

«¿Artigas? Bueno, esas son palabras mayores. Mi abuelo me hablaba mucho de Artigas y entonces se le llenaban los ojos de lágrimas. Y mire que mi abuelo era gaucho crudo, indio crudo era. Mi abuelo se metía en el monte a rezar y a juntar yuyos. Pero si hablaba de Artigas le temblaba la voz. Mi hijo, me decía, él es un amigo. Un compañero. Lo decía como cosa de ahora, no de antes. Como si él lo viera ahora, (...) y mi abuelo no decía 'amigo' como yo le puedo decir a usted, si vamos juntos de joda. Amigo era algo que se encontraba en el monte, algo protector, algo mágico era... una protección, ¿me entiende? Bueno, cosas de mi abuelo...»

NOTAS

1 Téngase en cuenta que este capítulo fue escrito en 1999, hago nuevamente esta advertencia para la 5ta edición revisada (N. del A.).

Pueblos
originarios, la primera fuente del artiguismo

CAPÍTULO V

Este capítulo es diferente. Contenidos diferentes exigen formas específicas adecuadas. Mi convivencia con pueblos originarios de América me marcó para siempre. Siguen teniendo una fuerza cultural sorprendente, a pesar de que ahora viven en ambientes degradados y han perdido ya gran parte de sus sabias prácticas milenarias. ¿Cómo habrán influido en el joven José Artigas, en una época tan diferente, y cuándo la cultura charrúa había recuperado poder y sabiduría gracias al caballo y al cuero?

Hubo pueblos en América que no formaron imperios, sino que lucharon para resistir a todos los imperios. La Antropología oficial los cataloga como pueblos "inferiores", que no pasaron del "neolítico" de la Edad de Piedra, pero la Antropología se equivoca.

Decimos que *el hombre de las cavernas* europeo vivió la Edad de Piedra no sólo porque tallaba y pulía la piedra, sino además porque no tenía referencias de otras pautas culturales; no tenía información de ninguna otra forma de vida social. En realidad no las había en su entorno ni en el mundo, porque en este caso estamos hablando de cientos de miles de años antes de nuestra época. Aquellas comunidades avanzaban y creaban exclusivamente desde su propia experiencia, que luego se transfería a las nuevas generaciones. En cambio, el hombre americano que trabajaba la piedra en la pradera, en el siglo XIII, estaba perfectamente informado de la existencia de otras culturas; sabía que en Los Andes se trabajaba el metal, conocía la existencia de los lejanos templos de piedra, recibía por trueque tejidos, mantas y cerámica sofisticadas.

Y ahora se confirmó que los pueblos de la pradera también practicaron la agricultura, ya que hay huellas de actividad agrícola en la banda Oriental desde hace cuatro mil años. Si había algún grupo que no practicara la agricultura por lo menos la conocía.

El hombre americano que en el siglo XIII tallaba y pulía la piedra en la pradera (en realidad debería decirse "los hombres" y mejor agregar "y las mujeres") hacía(n) opciones de acuerdo a estrategias adaptativas, a gustos culturales y normas éticas muy respetuosas del cuidado del entorno y de la horizontalidad en el trato interpersonal.

Los pueblos americanos precolombinos se conocían mutuamente. La inmensa macroetnia tupí-guaraní era la principal intermediaria canoera entre los pueblos de América más diferentes. Las huellas del intercambio aparecen por todas partes. El coleccionista isabelino Chito Aispun tiene una punta de lanza charrúa tallada en obsidiana, piedra que no existe en estas latitudes. En el Cerro Verde de Rocha también se han encontrado puntas de flecha de obsidiana. La obsidiana no es de estas tierras; se da especialmente en zonas de origen volcánico más reciente, como Los Andes.

Pero no puedo extenderme aquí en estas consideraciones. Sólo quiero "quebrar una lanza" por las culturas *superiores* originarias de América, las no imperiales, como fueron en nuestra región la cultura del numeroso pueblo charrúa, de los abipones, de los mocovíes y tantas otras. ¡Las culturas más artiguistas!

> 'Dicen que los indios de acá eran pocos', comentaba un paisano, 'y sin embargo en estos parajes —¡en cualquier lugar donde uno ponga el trasero!— se lo pincha una flecha de piedra'.

Es sintomático que la primera bandera artiguista se haya levantado en el corazón de la tierra charrúa, en los potreros de Arerunguá (zonas de Salto y Tacuarembó), Arerunguá era muy conocido en su época. Algunos aristócratas cordobeses, según Ferraro, aterrorizados por el fervor artiguista de los jóvenes universitarios, decían de ellos que *los muchachos de nuestra docta universidad levantan banderas artigueñas, las muchachas pierden el recato y se mezclan con la plebe, y si por ellos fuera llevarían nuestra Universidad y hasta nuestra hermosa Catedral a la bárbara corte artiguista de Arerunguá*. Arerunguá era un símbolo charrúa y artiguista. Desde allí, recuerda Maggi, es desde donde Artigas dice «yo estoy en el centro de mis recursos». Por eso leemos en la *Breve historia de Salto*(1), una referencia interesante sobre los movimientos de Artigas:

> El mes de septiembre de este año (1814) lo encontrará en Arerunguá, lugar donde por primera vez se hace flamear la bandera de los pueblos libres de acuerdo a la disposición que establece: 'que en todos los pueblos libres de aquella opresión se levantará una igual: blanca en medio, azul en los dos extremos y en medio de éstos unos listones colorados'.

La primera bandera diseñada por Artigas se levanta en territorio charrúa, y no es una casualidad. Ahora queda más claro por qué desde 1830 fue preocupación central de todos los enemigos de Artigas el exterminio de los charrúas.

Acosta y Lara, en un interesante trabajo(2) reconoce que la traición de Rivera a los charrúas, su trampa en el Salsipuedes, no pasó inadvertida para los gobernantes de la región. Escribe: «Las autoridades de Entre Ríos y Río Grande do Sul siguieron muy de cerca el operativo». Aún más: Acosta y Lara reconoce la participación del genocida argentino Lavalle y del "comando fantasma" del brasileño Rodríguez Barboza en la masacre de Salsipuedes.

Pero en cierto sentido la justifica, porque era una acción, según dice textualmente, «... tendiente a erradicar todas las formas de barbarie que imperaban en nuestras tierras interiores...» ¡Para Acosta y Lara, como para Sarmiento, la barbarie es la forma indígena de vivir, no el genocidio!

La camarilla antiartiguista que gobernó el Estado Oriental desde 1830 masacró a los charrúas, organizó un remate para subastar a las muchachas charrúas sobre-

vivientes en el Durazno, repartió a los niñitos charrúas sobrevivientes en Montevideo, enjauló y vendió a un circo francés a cuatro charrúas, entre ellos una mujer embarazada, entregó cinco charrúas engrillados a los ingleses ocupantes de las Malvinas como trofeo; y luego dice oficialmente que eran pocos, brutos e incorregibles. ¡Y 160 años después todavía alguien sostiene que eso se hizo «para erradicar todas las formas de barbarie que imperaban en nuestras tierras interiores»!

Algunas cosas se hicieron demasiado de prisa. A través de Rivera, primer presidente, el Estado tapón de los comerciantes y terratenientes recibe las protestas de Rondeau por no avisarle a tiempo del reparto de muchachitas charrúas. Después, la defensa del Estado como elemento de progreso, obliga a los universitarios "progresistas" a relativizar el crimen y devaluar las culturas derrotadas; los obliga a decir por ejemplo que «posiblemente nunca sepamos cómo era la religiosidad charrúa» o que «el crimen de Salsipuedes no levantó una sola voz criolla en su contra», algo así como "todos somos culpables" (pobre periodista Porley, documentó la indignación montevideana y criolla de la época, documentó la indignación de extranjeros en tránsito, pero nadie en la Universidad reproduce sus documentos).

No se puede enterrar un crimen para siempre. Tampoco se puede desmerecer eternamente una gran cultura, porque deja demasiadas huellas. Las piedras pintadas con símbolos, las piedras talladas, los naipes en cuero con misteriosa simbología que dejó el charrúa cautivo Tacuabé en Lyon antes de fugarse, las huellas agrícolas, la capacidad adaptativa de nuestros pueblos originarios para "agaucharse" ... son demasiados elementos. Existen en la Argentina estudios serios sobre la lengua charrúa y su compleja estructura gramatical, pero desgraciadamente estos estudios no han sido publicados en el Uruguay(3).

La información sobre la riquísima cultura charrúa siempre estuvo allí, desagregada y esperando(4).

Artigas en realidad fortaleció procesos que ya existían: entre ellos la alianza de los pueblos indígenas que mantenían su cultura tradicional con los pueblos indígenas que se habían convertido al cristianismo bajo la influencia franciscana y jesuita. Esa alianza ya se había esbozado durante las guerras guaraníticas contra los ejércitos coaligados de España y Portugal.

No caigamos en esquematismos étnicos: no hubo razas incorruptibles ni razas flojas; en general no hubo razas sino culturas, cosmovisiones enfrentadas y opciones culturales personales. Hubo charrúas *cristianos* así como hubo guaraníes "infieles" (aunque los que llegaron aquí mayoritariamente provenían de las misiones jesuíticas). Ser charrúa (pertenecer a una de sus comunidades) a comienzos del siglo XIX era una opción cultural y no una determinación genética; y así como hubo irlandeses gauchos, y hubo africanos entre los guaraníes, hubo gente de sangre charrúa (gente renegada y muchas veces adicta al alcohol) que traficó con esclavos en Santa Fe. Aunque no podemos extendernos aquí en esos aspectos, el mosaico era complejo, aunque coherente en sus trazos generales. No

era el color de la piel lo determinante en cada caso individual, aunque el color de la piel predisponía en un sentido u otro.

En el ámbito libérrimo de la Liga Federal la confluencia de propuestas es prácticamente inabarcable para una sistematización sencilla. Por ejemplo, una pieza clave en la estrategia agraria artiguista en la provincia de Misiones es la recuperación del *avá mba´é* y *el tupá mba´é,* las formas comunitarias y colectivas guaraní-jesuíticas que estaban en la memoria de la gente de Andresito Guacurarí, uno de los líderes artiguistas más consecuentes y formidables.

Dediquemos algunos párrafos, necesariamente, a las misiones.

Las misiones jesuitas eran un sistema de aldeas de indios cristianizados con autogestión colectiva agrícola y fuertes murallas defensivas, bajo la dirección espiritual de los sacerdotes y la dirección política de un alcalde indígena electo. Estas misiones habían tenido aspectos aculturizantes y represivos, pero fueron un muro contra el tráfico de esclavos. Más aún: los jesuitas más transgresores enseñaron a los indios cristianos a leer, a leer música, a construir los instrumentos de la orquesta filarmónica y los objetos rituales del templo, a interpretar un plano arquitectónico y a construir fortificaciones y hasta a fundir campanas. Quien funde una campana funde arados y cañones.

Las misiones fueron así escenario de una colosal transferencia de tecnologías europeas a comunidades que no perdieron su lengua, ni su tecnología indígena ni el recuerdo de su organización social comunitaria; además, el cultivo en común, la vida en colectivo, generaron una nueva propuesta política que sobrevivió a la expulsión de los jesuitas, y se transformó en una especie de teoría y práctica de la Teología de la Liberación por parte de comunidades agrícolas que hicieron entre las ruinas del antiguo esplendor sus catacumbas de resistencia.

En el libro de Poenitz y Poenitz *Misiones, Provincia Guaranítica*(5) se habla de la tragedia que representó para los indios tapes la destrucción de las misiones jesuitas, la única opción no selvática (para gente que ya no estaba adaptada a la selva) que a la vez era no esclavizadora. Dicen los Poenitz, padre e hijo, que la medida de expulsión, impulsada por los cazadores de esclavos, fue aplaudida por los librepensadores "urbanos", que equivocaron el sentido de la expulsión jesuita.

Comentan luego los Poenitz, hablando de la acción del funcionario Bucarelli al servicio de la temporalización de los bienes de la Orden, lo siguiente:

> Se incautaron las casas y colegios y sus respectivos bienes muebles e inmuebles y se deportaron a los religiosos a los Estados Pontificios de Italia. Dicha incautación fue llamada temporalización por pasar del poder espiritual de una congregación al poder temporal de la corona (...) Pero en los casos de las reducciones o doctrinas donde se catequizaba en plenitud a decenas de miles de naturales la expulsión de los padres jesuitas y la temporalización de las misiones creaba problemas probablemente no previstos por la corona española (...) Postergada la expulsión de los Padres hasta 1768,

> la operación fue planificada con fuerte aparato militar porque se temía el levantamiento de los naturales en defensa de los misioneros, tal como había ocurrido en las Guerras Guaraníticas en rechazo al tratado España-Portugal de 1750. Previa convocatoria de caciques y corregidores de los 30 pueblos se los retuvo como rehenes y Bucarelli marchó con una columna...

La expulsión violenta de los jesuitas culminó entonces en 1768. Artigas había nacido en 1764. Los indios tapes misioneros, cristianos y perseguidos, en su inmensa mayoría no volvieron a la selva con sus hermanos: se expandieron por el Paraguay, la Banda Oriental, el Entre Ríos argentino (que comprendía por entonces a las tres provincias mesopotámicas) y el sur riograndense. Después los reunificaría Andresito Guacurarí, guaraní cristiano, en el proyecto artiguista de la Liga Federal.

Pero deseo volver por un momento a la cultura charrúa. Hace ya años que me hice la reflexión que sigue y formulé estas "*cinco preguntas sobre los charrúas*". Ahora, una vez más, desando el tiempo y recurro a lo que escribí en el momento en que las nuevas evidencias me sacudían.

Anexo 1 al capítulo V: Algunas preguntas(6)

No soy antropólogo. Tengo además un problema adicional: las cosas más importantes que aprendí sobre culturas originarias de América no me las enseñaron, en su gran mayoría, los antropólogos.

En primer lugar, me las enseñaron los guías espirituales supervivientes en las comunidades que visité, en la floresta o el Chaco o el valle andino; en otros casos, gente como Amilton o Cucubi, de quien después les hablaré; en tercer lugar, gente de las ciencias o de la solidaridad indigenista de las más variadas profesiones; en cuarto lugar, lecturas como el *Ayvy Rapyta* de Cadogan, quien era un humilde guardabosques; en quinto y último lugar, descendientes de charrúas y de otros pueblos originarios que tampoco tienen mucha idea de dónde queda el Departamento de Antropología de la Universidad más próxima ni el museo del ramo.

Amilton es un joven cacique de la aldea Pirakuá, en Mato Grosso do Sul. Se fue de la aldea en la adolescencia; fue obrero de la construcción en Sao Paulo, hizo teatro independiente, y a los treinta años decidió volver a ser kaiwa, o mejor dicho, pai tavyterá.

Cucubi vive mucho más lejos. Es de la parcialidad guajibo –jiwi; su aldea natal está en la Amazonia venezolana, pero es además profesor egresado de la Universidad de Caracas, con postgrado en currículum.

No sé mucho sobre los pueblos originarios de América, apenas distingo el guaraní de los Mbya del guaraní joparâ de los asuncenos. Pero, repito, lo poco que sé no fue enriquecido por los técnicos de la especialidad.

Quizás por malas experiencias personales llegué a la errónea conclusión de que la Antropología es la ciencia de la sistematización del descubrimiento ajeno, desde un punto de vista disciplinario específico. Algo así como «vos trabajás en el terreno y yo que tengo la patente sistematizo, publico y firmo». Aun si esto fuera así, permítaseme homenajear muchos trabajos uruguayos de Antropología que me han devuelto en forma muy prolija esa información, por otra parte tan necesaria; pero siempre —he ahí el problema— de forma tan desagregada que es muy difícil sacar conclusiones útiles partiendo solamente desde sus aportes.

En fin: aunque no a todos, creo que a muchos antropólogos les cabe el sayo que Barrán confecciona para los médicos, cuando denuncia la "medicalización" de la sociedad uruguaya y el autoritarismo gremial que a veces la sustenta. Esto no supone que los médicos sean superfluos. Los antropólogos tampoco. Pero estoy seguro de que en las aulas del Departamento están naciendo profesionales que van a desmentir mis pensamientos más pesimistas. Dejarán de lado ese espíritu de coto cerrado que tienen algunos de sus docentes, dejarán de creer que la Antropología es un saber esotérico de ritos iniciáticos y saldrán alegremente a compartir, a intercambiar y a aportar lo suyo. Y harán descubrimientos extraordinarios. Aprenderán además que democratizar cuanto antes el conocimiento no es devaluarlo sino enriquecerlo. No es de la gente común que se debe temer la depredación de los sitios arqueológicos y los paisajes nativos. ¿Quiénes están depredando?

Sospecho que alguna fuerza influyente en el Estado uruguayo (Estado que nace con un atroz genocidio) ha orquestado por 160 años una conspiración anticharruísta que no encontró la oposición necesaria en la Universidad. Si mi sospecha es cierta ¿por qué la Universidad no se enfrentó al complot? Tengo mi interpretación acerca del porqué de esta omisión de la alta casa de estudios.

La Universidad uruguaya es el triunfo del librepensamiento de fuertes raíces europeas sobre el dogma religioso que fue alguna vez religión oficial. Fue una batalla de la segunda mitad del siglo XIX que dejó sus huellas, dejó una tradición antireligiosa. El liberalismo universitario triunfante puso en una misma bolsa al dogma religioso derrotado y a todas las "supersticiones" supervivientes, y (actitud del clásico racionalismo) decretó obsoleto y superado todo sistema de ideas que no viniera de la Europa progresista. Esto le impidió comprender la patria gaucha y las raíces americanistas que sobreviven en nuestra tierra. Me rectifico: no les impidió sólo comprenderlas; les impidió hasta advertirlas.

Si hablamos del Holocausto judío, la Universidad tuvo posiciones firmes en su momento; si hablamos de la agresión norteamericana a Vietnam, la Universidad cerró filas condenándola; si hablamos de libertades formales, los golpistas tuvieron que intervenirla en 1973 para acallar su voz libertaria. Pero para defender la cultura charrúa, para desmentir la imagen de torpes nómades paleolíticos que se nos dio de ellos desde la enseñanza oficial, la Universidad nunca encontró argumentos. No hay ningún documento oficial de la Universidad que condene el genocidio charrúa cuyo punto alto (o más bajo) aconteció en los potreros del Salsipuedes. Pero al

César lo que es del César. El protagonismo de la cruzada anticharrúa no es universitaria. Si estoy en lo cierto, la campaña viene desde dentro del mismo Estado que los exterminó como cultura organizada. Había que borrar la magnitud del crimen y, si fuera eso posible, hasta la memoria. Demostrar que los charrúas siempre fueron pocos, groseros e inadaptables, era autoabsolverse por su exterminio.

La pradera sin embargo conservaba, obstinada e inocente, las pruebas de su profunda cultura. Entonces se trabajó rápidamente en la fragmentación informativa, inventando denominaciones diferentes para los antiguos pobladores de cada paradero encontrado, disolviendo en términos diferentes la macroetnia charrúa que comprendía a bohanes, minuanos, guenoas. Finalmente, gracias a ese caos de grupos y subgrupos, se pudo negar la paternidad conocida a las pinturas rupestres y a las piedras talladas (casualmente con los mismos jeroglíficos de los mantos quillapí charrúas) y se miró para otro lado ante los túmulos rituales y los pétreos altares de ofrendas.

¿Fue casual la venta, por décadas, de las piedras pintadas por charrúas como granito de exportación? ¿Es casual inundar la pradera de eucaliptos (arriesgando nuestra propia supervivencia) y complementar con el paisajicidio el genocidio primigenio? ¿Fue un acto bondadoso, en el tiempo de las vacas gordas, la promulgación de leyes sociales que atraían inmigrantes rubios pero no estimulaban la llegada de mestizos americanos o refugiados africanos? ¿Fue casual la ridiculización de lo gauchesco y lo "aindiado" y la asociación del ideal de progreso con la urbanización? ¿Es inocente la sustitución sistemática de nombres originarios, muchos de ellos indígenas o africanos en parajes, pueblos y calles por el de seudo próceres de los partidos políticos modernos? ¿No hubo y hay un inmenso operativo "riverista" para borrar la memoria y la mejor identidad uruguaya?

Pregunta número uno

Salimos de Tacuarembó por la ruta a Arerunguá y Purificación, ruta que termina en Salto después de bordear sitios llenos de historias entrañables.

Atrás quedaba una jornada inolvidable de asado, guitarras y cordionas con Numa Moraes, el Colorado; el viejo y glorioso payador Mundo, el talentoso acordeonista Walter Roldán y tantos otros.

A 20 km de Tacuarembó escalamos el Cerro de Charrúa, Isabel y yo quedamos a media ladera admirando el paisaje de serranías y pradera, el paisaje que más amaron los charrúas. Sabíamos lo que encontrarían nuestros compañeros en la cumbre: el consabido sitio ritual, círculo de piedras donde se vivía en soledad el dolor por la muerte reciente de un ser querido, para evocar al difunto y lograr la comunicación de alma a alma, a veces uniendo al dolor moral el dolor físico para que la comunicación venciera la barrera engañosa de la muerte reciente.

Caracé, joven y talentoso cantautor tacuaremboense era de la partida; conocedor profundo del monte, advirtió con sorpresa que en un sitio muy próximo

al sagrario indígena aparecía una gran diversidad de las hierbas medicinales más usadas por nuestros paisanos, todas agrupadas. Por esa zona hay yuyeros viejos que hacen referencia a la sabiduría que viene de sus ancestros. Ellos dicen que "cuidan" el monte.

Pregunta número uno: ¿tenían los charrúas "farmacias de camino" pacientemente sembradas en una tierra que "era de naides y era de todos"?

Pregunta número dos

Los *enawene nawé,* en la zona norte del Mato Grosso tienen grandes casas comunales donde cohabitan varias familias. Los muertos aún hoy son enterrados bajo el suelo de tierra de la casa, a suficiente profundidad. Cuando el piso compartido se satura, los muertos nuevos quedan al cuidado de los muertos viejos y los vivos edifican una nueva casa comunitaria.

Los enawene nawé piensan que los muertos nuevos no pueden ser enterrados en un paraje lejano, pues necesitan la presencia energética cercana de sus seres queridos sobrevivientes. Los charrúas decían (¿dicen?) lo mismo; cuando la persecución bandeirante los obligó a un nomadismo permanente, las ancianas descarnaban los huesos de los caídos en las largas marchas para trasladarlos a los cerros del reposo junto a los suyos.

Las descripciones de viviendas precarias están asociadas en nuestro imaginario colectivo a la cultura charrúa, porque las crónicas españolas se refieren a una cultura perseguida y expulsada de sus planicies ancestrales, a una cultura que a la fuerza se hizo andariega y del monte.

Dos charrúas sobrevivientes en el Chaco argentino me contaron que su abuelo les pedía que no lo enterraran en el cementerio toba, sino junto al rancho de sus familiares. ¡En pleno siglo XX!

Pregunta número dos: antes de la llegada de las incursiones bandeirantes, antes de la invasión extranjera ¿no tendrían los charrúas grandes casas comunales como los enawene nawé, y los muertos descansarían bajo el suelo de tierra? ¿Son los círculos pétreos sobre los cerros evocaciones simbólicas de sus antiguos hogares en comunidad? Los inmensos corrales de piedra en las vastas llanuras ¿son las huellas de las demarcaciones circulares de piedra de sus antiguas aldeas?

Pregunta número tres

Las zonas más ricas en pictografías precolombinas en nuestro territorio están en "Mestre de Campo" (Departamento de Durazno) y "Chamangá" (Departamento de Las Flores). Cierta vez llevamos las fotos de las pictografías de Mestre de Campo, Departamento de Durazno, para que las contemplaran varios *ñanderúngüéra*, guías espirituales de las aldeas guaraníes.

— *¿Qué ven aquí?* les preguntamos.
— Éstas… no sabemos. Éstas otras sí. Son mapas. Muestran el camino hacia la pohá ñaná. Hacia las hierbas medicinales
— *¿Y estos signos como cruces?*
— No son curuzú, son estrellas fijas. Marcan el camino por la noche.
A los amigos mapuches también les preguntamos y uno contestó:
— Estas trazas geométricas parecen mapas orientados por constelaciones. En nuestros cinturones tradicionales las machi grababan mapas de este tipo.
Pregunta número tres: ¿hemos estado en presencia de mapas en piedra y otras formas de comunicación gráfica que nos hubieran podido dar, desde siempre, datos trascendentales de la cultura charrúa?

Pregunta número cuatro

En un valle de las serranías minuanas, oculto de la ruta por colinas aún no contaminadas de eucalipto destructor, aparecen los túmulos charrúas. Dos de ellos se yerguen aún intactos, con sus dos metros y medio de altura, su base circular con un diámetro de tres metros y en uno de ellos hay peldaños en caracol rodeando su cara lateral(7).

Los descendientes charrúas nos habían hablado del concepto de la muerte que tenía (¿tiene?) este pueblo originario, de la percepción de la proximidad constante de las ánimas de los difuntos queridos y de los difuntos temidos.

— *¿Qué son estos túmulos?* preguntamos a un viejo morador de la zona, el único que no desvió nuestras preguntas argumentando que eran simples montones de piedras juntadas por gente del campo.

— “Son como faros, ¿no?” ¿Faros? Bueno ellos creían eso. Faros. Para las ánimas en pena. Era como decirle a los muertos: aquí es un lugar de reposo, este es un lugar bien lindo donde nadie los va a molestar. Y entonces los finaditos dejaban de andar de noche como luces malas.

Pregunta número cuatro: considerando la presencia de los cristales de cuarzo sobre cada túmulo intacto ¿sería que los charrúas tenían una sofisticada idea de la energía del ser humano y su conexión con otras fuentes de energía? ¿será que manejaban teorías de gran profundidad sobre la vida y la muerte?

Pregunta número cinco

Cierta vez los *ñandeva* tupi guaraníes me invitaron a observar el yerbatal de la comunidad. Sabiendo que la yerbamate es una planta sagrada, me imaginé un lugar resguardado muy especial. Mi memoria evocaba los yerbatales de Misiones, ordenados en hileras sobre los surcos despejados de maleza con defoliantes químicos y pensé en algo semejante pero con técnicas tradicionales. Me encontré, en cambio,

con un malezal desordenado y desprolijo, donde apenas podían distinguirse los arbustos de yerbamate entre la diversidad de hierbas y arbustos salvajes.

Mi guía advirtió mi desconcierto y me explicó pacientemente lo que yo no comprendía:

—*Este matorral tiene que estar aquí porque le gusta a las hormigas y entonces protege a la yerbamate. Esta otra planta devuelve al suelo lo que la yerbamate le quita. Todo lo que está es porque debe estar.*

Cuántas cosas no sabemos ver.

Pregunta número cinco: ¿los charrúas no tendrían una compleja agricultura apoyada en los ciclos de la Luna y del año lunar, agricultura invisible para el ojo europeo? ¿Practicaban la siembra transgeneracional, reposando bajo el árbol sembrado por los abuelos, y devolviendo a la tierra la semilla que abrigará a los nietos? ¿No habrán contribuido a reordenar hasta los palmares de nuestro suelo?

Todo lo anterior lo escribí hace años y, repito, siento que debo evocarlo y compartirlo ahora.

No puedo ubicar a Artigas en su época, en su contexto cultural, sin mencionar estas cosas. Porque son temas de los que no se habla. Es mucho mejor sabido, en cambio, que la Revolución Francesa había tenido lugar en 1789, cuando Artigas tenía veinticinco años; y que el recuerdo de su fase radical era aún muy reciente en los tiempos de la Liga Federal.

Los sucesos se habían precipitando en el viejo continente. En 1815 ya había caído Napoleón, y los monarcas reaccionarios de toda Europa, reunidos en Viena para formar la Santa Alianza, proclamaban solemnemente que «el tiempo de las revoluciones ha pasado para siempre». Los pueblos originarios de América hubieran podido rectificar ese juicio; eran mucho más sabios que los reyes.

No se puede hablar de los pueblos originarios como quien escribe un frío manual. Por eso transcribo también aquí un apunte que hice cuando entré en contacto con los descendientes de los grandes amigos de Artigas en su última época, los mbya guaraní.

Anexo 2 al capítulo V: Los mbya

1) Los mbya guaraní, parte de nuestra historia

El mundo guaraní supo de la llegada de los conquistadores mucho antes de que éstos conocieran la existencia de los guaraníes. Esto se debe a que los grandes ríos de América llevaban las noticias muy rápido, desde el Caribe a los Andes, desde el Amazonas a la Patagonia. Pero después el mundo guaraní conoció dos tipos de conquista: la brutal, a la que resistieron heroicamente y la seductora, que finalmente los dividió.

Dado el poder espiritual superior que los guaraníes atribuían a la capacidad de cantar y hacer música, los *luthier* jesuitas fascinaron a algunos de sus *ñanderú* (jefes

espirituales). Lo que no pudo el cañón, lo pudo el violín. Jesús, oída su historia en guaraní, era un hombre de pies descalzos perseguido por el Poder; o sea, un hermano. Dios para los blancos era Uno y era Tres; pues bien, considerando que los padres primigenios eran dos para los guaraníes, el promedio daba bastante aproximado.

Entre los grupos fundamentalistas guaraníes que resistieron la seducción jesuita estuvieron los Mbya. Indómitos y enamorados de la naturaleza, fueron conocidos (y temidos) como "monteses" durante cuatrocientos años. Para ellos, la independencia de América era un problema interno de los blancos, quienes hubieran hecho mejor en irse todos, tanto españoles como criollos.

2) Los mbya y Artigas

Allá por 1837 los mbya tuvieron un grave enfrentamiento con el gobierno del Paraguay por el beneficio de la yerba mate y sólo aceptaron un mediador: Artigas, que estaba exilado en Curuguaty. A Artigas lo llamaban "el señor que resplandece" y los mbya lo recordaban todavía con afecto cien años después, en 1950, cuando un grupo de militares uruguayos llegó a ese lugar selvático. Hoy no quedan mbya en esa región; se han refugiado más al sur.

Volviendo al siglo XIX, la historia de los mbya nos demuestra que las casualidades "puras" no existen. Cuando el Paraguay fue invadido por la Triple Alianza, el heroico presidente de la resistencia hizo de Curuguaty su última capital, a donde llegó con un puñado de adolescentes y mujeres armadas: todo lo que quedaba de la resistencia paraguaya organizada.

El Ejército Imperial brasileño rodeó Curuguaty, pero cuando sus avanzadas entraron, no encontraron ni sombra de los paraguayos; se los había tragado la selva, gracias a los mbya, que seguían fieles a los acuerdos logrados en época de Artigas un cuarto de siglo antes.

3) Los mbya y los otros

Los mbya son los únicos guaraníes que han vuelto, en pequeños grupos, sistemáticamente, a territorio uruguayo. Tampoco es casualidad. Se extienden por los cuatro países que hoy constituyen el llamado Mercosur. Pero su situación es cada vez más terrible. Su exterminio, que no lograron los conquistadores ni los gobiernos neocolonizados de América del Sur, lo están logrando los agroquímicos y la tala de árboles a gran escala en las selvas húmedas. Siguen cultivando a la usanza tradicional y rechazan obstinadamente "echar venenos" en la naturaleza. Pero el veneno llega a ellos por los ríos contaminados que ya no tienen peces y cuya agua no pueden beber.

Y en torno a sus aldeas, falta la selva. No sólo de maíz y mandioca viven los seres humanos ¿para qué vivir sin selva? ¿Dónde conversar con los viejos espíritus

que siempre los acompañaron, dónde enamorar en intimidad, dónde colocar las pequeñas trampas, recoger las frutas y las medicinas; dónde devolver las semillas que les darán los nuevos frutos trece lunas después? En esta sección sobre los pueblos originarios sigo la forma que ellos, los supervivientes, me enseñaron. La forma más adecuada para explicar las cosas profundas, según su sabia escuela, es testimoniar y dejar espacio para la reflexión del otro. En estas enseñanzas está una clave esencial de la vida y obra de José Artigas.

¿Qué tiene que ver la propuesta de Artigas con la ecología? Que lo digan los indígenas, sus principales maestros. Éstas son las notas de una charla que tuve con integrantes de pueblos originarios de Mato Grosso do Sul, en territorio del Pantanal.

Anexo 3 al capítulo V: Evaluación guaraní de impactos ambientales

— *Hay un cerro gigantesco. Está en el Paraguay, del otro lado de la frontera. Y hay una laguna arriba del cerro, del Cerro Guasú. Usted puede llegar allí y pescar uno, dos peces. Pero si pesca más, para usted solo, un rayo lo mata.*

— *Allí viven encerrados los animales que pueden destruir el mundo.*

— ¿Se va a destruir el mundo?

— *Sí. Puede ser, sí. Fíjese, tenemos todavía algunas variedades de maíz. Pero van quedando menos. En la misma aldea, la gente prefiere comer fideos, arroz. Va, trabaja afuera, en las fincas y compra macarrones. Nuestros pajé kuéra han dicho: cuando se acabe el maíz de nosotros… cuando se acabe nuestro maíz… el nuestro no el avatímo-rotí de los blancos, ¿eh? Ese día se acaba el mundo.*

Los que hablaban conmigo eran guaraní-kaiowá del Mato Grosso do Sul. Son más locuaces que los mbya-guaraní del Paraguay y mucho más que los mbyá que llegaron nuevamente al Uruguay.

Corre el mes de mayo; 1995 años después de Cristo y 502 después de la invasión europea. Los indios kaiowá hablan con mucha tristeza, pero con mucha dignidad, de su hambre, de sus dificultades.

—*Estamos cambiando. ¿ve? Ya no tenemos el labio perforado como nuestros padres. Nos estamos olvidando de los rezos que tenían más poder. Él* (mi interlocutor señala a su acompañante) *todavía sabe algunos; pero yo viví unos años en la ciudad. Volví a la aldea, pero ya no es lo mismo. Él sí sabe. Pero los niños están olvidando. Los rezos pierden fuerza así.*

— *Hace diez años cazábamos con flechas. Vinieron entonces unos japoneses a filmarnos. Nunca supimos para qué. Después vino Paolo. Usted lo debe conocer porque él es de afuera, de Italia.*

— Pero yo soy uruguayo.

— *Ah, sí. Usted habla el portugués como él. Viene Paolo y pregunta de todo. Después se va. ¡Viene tanta gente a preguntar! No sé por qué, porque nuestra historia es triste.*

— Lo que queremos es que no nos destruyan. Ya probé la ciudad. El indio ahí vive todavía peor. La aldea es nuestro último refugio contra la violencia de afuera. Claro que sería bueno tener algunas cosas, como un vehículo. Tenemos 20 km hasta la carretera, hay que caminar cuatro horas y media. Y la mordedura de cobra no tiene hora; puede ser de día, puede ser de noche. Antes teníamos hierbas medicinales, pero los blancos nos mataron la floresta y plantaron mandioca y soja alrededor de la aldea. Ahora necesitamos auto. Si tuviéramos floresta, no necesitaríamos.

— Antes, cuando el cultivo no alcanzaba, salíamos a cazar. Ahora pusieron remedios y fue veneno, mataron todo. Si el cultivo no da, morimos de hambre.

— La peste está en el aire.

— Nos trajeron una escuela, pero así no es buena. La comunidad quiere controlar un poco eso de la escuela. A los niños la escuela esa les hace olvidar las cosas nuestras, y ellos necesitan recordar porque nunca van a tener acceso a lo que los blancos tienen.

Los kaiowá evocan siempre a su líder asesinado, Marçal de Souza, el Tupâ´i de los indios matogrossenses. La sobrina de Marçal, Dona Marta, coordina ahora un grupo vinculado a las ONG's indigenistas. Ese día tomó la palabra, para hablarme de un tema recurrente en ella:

— Fui la única mujer, entre 300 hombres, que forzamos la reconquista de esta aldea. Entramos desafiando a la Policía Militar. Entramos para morir o quedar allí. Por eso la aldea se salvó.

— Pero ustedes dicen que ahora es el mundo el que no se va a salvar.

— Una vez los blancos nos pidieron un poco de madera. Nosotros dijimos cuánta, y ellos tenían que pagar. Necesitábamos el dinero. Pero no sabíamos la velocidad de los blancos. Cuando fuimos a controlar ya nos habían sacado diez veces la madera solicitada. Era algo bien triste.

— Eso es lo que el indio no entiende.

— El blanco, ¿no ve que la floresta llora? Yo veo, nosotros vemos las lágrimas de los árboles. ¿Qué va a quedar? Veneno de las plantaciones en los ríos… Plantas hinchadas de remedios. No sé.

— El blanco gana, pero ¿cuánto le va a durar? Sólo nuestros pajes saben eso. Ellos, nuestros pajés, en verdad pueden llamar a nuestro ejército. Tenemos cañones, tenemos soldados, pero son invisibles. Pero tenemos fuerzas terribles que no queremos usar. Las fuerzas del mal son más fáciles de usar que las fuerzas del bien, pero el bien es más útil. Los blancos han demostrado que es más fácil hacer el mal.

— Sí, eso aprendimos de los blancos. Se hace mal cuando se quiere y a veces se hace mal cuando no se quiere.

— Eso es lo que el indio no entiende.

Yo volvía de las aldeas o de mis encuentros con los pueblos originarios y me encontraba en el Uruguay con la dolorosa realidad de medios de información masiva montevideanos que no reflejan ni aproximadamente la verdad. Y un mundo académico sin recursos financieros y divagante, terreno fértil para el más sutil antiartiguismo (o sea: la indiferencia ante la extranjerización de la tierra).

La plantación destructiva de monocultivos gigantescos de pinos y eucaliptos, devoradores de la esperanza agraria, es expresión de ese antiartiguismo sutil.

A favor de esta visión de Artigas es muy difícil escribir porque no se puede citar a autores extranjeros de apellidos impronunciables, y si no hay citas de este tipo el trabajo resulta poco serio.

Anexo 4 al capítulo V: Nuevas formas de racismo

Cierta vez debí escribir al Semanario *Búsqueda* lo siguiente.

Montevideo, 2 de Febrero de 1998.

Sr. Director de BÚSQUEDA:

Con profunda preocupación acabo de leer la ponencia del Lic. Oscar Padrón Favre en el IX Congreso de Arqueología Uruguaya ("Salsipuedes, conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní")**(8)**.

No hemos avanzado nada. El colonialismo europeo alegó en el siglo XIX que la esclavitud de africanos era un problema entre los africanos mismos: Europa sólo compraba, hacía de intermediaria. Ahora, el genocidio contra los charrúas se quiere presentar como un conflicto entre culturas indígenas. Para ello el Lic. Padrón debe incurrir en gruesas inexactitudes:

— Identifica toda la cultura guaraní con la cultura misionera.

— Pone un signo de igualdad entre una pretendida violencia interétnica precolombina y la Conquista (reduce esta última a un conflicto interétnico más).

— Inventa un milenario conflicto territorial entre habitantes del ecosistema de selva húmeda (guaraníes) contra habitantes del ecosistema de pradera (charrúas).

— Parece confundir a los charrúas con los chanás.

— Atribuye a la cosmovisión guaraní "*especiales habilidades para la diplomacia y la intriga*".

— Habla de un "*difundido tráfico de seres humanos*" precolombino en esta región (sin especificar).

— Afirma que los guaraníes misioneros fueron el brazo armado del imperio español (olvida las guerras guaraníticas).

— Relaciona a Artigas con Rivera como partidarios de una causa común (hay amores que matan).

Si bien aparecen extrañas contradicciones en este trabajo, la idea general que nos quiere transmitir es obvia:

— Según él, los charrúas no lucharon por un ideal sino por oscuros instintos o conveniencias momentáneas (agravio racista a algunos de los protagonistas más lúcidos del período artiguista).

— Según él, la cultura guaraní fue la genocida en Salsipuedes (agravio racista a una de las culturas más humanistas de América).

Da para mucho más. Creo que es imprescindible abrir una amplia polémica sobre estos tópicos, con participación de investigadores, docentes y conocedores

del tema. La "leyenda negra" contra los charrúas es una sutil variante de la vieja "leyenda negra" contra Artigas. Muchas gracias.

Nunca pude abrir esa polémica. No hay espacios en los grandes medios para ella.

NOTAS

1 Fernández Moyano y Vique: *Breve Historia de Salto*. Uruguay: Ediciones del Sesquicentenario, Intendencia Municipal de Salto, (no tiene fecha de edición impresa).

2 Acosta y Lara: *La Campaña de 1831 contra los charrúas*. Montevideo. Eduardo F. Edición del autor. 1993.

3 Véase Dick Ibarra: *Argentina indígena y Prehistoria Americana.* Buenos Aires. Tipográfica Editora Argentina. 1991. Es significativo que se conozca mejor la gramática charrúa en Entre Ríos y Río Grande do Sul que en el Uruguay.

4 Véase por ejemplo el ya clásico *Los Aborígenes del Uruguay* de Aníbal Barrios Pintos. Montevideo. Linardi y Risso Editores. 1991. Las editoriales Rosebud y Banda Oriental también tienen materiales muy valiosos al respecto.

5 Edgard Poenitz y Alfredo Poenitz: *Misiones, Provincia Guaranítica*. Argentina: Editorial Universitaria. Universidad Nacional de Misiones. 1993.

6 Este anexo lo publiqué como artículo en 1998 y lo reproduje ya en la primera edición de este libro (N. del A.).

7 Nota a la 5ta edición: hoy están semidestruidos pero el nuevo propietario de esos campos intenta proteger lo que queda de ellos (N. del A.).

8 Oscar Padrón Favre: "Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico charrúa-guaraní". IX Congreso Nacional de Arqueología del Uruguay. Colonia, Uruguay. 1997.

Los afroamericanos
y su aporte al artiguismo

CAPÍTULO VI

Los afroamericanos constituyen una de las tres raíces principales de la América popular. Ya no son africanos viviendo en América: cuatrocientos años de resistencia los vincularon con los pueblos originarios y con el ecosistema americano, y si en éste se modificaron los rituales con aquéllos intercambiaron pautas culturales.

Además, los afroamericanos protagonizaron en América gigantescas epopeyas libertarias. Entre otras hazañas formaron los palenques (territorios liberados) de esclavos fugados o *cimarrones* allá por Cartagena de Indias, y el "Quilombo" (terra da liberdade, federaçâo dos mocambos) en Pernambuco bajo la dirección de Zumbí dos Palmares y en muchas otras zonas del Brasil y la Banda Oriental. La alianza con los pueblos originarios y con los criollos rebeldes fue una constante de estas gestas.

El aporte afro a la cultura latinoamericana y a su identidad es evidente.

Pues bien. Una sutil variante de la "Leyenda Negra" artiguista insinúa malévolamente que Artigas nunca se atrevió a enfrentar directamente a los traficantes de esclavos. Sus difusores se basan en la frase del Reglamento Provisorio de 1815 en que Artigas establece explícitamente que también los "negros libres" tienen derecho a la tierra y en una carta de Artigas (ya derrotado militarmente) a su hijo mayor, pidiendo que a los dos ancianos esclavos que tuvo la familia Artigas, y que siguen esclavos, al menos "no les falte para los vicios" (en el lenguaje familiar de la época, por extensión, "vicio" es todo artículo de consumo no imprescindible que se adquiere por dinero: puede ser tabaco, vino, cuerdas de tripa para guitarra o un pañuelo de seda para regalar a una mujer).

La familia de Artigas seguía teniendo esclavos. Pero recuérdese que José Artigas había abandonado las prácticas culturales y la ideología de su familia y había roto con su clase social, a tal punto que ninguno de sus hijos varones lo acompañó al Paraguay en 1820. Sólo lo fue a ver su hijo José María en 1845, y lo hizo para cumplir con una maniobra política del gobierno Colorado al que él servía: para que el ya anciano Artigas cayera en la trampa por nostalgia, y volviera a Montevideo escoltado por las naves de guerra inglesas y francesas que apoyaban a los colorados… ¡en plena Guerra Grande uruguaya!

Los documentos firmados de Artigas hasta 1815, inclusive, son fruto del compromiso y la negociación entre los pueblos en armas y el grupo de grandes hacendados orientales todavía "independentistas". El Reglamento de Tierras, a pesar de su escritura cautelosa, fue la gota de agua que colmó el vaso y rompió la frágil alianza entre hacendados y pueblos. A partir de ahí los hacendados (y entre ellos la mayor parte de la familia de Artigas) van a pedir la invasión portuguesa para proteger sus propiedades.

Permítaseme por ello transcribir aquí dos textos que sentí la necesidad de escribir para salir al paso de esta insinuación de que Artigas justificaba la esclavitud. Tienen la ventaja de estar escritos en momentos en que yo tenía muy fresca la argumentación usada para la calumnia; hoy la he olvidado un tanto, porque sus mismos difusores se repliegan luego prudentemente por un tiempo, confiados quizás de que algo del veneno paralizante que derramaron haga su efecto, pero temerosos de un enfrentamiento directo que los dejaría muy mal parados. Como sé que vuelven, siempre vuelven, he aquí mi respuesta, que por suerte no fue la única.

Anexo 1 al capítulo VI: Artigas y la esclavitud

Sólo se puede comprender cabalmente a Artigas a partir de sus acciones y de su actitud ante los hechos; nunca a partir exclusivamente de sus escritos. Los escritos fueron dictados por las necesidades coyunturales de su negociación permanente con una naciente oligarquía criolla de racionalidad puramente "occidental", a la cual él ya no pertenecía. «Mi gente no sabe leer» es su principal definición de pertenencia (es su respuesta ante el escrito de Cavia que lo calumnia).

En la etapa que fue reconocido como protector de los pueblos libres afirmó: «Los indios tienen el principal derecho». Esta frase, una de las más citadas, no fue comprendida aún en su pleno significado. Maggi empezó a advertirlo en su libro *Artigas y su hijo*…. Es una clave importante para entender su propuesta multicultural.

El Reglamento de Tierras de 1815 se define como "provisorio". Este término es crucial: para Artigas aún no era el momento de dictar las leyes generales de la Confederación, porque aún no estaba garantizada la plena participación de todas las culturas en plano de igualdad; y no era aún el momento de establecer las leyes definitivas para la Banda Oriental dado que en muchas ciudades, y especialmente en Montevideo, los grupos de poder no permitían la libre decisión de las mayorías. Artigas buscaba postergar el momento de la inevitable ruptura entre los grandes hacendados "patriotas" esclavistas y el pueblo armado.

"Provisoriamente" se establece la expropiación de las tierras de los «malos europeos y peores americanos» y se proclama a título expreso el derecho de los negros "libres" a la propiedad de la tierra «de tal manera que los más infelices sean los más privilegiados» (textual, en el Reglamento Provisorio). ¿Por qué expresamente sólo para los negros libres?

Desde luego todavía hay una concesión de palabra a los aliados poderosos, pero en los hechos todos entendieron que se avanzaba hacia la no exclusión irreversible, definitiva. Tan bien se entendió esto, que el Reglamento fue la ruptura final con los vacilantes. Porque, básicamente, existían cuatro situaciones entre los afroorientales:

1) los libertos y las familias esclavas fugadas que habían optado por la comunidad libertaria, reconstruyendo en el monte la cultura de sus mayores. Eran

hombres y mujeres afroamericanos que se habían refugiado en el monte y en el "lejano norte" charrúa. Los más jóvenes de estas comunidades en su mayoría integraron los "batallones de libertos" artiguistas donde nadie reclamaba papeles para comprobar que no eran "fugados". Se hacían reconocer como libres con sus propias lanzas, y eran fuerza esencial de la Revolución. Para estos grupos estaba previsto (como demuestra Maggi en el caso de los charrúas) grandes estancias comunitarias (que ya ocupaban de hecho) y no parcelas sueltas como las que reparte el Reglamento. Cuando el "pardo" Encarnación Benítez reclama para sí una extensión inmensa en 1815, en los hechos hace lo mismo que Artigas diez años atrás, cuando éste reclamaba "para sí" la inmensa estancia de Arerunguá. En realidad, Artigas la reclamaba ante el poder colonial para la nación charrúa, y Benítez ante el cabildo para las comunidades afroamericanas.

2) los que se habían fugado de Montevideo después de 1811 y antes de la entrada de Otorgués, y que al sumarse a los patriotas, «eligieron el lado de la libertad» y enlistaban en las montoneras gauchas integrándose a los rancheríos paisanos, expresión multicultural por excelencia.

3) los que habían comprado (o se les había concedido) su libertad y eran "negros libres" pero huérfanos de toda propiedad (precisamente para ellos es el Reglamento). Son una parte de «los más infelices» porque están desprovistos de todo y serán por ello, según el Reglamento, parte de «los más privilegiados». El texto los cita expresamente. Excluyendo implícitamente a las comunidades afro en armas, que culturalmente no reclaman "suertes de estancia" individuales.

4) los que continuaban esclavos. Entre éstos deben distinguirse los que continuaban siéndolo por la presión de sus antiguos amos y aquellos otros que mantenían su antigua situación por razones de vejez u opción personal. Entre los primeros había esclavos que eran "propiedad" de connotados enemigos del sistema (si estos esclavos se fugaban eran recibidos con alegría por los afroamericanos de la Liga, y su propia fuga los hacía libres), pero otros eran "propiedad" de estancieros "patriotas" (¡¡) Reitero: en este último caso estoy hablando de personas forzadas a ser esclavas, no de aquellos que mantienen su puesto al servicio de familias criollas, en una época de cambios turbulentos e inseguridades, en una situación formalmente de esclavos pero por una opción personal.

Los esclavos que seguían en propiedad de hacendados "patriotas" contra su voluntad fueron un punto de fricción permanente entre Artigas y los cabildos. En todos los casos, estos estancieros "patriotas" esclavistas vocacionales, traicionaron la Liga Federal entre 1814 y 1817.

Un estudio serio sobre Artigas no puede separarse de la investigación del papel que jugó Joaquín Lencina (Ansina), el destacado combatiente y sabio afrooriental que lo acompañó desde 1795 a 1850.

Como esclavo, Ansina se vinculó en Brasil al pensamiento emancipador afroamericano, llegando a ser un prestigioso ideólogo de esa corriente continental. Si Artigas no fuera un radical antiesclavista, y un hábil conspirador, su conducta en

relación a Ansina sería incomprensible. Recuérdese: 1) lo compra advertido que es un esclavo peligroso, con antecedentes de fugas y de liderazgo en levantamientos en las colonias portuguesas (muy mal negocio); 2) le da la libertad de inmediato, el mismo día (peor aún); 3) lo recomienda para el Batallón de Pardos Libertos del Cabildo de Montevideo (como quien dice, lo dona al gobierno colonial); 4) Ansina (ya liberto) está al mando de su batallón cuando los esclavos de Montevideo se levantan en 1803 y se fugan por el Portón de San Pedro, hacia las tolderías charrúas, sin que su batallón de pardos tenga tiempo de reprimirlos (¿Ansina era muy lento?); 5) Ansina acompaña a Artigas en todas sus campañas y en todos los años de exilio. ¿No es algo excéntrico para un hombre como Artigas, que duerme en el suelo, legisla desde una cabeza de vaca, y que se desprende de la espada de Mayo para recuperar la lanza indígena, tener un africano liberto para que le cebe el mate?

La verdad es que Ansina y Artigas fueron grandes conspiradores. Hoy son menos misteriosas las críticas palabras del único poema de Ansina en que habla de sí mismo: «Ansina me llaman / y Ansina yo soy / sólo Artigas sabe / hacia dónde voy».

Dicen los que todo relativizan, generalmente para cubrir su propia flojera (porque nada es ingenuo en la interpretación de la Historia) que Artigas nunca decretó a título expreso la "abolición de la esclavitud". ¡Rigurosamente cierto! No podía hacerlo, como ningún indio, ningún afrooriental y ningún gaucho podía hacerlo tampoco: una cosa fue su política de alianzas, otra la ley de sus aliados más vacilantes. La abolición de la esclavitud fue siempre (¡en la historia de toda América!) la hipócrita resolución de los poderosos que modernizaban sus formas de opresión. Desde la óptica de los de abajo, su brújula de siempre, Artigas habló en forma más radical («hablaré de una vez y hablaré para siempre», solía decir); y puso como condición para el pacto con Buenos Aires en 1813 que la Confederación promoviese «la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable». Más claro…

Continúo, porque no es un tema menor. He aquí mi segundo trabajo dentro de esta línea argumental, cuando se volvió a acusar a Artigas de contemplaciones con los esclavistas en fecha mucho más reciente:

Anexo 2 al capítulo VI: Más sobre lo mismo

En la televisión un profesor de Historia aparece criticando a Artigas por dar tierras sólo a "los negros libres". El argumento no es nuevo.

¿Artigas debió proclamar desde el comienzo la abolición como principio general? ¿Tenía poder suficiente para intervenir en estancias y propiedades de esa amplia zona sudamericana sin abrir prematuramente un nuevo frente interno? Recuérdese cuántas trabas puso el cabildo de Montevideo ¡desde el primer día! a un Reglamento Provisorio que expropiaba a los poderosos y daba tierra a los "negros

libres", y que fue precisamente ese Reglamento lo que hizo al cabildo finalmente aplaudir la invasión portuguesa.

Artigas, como todos los grandes próceres de América, aspiraba a mucho más que una mera ley específica: aspiraba a una federación de pueblos y culturas gobernándose por sí mismos y a una constitución federal que dejara a cada pueblo libre de actuar según sus conveniencias.

La "abolición", tal como la proponían los ingleses (y lo hacían para que nadie compitiera con mano de obra esclava contra su industria moderna) traía una trampa. Las leyes de tráfico y tenencia de esclavos exigían al propietario la manutención de los negros ancianos ya no aptos para el trabajo. Cuando la esclavitud dejó de ser rentable, la abolición fue el cínico recurso para deshacerse de estos ancianos y lanzarlos a la "libre" mendicidad. En cambio, cuando Artigas, ya derrotado, habla a su hijo (que queda en el bando de los vencedores) sobre los dos ancianos negros que habían sido esclavos de su padre, le insiste en que ahora tiene el deber de protegerlos.

La "abolición" y la "libertad de vientres" significaban el derecho de los hijos de europeos a decidir cuándo y cómo modificar la esclavitud. A veces era acompañada de un decreto que establecía el servicio militar obligatorio por tiempo indefinido para todos los ex esclavos jóvenes (así procedió el gobierno uruguayo "colorado" en tiempos de la Guerra Grande). La abolición y la libertad de vientres eran el camino de los oligarcas liberales: ni Zumbí ni Artigas decretaron la abolición sino que procuraron destruir con los pueblos en armas las bases ignominiosas de la esclavitud.

El Reglamento *Provisorio* de Artigas, el que da la tierra también a los "negros libres" se enmarca en la filosofía proclamada expresamente dos años antes: «promover la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable» y tiene como objetivo secundario no dar ningún margen de interpretación ambigua a un cabildo que sabe hostil y traicionero; porque Artigas tenía claro que su gente era principalmente aquella que todavía no sabía leer el Reglamento, aquellas mayorías multiculturales que se regían por códigos orales.

Artigas no fue simplemente abolicionista; desarrolló una política mucho más audaz, seguramente asesorado por Ansina y las sociedades afroamericanas.

Sentó jurisprudencia en el caso de Ana Gascue, la esclava que fue a verlo desde Montevideo, para pedir por su propia libertad. *En tanto no se promulguen las leyes de la libertad*, sentenció y son sus palabras, *siempre debe facilitarse el triunfo concreto de la libertad sobre la oprobiosa esclavatura*. Se asesoró con Ansina durante cincuenta y cinco años, y las propias palabras de Ansina, generalmente prudente, no nos dejan duda de la ideología que unía a ambos: «Asco tengo del negrero» afirma Ansina; y «sólo Artigas sabe hacia dónde voy» nos recuerda, insinuando su relacionamiento con las hermandades libertarias afroamericanas.

Y el pardo Encarnación Benítez, protector de las familias afroamericanas en armas de Soriano y Colonia, también entendió perfectamente lo que parecen no comprender algunos teóricos actuales de la Historia. El Reglamento Provisorio era sólo una parte de una política agraria más amplia, que reservaba grandes extensiones de tierra para aquellos pueblos originarios y comunidades afroamericanas que quisieran vivir en colectivo y en naturaleza.

Es increíble que tengamos que volver a reflexionar sobre estas cosas, pero se ve que gente muy poderosa que no da la cara pero tiene influencia en los medios está desarrollando nuevas versiones de la llamada "Leyenda Negra" antiartiguista. Pero para entender cabalmente estos aspectos basta con citar como testigo a quien lo acompañara durante cincuenta y cinco años (1795-1850): el afrooriental Joaquín Lencina, conocido como Ansina. Fugado adolescente, capturado en alta mar y revendido como esclavo en Brasil, integrante de las sociedades secretas libertarias afrobrasileñas, asesor de Artigas para asuntos afroamericanos por cincuenta y cinco años. Ansina fue además poeta y documentador de la epopeya.

La mayor parte de la producción literaria de Ansina fue recopilada por Hammerly Dupuy(1), a quien todos los orientales y los americanos del sur le debemos un gran reconocimiento. Esta obra poética, desgraciadamente escrita por el propio Ansina en un castellano convencional, desnuda de su musicalidad originaria, está reproducida en un libro que prologamos con Isabel y otros investigadores en 1996, libro que lleva por título un verso del propio Ansina: *Ansina me llaman*(2)(3).

Sin duda Ansina hablaba una lengua coloquial con elementos del bozal, del guaraní y del charrúa: pero al escribir sus propias composiciones las traduce a lo que él entiende debe ser la lengua escrita, o sea, el castellano más castizo que conoce. Pierden así musicalidad sus poemas, pero no dejan por ello de ser impactantes.

Escribe Ansina sobre sí mismo:

Ansina me llaman
Ansina yo soy
Sólo Artigas sabe
Hacia dónde voy

Es mucho más claro aún Ansina cuando canta a los pueblos originarios, expresando la relación de hermandad que se había creado. Por ejemplo, este poema a los charrúas:

…enigma es la raza charrúa
que al suelo oriental venera
(…)
a nadie respetan sino a Artigas
lo admiran por jinete valiente"

y más adelante:

Según ellos es el gran cacique
y lo siguen con devoción…

Otra vez se insinúa aquí el resplandor que los pueblos originarios ven en Artigas. Pero también Ansina canta a Andresito Guaçurarí, el guaraní cristiano libertador, hijo adoptivo de Artigas:

lo que soñó el Patriarca te diré:
el genio de tu raza de volcán
mezcla de Tupacamaru el rebelde
y del invencible Caupolicán

Las organizaciones libertarias afroamericanas tejieron redes solidarias para sus miembros; redes que iban desde Haití a Montevideo se hicieron fuertes en el nordeste brasileño, y por el oeste llegaron hasta Colombia y los yungas altiplánicos del sur. Estas redes se encubrieron con rituales religiosos africanos y sincréticos y su extensa organización explica algunos sucesos extraordinarios de la historia americana. Estas redes unificaron el panteón africano, y por eso de los cientos de entidades espirituales africanas sólo unas decenas, siempre las mismas, se convocan en América, desde Cuba y Bahía a los santuarios Umbanda de Montevideo.

También los guaraníes cristianos tenían sus redes continentales y muchas veces convergían con las afroamericanas, en un espíritu de protección mutua contra los poderes coloniales y estatales.

Nuestra región sur-oriental no fue la única donde estas alianzas tenían lugar. En Cartagena de Indias, por ejemplo, cuando nacía un niño en el Palenque (zona afro liberada y fortificada) los “negros cimarrones” se trasladaban con el bebé hasta una aldea indígena para que tuviera un “padrino” protector integrante de un pueblo originario. Estos rituales de padrinazgo eran parte de la alianza afro indígena que permitió la supervivencia de las zonas de libertad.

En los intersticios de los libros de Historia, en lo no explicado claramente, aparece el protagonismo de las redes solidarias de las *mayorías multiculturales*. Sin estas redes el gaucho Francisco de los Santos en 1820 no habría podido llegar, solo, desde el Paraná a Rocha y desde la costa oceánica uruguaya hasta Río de Janeiro, llevando el último dinero de la Liga Federal para los presos orientales.

NOTAS

1 Daniel Hammerly Dupuy: *Artigas en la poesía de América.* Buenos Aires. Ed. Noel. 1951.

2 *Ansina me llaman…* Autores varios y poemas de Joaquín Lencina (Ansina) quien los escribió desde 1800 hasta su muerte en 1860. La recopilación de los poemas y la nota explicatoria del descubrimiento de los manuscritos pertenecen al extraordinario y multifacético Hammerley Dupuy. Montevideo. Editorial Rosebud. 1996.

3 Nota para la 5ta edición: agotado el libro anteriormente citado, reproduzco la mayoría de esos poemas en mi recopilación *Mitos, leyendas y tradiciones de la Banda Oriental* (N. del A.).

El cielo
de la gauchería

CAPÍTULO VII

y allí estaba el olvidado
cielo de la gauchería

Osiris Rodríguez Castillos,
"Canción para mi guitarra"

La Banda Oriental del Plata no tenía ni oro ni plata. Para los conquistadores era sólo un territorio de tránsito, aún muy próximo al océano; un remanso de playa y pradera para abastecerse de agua dulce y carne fresca antes de internarse por los grandes ríos sudamericanos. Si los portugueses y españoles ocuparon tardíamente estas fértiles tierras, los prófugos del poder colonial se apresuraron a elegirlas como enclave privilegiado.

El ganado había sido introducido en estas praderas por los jesuitas y por el gobernador de Asunción. Los charrúas habían desarrollado a partir de entonces una verdadera cultura del cuero en este suelo que pasó a llamarse "La Vaquería del Mar". Es por entonces que nace el gaucho oriental, de raíz multicultural: criolla, indígena y afroamericana.

Hombres y mujeres gauchos se dedicaron durante los siglos XVII y XVIII a extraer cueros y grasa de ganado vacuno. Estos productos eran sacados ilegalmente por las playas oceánicas gracias a los barcos piratas-comerciantes, especialmente franceses, que impulsaron así la alianza comercial (y cultural) gaucho-charrúa.

En un libro escrito en 1952(1) un investigador francés relata los siguientes episodios, que aquí transcribo y luego me tomo la libertad de traducir:

> En 1714 en informateur du Governeur de Río de Janeiro aprend que plusieurs bateaux Français ancrés dans la baie de Montévidéo troquent des peaux et du suif (…) En 1717 un certain Jean David apparait dans le site montevidéen. Son navire, venu encore de Saint Malö est armé de trente canons et monté par cent hommes d´equipage (…) construirent un depôt et se mettant á faire despeaux, du suif et de la graisse avec l´aide de les indiens du voisinage (…)"Ce comerse illicite, couvert par des canons, n´est pas du gout des autorités espagnoles de Buenos Aires…

La traducción sería más o menos así:

> En 1714 un informante del gobernador de Río de Janeiro tuvo conocimiento de que numerosos barcos franceses, anclados en la bahía de Montevideo… [recuérdese que la ciudad recién va a ser fundada en 1725] ...intercambiaban cueros y sebo… (…) En 1717 un cierto Jean David aparece en la zona de Montevideo. Su navío, llegado

> de Saint Malö, tenía treinta cañones y cien hombres… (…) Construyeron un depósito y se dedicaron a producir cueros, sebo y grasa con la ayuda de los indios de las cercanías (…) Este comercio ilícito, protegido por los cañones, no es del agrado de las autoridades españolas de Buenos Aires…

Fíjense que estamos hablando de los siglos XVII y XVIII; y que el exterminio de los charrúas como cultura aconteció recién en el siglo XIX. O sea que la cultura criolla rural del Uruguay fue una de las más directamente influidas por pautas indígenas en cuanto a tecnologías, costumbres, tradiciones, medicina, creencias y valores. Conviviendo en alianza fraterna con el mundo charrúa los gauchos aprendieron los secretos del ecosistema en una relación de amor con él. Indígenas y gauchos vivieron de a caballo la nueva época, pero su sentimiento común y su cosmovisión seguían siendo básicamente las de los pueblos originarios de la pradera.

Hasta el mensaje cristiano (influencia guaraní misionera) era leído con matices diferentes en la pradera, matices adecuados a la vaquería que no aparecían en las aldeas agrícolas de la selva.

Antón en su ya mencionado libro *Uruguay Pirí* habla de una «ideología de la pradera», fruto de la fusión de etnias y tradiciones que convivían sin conflictos internos en esta tierra fuera de la ley (fuera de la ley colonial). Yo prefiero hablar de «Cosmovisión desde la pradera» porque la propuesta que nace de este suelo es más que una ideología como sistema de ideas y conceptos organizados; es un encuentro multicultural hacia una utopía común que abarca también sentimientos, intuiciones y sueños. Hombres y mujeres gauchos, de a caballo, vivían en una solidaria comunidad extensa, sin más fronteras que el horizonte, vinculados a un ecosistema pródigo que les daba sustento y la posibilidad de vincularse al mercado mundial transgrediendo el monopolio español. Hombres y mujeres gauchos eran lo suficientemente indígenas como para menospreciar la acumulación capitalista y vivir plenamente aquello que después dijera el poeta argentino Atahualpa Yupanqui:

porque en mi pago un asado
es de naides y es de todos

Este espíritu tan especial asombró a Félix de Azara, un naturalista español que pasa por estas playas a comienzos del siglo XIX a quien el pensamiento positivista europeocentrista le atribuye una exagerada influencia en Artigas.

La anécdota es conocida. Azara le pregunta a un gaucho si quiere ser su sirviente y cargar su equipaje, asegurándole que le pagará bien. El gaucho ("que está sin hacer nada" a los ojos del colonialista) le responde que precisamente está buscando un sirviente y pregunta a su vez a Azara si quiere servirle, aunque no puede pagarle.

"L'alma gaucha" rioplatense es heredera de la mejor tradición de resistencia americana, que fue expresada con anterioridad, entre otros, por los pueblos

originarios (desde los heroicos mapuches a las primeras naciones norteamericanas) y también por afroamericanos, por criollo rebeldes, por inmigrantes de inmensa dignidad y en su momento por Tupac Amaru II y el heroico Zumbí dos Palmares.

Los gauchos rodearon a Artigas en el sur y en el litoral y a Güemes en el norte, como después a Felipe Varela. Siempre desconfiaron de los hacendados-cabildantes radicados en Buenos Aires y en Montevideo, tanto como de las clases acomodadas de las ciudades provincianas; los gauchos seguirán siendo rebeldes después del nacimiento de los estados platenses, primero como caudillos de alzamientos rurales y luego como matreros perseguidos, denunciadores de la injusticia, prófugos ídolos justicieros del pobrerío rural.

Pero los gauchos orientales, y esta fue una peculiaridad, estaban a la orilla misma del océano. El puerto y sus novedades llegaban a ellos, además, en las carretas truequeras de los mercachifles. De este modo las ideas de la revolución norteamericana, de la francesa y de la haitiana llegaron en su momento como una señal de que en los más remotos confines se hablaba de libertad y que las monarquías e imperios se tambaleaban.

Hay que estar lleno de prejuicios contra el mundo rural para pensar (como algunos historiadores uruguayos pensaron) que las nuevas ideas sólo llegaban a los intelectuales de la ciudad. Hay sobrada documentación de que los esclavos, por ejemplo, las entendieron perfectamente. Los versos se Ansina las saludan. Artigas fue encarnación de esa alma gaucha multicultural, enamorada de sus tradiciones pero a la vez sensible y abierta a lo nuevo. El alma de una cultura libre. De esto casi no se habla. Tampoco se habla de la religiosidad de ese mundo tan vasto, tan rico y diverso.

Fue una religiosidad mágica, vinculada a creencias sobre los antiguos espíritus del monte y el río, y a la presencia de los abuelos muertos aconsejando y guiando. Fue una religiosidad diversa en el ritual pero común en el sentimiento de pertenencia a una misma causa, simbolizada por un panteón con elementos cristianos, indígenas y africanos, de fuerte contenido animista, como lo demuestra la gaucha devoción por el “Negrito del Pastoreo”.

Las instituciones religiosas de Europa chocaban a veces con un mundo de creencias desbordantes de fantasía y pujante de juventud. Pero hubo sacerdotes, hubo representantes de la iglesia-institución que no desentonaron en ese templo de religiosidades naturales y de transgresiones irreverentes.

Alguna vez, a medida que el escenario real iba reconstruyéndose ante mis ojos, esbocé las líneas siguientes.

Anexo 1 al capítulo VII: Curas de la patria vieja

La clásica imagen ha quedado grabada en nosotros desde la niñez: Artigas, vencedor de la Batalla de Las Piedras, a caballo, con el gaucho sombrero en las manos; y el jefe español, derrotado, entregando su espada a un sacerdote llamado Valentín Gómez. Pero los textos de historia no hablan mucho de los sacerdotes. ¿Cómo eran aquellos hombres religiosos de la Patria Vieja? ¿Y las mujeres religiosas? Mucho menos sabemos de ellas, aunque difícilmente hayan asumido todas una vida de reclusión. Pero la censura moral de los que sabían escribir impidió que tuviéramos sobre ellas, y principalmente sobre las más heroicas, algo más que referencias aisladas.

Desde luego, en la enumeración que sigue, no excluimos sólo a las mujeres: también excluimos la "otra" religiosidad, de origen afro, indígena o sincrética. Todo eso queda afuera; porque curanderas y yuyeros no hacían generalmente una opción de exclusividad profesional ni celibato, y sus biografías se confunden más con los hombres y mujeres comunes, que tampoco aparecen en los textos.

Básicamente podemos agrupar a los "profesionales del catolicismo" masculinos de aquella época en cuatro grupos:

a) Franciscanos y jesuitas

Las órdenes religiosas llegaron respondiendo a un proyecto evangelizador y de fortalecimiento de su poder material. Hubo más mística en algunos, y más ambición de poder en otros. Hubo sacerdotes de estas órdenes que bendijeron los saqueos, justificaron las masacres y colaboraron con la opresión. Hubo otros, por el contrario, que no se callaron ante los crímenes y genocidios y que muchas veces acompañaron los movimientos de resistencia popular. La difusión del Evangelio los enfrentó muchas veces con los conquistadores civiles y otras veces los enfrentó con una religiosidad indígena que resultaba escandalosa a sus ojos.

Los conquistadores persiguieron las creencias animistas de los pueblos originarios por su mensaje igualitario, mientras que las órdenes religiosas las condenaron porque el animismo indígena no aceptaba intermediarios institucionales rígidos con el mundo de los espíritus, y porque sacralizaba la sexualidad libre con el único límite de respetar al otro y no dañar a un tercero.

Los franciscanos le enseñaron las primeras letras a Artigas, lo apoyaron en su carrera militar hasta que llegó a ser "Capitán del Cuerpo de Blandengues" (breve carrera militar que Artigas hizo en coordinación con las redes de las mayorías excluidas), y, sin duda estos mismos franciscanos protegieron la fuga de los esclavos de Montevideo en 1803. La simpatía ostensible con el bando patriota fue la gota de agua que colmó el vaso de los tiranos, y durante el primer sitio fueron expulsados extramuros con la célebre frase: «váyanse con sus amigos los matreros».

Los jesuitas habían levantado el sistema de las aldeas-fortalezas-unidades productivas colectivistas llamadas "misiones". En las misiones hubo hechos aculturizadores basados en prejuicios: la persecución al animismo religioso y a la religiosidad del monte y el entorno, la obligatoriedad del uso del "calzón" por debajo del chiripá, para cubrir las piernas de los hombres hasta el tobillo; el control del largo del tipói femenino, la prohibición de las casas comunales donde las parejas convivían con todos los demás (las prohibieron por no entender que la casa comunitaria era dormitorio y abrigo, no sede del lecho nupcial). Pero en medio del terror esclavista de afuera, las misiones protegieron la vida, la lengua y la agricultura tradicional, y en algunas de ellas sobrevivió el espíritu comunitario y una vida digna e igualitaria. Y los jesuitas más jóvenes fueron transformándose por su propio trabajo en este marco comunitario. Cambió su interpretación teológica del Evangelio.

Entonces, en las misiones se produjo la más trascendente transferencia de tecnologías avanzadas (incluyendo el arte musical, el del *luthier* y hasta la ciencia militar) que una cultura derrotada haya recibido jamás.

La cultura guaraní-misionera, por su parte, mantuvo además su memoria, su lengua y su conocimiento del ecosistema. Sin esta mezcla de saberes tradicionales y nuevos, sin la tecnología jesuita heredada por los guaraní-cristianos, no hubiera existido el baluarte misionero de la Liga Federal artiguista en 1815 ni resistencia paraguaya en 1865.

Muchos jesuitas y franciscanos se implicaron hasta tal punto con el pensamiento solidario-comunitario indígena (perfectamente compatible con determinada lectura del Evangelio) que apoyaron las alianzas indígenas para la resistencia y para que los pueblos originarios tuvieran una voz independiente en la incipiente sociedad criolla.

b) Los religiosos "intelectuales"

Larrañaga recorre la campaña, registra plantas medicinales, observa las variedades criollas de cultivos, se maravilla de las costumbres culturales diversas, se cartea con Europa, defiende las lenguas nativas y las bibliotecas públicas. Visita a Artigas en Purificación y describe su campamento-toldería. A su alrededor arde una revolución radical, montoneras y ejércitos se lancean y ametrallan, pero él se inclina ante una flor de coloraciones sorprendentes para registrar su forma antes que el tropel la aplaste.

Convence a Artigas de los beneficios de la vacuna antivariólica, recién creada, y apoya su implementación tanto como la difusión "de las luces culturales" entre los pueblos federados. Consciente de que en la Liga Federal hay un ala radical (con base en Misiones y Purificación) y un ala moderada (con sede en los cabildos de Corrientes y Montevideo) busca limar los enfrentamientos; primero, con el viaje a Paysandú, luego con la creación de la primera biblioteca pública (último esfuerzo por acercar al cabildo y a Artigas). Después… dará una misa de acción de

gracias por la entrada de los invasores portugueses a Montevideo; será diputado en la Cisplatina, y ya bajo el gobierno de Rivera organizará la escuela lancasteriana, una especie de instrucción de tercera categoría para pobres, que no tiene nada del espíritu democrático de las escuelas de la patria artiguistas.

Pero lo importante es que estos curas-enciclopedistas como Larrañaga funcionaron bien en el proyecto artiguista; no se les podía pedir además una adhesión política a la Liga Federal. Estos sacerdotes intelectuales de formación europea, aceptando el gobierno popular aunque sin comprometerse ideológicamente con él, demostraron con su ejemplo la viabilidad y la fertilidad de un proyecto multicultural como el que Artigas impulsó.

c) Los curas "radicales"

El padre Monterroso fue el secretario de Artigas más radical. Fue ganado por las ideas de la Revolución Francesa. Redactó o ayudó a redactar algunos de los documentos más "jacobinos" de la Liga Federal. Tuvo una relación excelente con los portadores de la religiosidad sincrética indígena y afro, porque era tan tolerante en temas de religión como intolerante con las posiciones monárquicas.

Jamás pidió clemencia para un prisionero realista. Al igual que el padre Fidel Maíz en el Paraguay de los López, pensaba que la mano de la Revolución era la continuación del brazo de Dios. Cuñado de Lavalleja, después de 1820 mitigó su discurso radical pero volvió a la carga montonera en las provincias argentinas cada vez que un caudillo levantaba la bandera federal. Regresó anciano a Montevideo, y allí sí, a riesgo de prisión, reivindicó la época de Purificación.

d) Los curas gauchos

El padre Acevedo acompañó a Andresito en toda su vida de campaña. El gran líder guaraní cristiano lo llamaba "mi compañero". Era cura de lanza y poncho, vincha y trabuco. Explicaba el Evangelio a su manera: «quien está con Artigas —afirmaba—, va al Cielo; quien apoya a los portugueses se pudrirá en el infierno».

Fue detenido en 1819 por el ejército portugués a orillas del río Uruguay y conducido a prisión en la Ilha das Cobras de Río. Amnistiado en pésimas condiciones de salud volvió a la Banda Oriental en 1822, el mismo año que Andresito moría en prisión. Nunca se recuperó.

También por Andresito tenemos noticias del cura Tomás Gomensor (sin "o" final), tío del futuro presidente, hermano de otro sacerdote muy reaccionario, lo cual demuestra que los vínculos de sangre no son ninguna garantía.

El cura oriental Gomensor era tan conocido por las ideas patrióticas que difundía en su modesta parroquia que fue invitado por Andresito a predicar en Misiones, en los pueblos de indios. En el libro parroquial de Villa Soriano, en la sección "defunciones", el cura revolucionario había asentado en 1811, la muerte

de la tiranía; y en la sección "bautismos" el nacimiento de la libertad. Desde ese momento el sacerdote registraba nacimientos y defunciones de personas físicas con el encabezamiento: «Año 1 de la Libertad».

Curas de vivac y montoneras, lectores del mensaje de un Cristo que habla del cielo de la gauchería, de una Virgen india y africana que es la tierra y las lágrimas del mar, estos curas fueron parte esencial del programa de Villa Purificación. Lejos del Vaticano y cerca de la gente bendijeron la unión de Artigas con Melchora Cuenca, rezaron a los espíritus del monte y abrieron surco para los curas que hoy comparten con el pobrerío la esperanza obstinada del evangelio popular.

Anexo 2 al capítulo VII: ¿Y las mujeres?

Además de la religiosidad, creo que es importante analizar el tema de género en el universo gauchesco. En sus libros sobre la historia de la sensibilidad en el Uruguay, Barrán habla de una etapa previa a ese "disciplinamiento" sobre la mujer que va logrando poco a poco un Montevideo afrancesado en el siglo XIX; pero no explica de dónde provenía tanta *libertad previa* como la que gozaban las damas uruguayas todavía en 1850.

Lo que ocurre es que las conquistas de género en Europa están muy distantes, todavía hoy, de la plena libertad que siempre gozó la mujer en las culturas originarias no imperiales. En la Banda Oriental de comienzos del siglo XIX no había opciones: o los códigos coloniales opresivos de la aldea-cuartel, o la libertad del campo.

Recordemos que por suerte los jóvenes son siempre jóvenes. Imaginemos a una jovencita de la minúscula "alta sociedad" montevideana, asfixiada por los prejuicios y el autoritarismo de su entorno, angustiada porque sus padres decidían por ella quién sería su futuro esposo dentro de la reducida y muchas veces vetusta lista de candidatos disponibles en aquel Montevideo colonial. Es muy lógico pensar que no tenía más venganza contra el destino que hacerse "raptar" por un paisano de su preferencia y pasar a disfrutar la libertad de extramuros. Muchas veces volvía, después de su aventura, al mundo "civilizado". La ciudad aceptaba sus protestas de inocencia mancillada, y ella humildemente expiaba sus pecados con confesión y penitencia, aunque una fugaz sonrisa, una rápida mirada cómplice la vinculara todavía ocasionalmente a aquel mozo que a veces llagaba de campaña trayendo los frutos del país.

Sí; el campo era un buen lugar. El machismo del peón rural es algo muy posterior, y tiene que ver con las relaciones dinerarias, con los salarios masculinos jerarquizados. En el mundo rural de Artigas las mujeres gozaban de una libertad sorprendente y se movían, muy influidas por la racionalidad indígena, hacia una mayor igualdad. Porque cada uno y cada una elegía, en la diversidad, la cultura y la forma de vivir con la que más se identificaba. Eso era «promover la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable», como Artigas dijera en 1813; así fue,

aunque perviva hasta hoy una estrecha comprensión de los textos artiguistas, una visión distorsionada que reduce el alcance de esta frase esencial.

La violencia que muchas veces sufrieron las mujeres fue la propia de un mundo convulsionado donde delincuentes y salteadores sacaban provecho de la guerra y donde los ejércitos imperiales cumplían su función prevista de sembrar el terror. Pero en el mundo de la pradera hubo lanceras, estadistas y curanderas, algunas de las cuales en su momento fueron rodeadas de una aureola de gran admiración.

Si no hubiera existido aquel antecedente de mujeres guerreras y caudillas, no se podría explicar una tradición oriental y rioplatense que llega a pleno siglo XX de mujeres extraordinarias y libertarias, celosas de su emancipación de género, para sorpresa de Barrán; mujeres de las que aquí sólo enumeraremos unas pocas:

Petrona Rosende, poetisa del Montevideo artiguista, que exalta a Ansina (¡a un revolucionario negro!) en su poesía.

Josefina (Pepa) Oribe, que dentro del Montevideo sitiado por Artigas organiza el apoyo hacia el ejército sitiador, que trabaja en secreto junto a Ana Monterroso en el apoyo a los insurgentes, y que en la época de Lecor entra disfrazada de negra lavandera a Montevideo para obtener material quirúrgico y medicinas para la Cruzada Libertadora.

Guyunusa, dignidad y silencio en el cautiverio francés, exhibida como una fiera en París, paridora silenciosa de la niña charrúa que sería liberada finalmente en Lyon, en brazos de Tacuabé, cuando manos anónimas y solidarias permitieron la fuga de éste.

Felipa Gutiérrez, curandera que presenció el grito de Asencio, cebó mate en su rancho a Pedro José "Perico" Viera y criticó a Benavidez, pronosticando su futura deserción. Vivió 113 años y ya anciana prendía velas a su hijo muerto en la guerra de Aparicio.

María Aviará (China María), primera mujer caída como lancera en la carga de Bicudo en Paysandú en 1811.

Soledad Cruz¸ la lancera negra artiguista quien, según la leyenda, tenía amores con un lobizón que la protegía.

Sinforosa, la mujer que amó a Ansina y lo esperó hasta su muerte, manteniendo contactos permanentes con el Paraguay.

Juana Bautista¸ lancera de la Patria Vieja, famosa por su coraje, oriunda de Córdoba, que insultaba a los paisanos que retrocedían en combate.

La mujer de Francisco de los Santos, guaraní cristiana como él, quien crió a varios niños afroamericanos huérfanos.

Ana Monterroso, que sufrió dignamente el cautiverio en Ilha das Cabras junto a su esposo Lavalleja, dio a luz en esas condiciones y no quebró sus principios ni siquiera por la muerte en prisión de su pequeña hijita.

Victoria la Payadora, que en pleno sitio de Montevideo se acercaba a las murallas enemigas a cantar cielitos desafiantes.

Melchora Cuenca, paraguaya que se vinculó al campamento artiguista del Ayui siendo adolescente porque su padre traía en su carreta víveres para Artigas enviados por la Junta del Paraguay en los momentos más duros del éxodo. Después se casó muy joven con Artigas en Purificación (segundo matrimonio del prócer, una vez anulado el anterior por demencia de Rosalía). Melchora fue madre de Santiago (1816) y María (1819). Tuvo desavenencias notorias con Artigas desde 1819; vivió a monte en 1820 porque los portugueses querían matar a Santiago, el hijo menor de Artigas; ya en la indigencia rechaza la ayuda de Bernardina Fragoso (la mujer de Rivera) y tiene conflictos familiares con Manuel Artigas. Con su hija menor recorre Brasil y Entre Ríos, siempre perseguida (Santiago en cambio acepta finalmente el apoyo de Rivera y termina como militar junto a los "unitarios"). En 1829 Melchora se casa nuevamente con José Cáceres, natural de Entre Ríos (¿ocultó el hecho de que Artigas todavía estaba vivo?). Muere asfixiada, en circunstancias no aclaradas, varios años después. En la *Historia de Paysandú* de Schulkin(2) se insiste en que su sangre era española pura; es un error, pero tan poco relevante que no entraremos aquí en su análisis.

Antes de seguir enumerando aclaremos que la vida sentimental de Artigas, por lo que se sabe, tuvo las siguientes vicisitudes: a) un fuerte amor de juventud con una muchacha de Villa Soriano, Isabel, con quien tuvo hijos que después reconoció; Isabel fallece muy joven; b) un casamiento formal, arreglado según la tradición, con su prima Rosalía Rafaela Villagrán, con quien tiene otro hijo llamado José María y una niña que muere; Rosalía pierde la razón estando Artigas ya envuelto en el torbellino revolucionario y es cuidada por su madre, tía de Artigas; y c) finalmente Melchora Cuenca, mucho más joven que él, una relación al menos con un hijo, Santiago (no es seguro que María, segunda hija de Melchora, sea hija de Artigas, pues la relación de pareja termina por esos días con desavenencias que se reflejan en las cartas de Artigas a familiares).

En los treinta años finales en el Paraguay la tradición habla de su soledad total; Nelson Caula(3), sin embargo, sostiene que tuvo un hijo allí: Juan Simeón Gómez. No he podido confirmar uno solo de sus argumentos, y aunque muchos indicadores indirectos me dicen que es erróneo afirmar que Juan Simeón fue hijo biológico de Artigas, tampoco puedo descartarlo. Recuérdese que Artigas entra al Paraguay a los 56 años de edad.

Ansina, en cambio, aparentemente, se comunicaba muy asiduamente con su mujer Sinforosa en el norte de la Banda Oriental, y posiblemente haya existido alguna visita furtiva de ésta y seguramente la llegada al Paraguay de al menos uno de sus hijos.

Sigamos ahora con esta brevísima nómina de orientales "emancipadas":

Concepción Padilla. Ya pertenece a una época posterior, pero era una mujer que mantenía la tradición libertaria. De vestido colorado seguía al ejército de Galarza, pero protegía a todos los niños huérfanos ("los gurises no tienen divisa") y exigía comida para ellos en la olla del cuartel o el campamento.

Magdalena Pons, también continuadora de esa tradición de mujeres libres que viene del legado artiguista. Combatiente de Paysandú durante la gloriosa defensa encabezada por Leandro Gómez (1864-65). Se disfrazaba para salir de la ciudad sitiada y hacer enlaces con los apoyos externos; tenía por entonces 22 años. Schulkin(4) nos recuerda que Magdalena tuvo una vida muy prolongada; terminó siendo maestra rural y ejerció también en Montevideo, en Paso de las Duranas, falleciendo en 1940.

Luisa Tiraparí. Esposa de un esbirro de Rivera, célebre porque reprimió cruelmente a los indígenas en Santa Rosa del Cuareim; cuando quedó viuda organizó una propuesta solidaria y un reparto de tierras en San Borja del Yí (Durazno). Asesinada por militares uruguayos.

Doña Pulpicia (la madre de Aparicio Saravia), forjadora de hijos e hijas de indómito valor, involucrados en los cruentos conflictos brasileños y en las guerras civiles uruguayas.

Las lanceras de Aparicio: **Isidora, Longina**, y tantas otras que van apareciendo desde la memoria anciana más que desde las crónicas escritas.

Las "chingolas" **Pinela**, de Las Chircas, cerca de Capilla del Sauce, mujeres de ascendencia cultural charrúa que en las primeras décadas del siglo XX organizaron una comunidad matriarcal de revólver al cinto, facón y lanza.

Isolina, anciana negra que en zonas rurales de Cerro Largo, por 1920, hacía curas sorprendentes con yuyos y era una famosa partera que siempre andaba descalza ("la energía viene de la tierra").

La Gaucha Cisneros, humildísima mujer de Durazno, que en los años 40 del siglo XX (segunda Guerra Mundial) se destacó por sus sentimientos solidarios y su coraje en duelos criollos.

Y podríamos seguir con María Barquero en el Cuareim, o con el célebre duelo criollo entre mujeres en Guichón en 1940, o evocando la curandera gaucha de Amarillo… Pero volviendo a los años de esplendor, Artigas fue acompañado por héroes y heroínas extraordinarios. Son los que menos aparecen en los libros de Historia; habrá que redescubrir las hazañas de hombres y mujeres como Gorgonio Aguiar, Victoria La Payadora, Juana Bautista, Pedro Campbell, Andrés Latorre, Blas Basualdo, o el cordobés Juan Pablo Bulnes.

Y habrá que resignificar los símbolos. No se les escapó a sus contemporáneos que Artigas hubiera podido establecer la capital de la inmensa Liga Federal en el Montevideo amurallado o en la universitaria Córdoba, pero había elegido una humilde toldería llamada Purificación («el Protector armó un pesebre para el nacimiento de la Patria», comenta al padre Acevedo el cristiano Andrés Guacurarí).

Pero Purificación puede ser vista como el pesebre, símbolo cristiano del nacimiento del hijo de Dios, o como el camino a la "Tierra sin Mal", la *yvymarane' ÿ rapé* de la religiosidad indígena, que pasa precisamente por la "purificación". En realidad fue y es ambas cosas. Y es también la reproducción de los precarios cobertizos, refugios en el Yí de los heroicos negros prófugos de 1803; y también es la

tradición gaucha, de clara raíz indígena, que enarbola como bandera imaginaria la cruz del Sur, la "huella del ñandú", la *pyporé ñandú guasú* que guía el camino errante de los pueblos de la pradera. Y que brilla mucho más sobre los ranchos humildes de sus hijos.

Hay que recuperar los símbolos. El primer corazón charrúa caído por la libertad se hizo pájaro churrinche, *guyra pytâ,* y su libre vuelo sólo se detuvo cuando el proyecto artiguista lo convocó de nuevo al suelo de la patria; entonces el pájaro-símbolo descendió, y la roja diagonal de su descenso fue registrada en una de las banderas de Artigas. Innumerables leyendas hablan de este símbolo, al que a veces se incorpora la flor del ceibo como reencarnación del alma doliente de la mujer charrúa.

Sí, todo esto ocurrió en los tiempos mágicos de Purificación.

«Por aquellos tiempos, dice Bauzá, este pueblo, cuyo nombre fue ideado por el Padre Monterroso, contaba con unas doce casas particulares hechas de terrón y paja, con puertas y ventanas de cuero, según el modelo tradicional adoptado por los campesinos uruguayos» (cita tomada de la *Breve Historia de Salto*, ya citada).

Compleméntese este texto con descripciones de Larrañaga sobre la manera austera, indígena, en que vivía y vestía Artigas («en nada parecía un general», escribe Larrañaga) y se verá que todo coincide; todos vieron esa aparente pobreza (a los ojos europeos), esa forma de ser sencilla que tanto ridiculizaron en sus memorias los hermanos Robertson cuando llegaron a Purificación a entrevistarse con el «Protector de los Pueblos Libres». La sorpresa de los Robertson es explicable. Ellos imaginaban previamente a Artigas como un típico oficial latinoamericano de la época, con uniforme vistoso lleno de entorchados y medallas, rodeado del boato y ceremonial de su Estado mayor, sus sirvientes y ordenanzas. Pero aquel rancho de campaña y aquel humilde traje campesino, el trato horizontal y el mate de mano en mano no son circunstancia sino la esencia; Larrañaga lo comprendió bien.

NOTAS

1 Jacques Duprey: *Voyague aux origins Françaises de l' Úruguay*. Montevideo. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. 1952.

2 Augusto Schulkin: *Historia de Paysandú. Diccionario Biográfico*. Buenos Aires. Editorial Von Roosen. 1958, 3 ts.

3 Nelson Caula: *Artigas Ñemoñaré*. Montevideo. Ed. Rosebud, Montevideo. 1999.

4 Augusto Schulkin: *ob. cit.*

Releyendo
documentos. Habla Artigas y hablan sus contemporáneos

CAPÍTULO VIII

Lo principal en Artigas no son los documentos sino las acciones, los gestos, la mística, el carisma, el perfil ético. Tuvo una visión extraordinaria, una capacidad asombrosa de entender el futuro y sus desafíos.

Pertenecía por opción a un mundo oral, y si se relacionó con el mundo escrito fue por su lúcida comprensión de la necesidad de usar todas las armas de la época. Pero algunos de sus escritos (especialmente entre 1811 y 1815) no dicen todo lo que piensa. Esto es lógico por la coyuntura, por la precaria alianza con fuerzas muy vacilantes y por la complejidad de un planteo multicultural que funcionaba en la acción; pero que resultaba extraordinariamente complejo de formular en palabras. Sólo la coherencia de su trayectoria explica el porqué de algunos de sus actos previos y su actitud en las décadas posteriores.

Aún después de 1815 a veces sus frases dicen sólo lo que es necesario para cada momento concreto. Esto no significa que en Artigas no haya habido una evolución, cambios importantes. Sin embargo, cuando su nombre empieza a relacionarse con el proceso emancipador americano, ya sus principales opciones están hechas, había trabajado por ellas en silencio por más de veinte años y fueron opciones que mantuvo para siempre, aunque no siempre las expresara. Se detectan, en una perspectiva actual, por la coherencia de sus pasos. En lo fundamental, sus documentos hablan por sí mismos.

Recordemos su famosa “Oración de Abril”**(1)**:

«El resultado de la campaña pasada me ha puesto al frente de vosotros por el voto sagrado de la voluntad general…»

«cenizas y ruinas, sangre y desolación: he ahí el cuadro actual de la Banda Oriental y el precio costoso de su regeneración; por ello es pueblo libre…»

«Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana…»

«Nuestra historia es la de los héroes, ella formará la admiración de las edades…»

Y cuando propone no acatar con ciega obediencia al Congreso General convocado en Buenos Aires sino elaborar cuidadosamente las condiciones de un pacto con las otras provincias, advierte: «Resolver sobre este particular ha dado motivo a esta congregación porque yo ofendería altamente vuestro carácter y el mío, vulneraría enormemente vuestros derechos sagrados al pasar a resolver por mía una materia reservada solo a vosotros…»

Al mismo tiempo que plantea la necesidad de poner condiciones a la alianza, aclara expresamente la necesidad de la Patria Grande:

«esto ni por asomo se acerca a una separación nacional».

Después reiterará muchas veces su afecto al pueblo revlucionario de Buenos Aires y de las demás provincias hermanas; tienen razón los que niegan que Artigas haya sido el "fundador del Estado Oriental".

Recordemos también el pliego de condiciones que finalmente llevan los diputados orientales (Instrucciones del año XIII) para la edificación de ese gran Estado federal**(2)**:

II: No se admitirá otro sistema que el de Confederación para el pactos recíproco de las provincias que forman nuestro Estado.

III: Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable.

XVII: No podrá violarse el derecho de los pueblos para guardar y tener armas.

Dos años después, en su célebre *Reglamento Provisorio***(3)** establece que: Por ahora el Sr. Alcalde Provincial y demás subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno en su respectiva jurisdicción los terrenos disponibles, y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención que los más infelices serán los más privilegiados.

Al cabildo de Montevideo, desde el cuartel general de Paysandú, 28 de junio de 1815, le dice: «… trate de formar una milicia cívica para la custodia del pueblo recolectando todas las armas y pertrechos que le sean posibles…»

A Güemes, desde Purificación el 5 de febrero de 1816: «Nada podemos esperar sino de nosotros mismos»

Y evoquemos sus célebres frases contra la tiranía, diseminadas en cientos de documentos y recopiladas en los años sesenta por una publicación de la cooperativa "Comunidad del Sur", pequeño libro cuyo título era *Citas de Artigas*. Tomo de allí las siguientes frases:

«destrozar tiranos o ser infelices para siempre…»

«los tiranos no por su patria sino por serlo son el objeto de nuestro odio…»

«todo tirano tiembla y enmudece ante el paso majestuoso de los hombres libres…»

«no tengo más enemigos que los que se oponen a la pública felicidad…»

«los Americanos del Sur habían jurado en el fondo de sus corazones un odio eterno, un odio irreconciliable a todo tipo de tiranía…»

O su reafirmación en correspondencia a la provincia de Corrientes: «los indios tienen el principal derecho».

Los documentos dicen mucho más cuando hablan por sí solos. Hay otros documentos que deben ser evocados aquí:

Antonio María de Freitas había publicado en 1944**(4)** las cartas del general Fructuoso Rivera pidiendo a Ramírez que matara a Artigas; Rivera llegaba a ofrecer su ayuda para ese fin. Rivera fue el primer presidente del "Estado tapón" que los británicos crearon entre Brasil y Argentina y fue el fundador del partido único de gobierno del siglo XIX y casi todo el siglo XX. Entre los méritos que seguramente influyeron para que la oligarquía le diera los más altos cargos deben estar sin duda estas cartas.

No sé qué repercusión tuvo la publicación de estos documentos en 1944, porque por entonces yo no había nacido, pero hace muy pocos años un joven estudioso de la historia uruguaya, Oscar Montaño, volvió a publicarlos ¡incluyendo las fotografías que reproducen hasta la firma de Rivera! En su libro *Umkhonto*(5).

Pensé que los riveristas iban a poner el grito en el cielo diciendo que los documentos eran falsos, pero hicieron algo más inteligente: usando su influencia decretaron que el libro de Montaño no existe, y no se habla de él en la gran prensa ni en la televisión; mientras, se reeditan con gran *marketing* libros riveristas que omiten este episodio y otros igualmente graves.

«Quien calla, otorga» dice un viejo refrán. Pero si se hacen callar todas las campanas grandes, ¿qué se otorga?

Reproduzco aquí también un fragmento de estos documentos.

Fructuoso Rivera a "Pancho" Ramírez, segunda carta con el mismo asunto:

> Todos los hombres, todos los patriotas deben sacrificarse hasta lograr destruir enteramente a José Artigas; los males que ha causado al sistema de libertad e independencia son demasiado conocidos para nuestra desgracia, y parece excusado detenerse en comentarlos cuando nombrando al monstruo parece que se horripilan.

Después le anuncia a Ramírez que su nuevo amo, el invasor portugués Barón de la Laguna pide: «… que usted acabe con Artigas y para eso contribuirá con cuantos auxilios estén en su poder»

Y concluye:

«Con respecto a que yo vaya a ayudarle puedo asegurarle que lo conseguiré [para] ultimar al tirano de nuestra tierra».

No son hechos circunstanciales en *don Frutos Rivera*. Rivera en algo es consecuente: en su inconsecuencia. Jorge Pelfort, en carta al semanario *Búsqueda*(6) y citando nuevamente a Freitas y por él a *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires de 1833, nos recuerda un comentario de Juan Antonio Lavalleja, jefe de los treinta y tres orientales que iniciaron la Cruzada Libertadora de 1825:

> Cuando tomé prisionero en 1825 al General Rivera se le halló en la cartera una autorización para que ofreciera mil pesos al que le entregara mi cabeza [la de Juan Antonio Lavalleja, G. A.] y otros mil al que le presentase la del entonces Mayor y ahora General Manuel Oribe.

El archivo de Pelfort nos da todavía otro aporte interesante sobre la personalidad de Rivera a través de una carta de don Frutos escrita muchos años después (ya próxima su muerte en Melo). Curiosamente Pelfort encuentra reproducido este documento en un suplemento dominical del difunto diario *El Día* de Montevideo, de fecha muy reciente: 6 de marzo de 1977.

Escribió Rivera: «Yo creo no poder regresar tan pronto a la capital para ocuparme del gobierno y de la política porque lo que más importa es el completo exterminio de los blancos» (por supuesto se refiere a los partidarios del Partido Blanco, no a los caucásicos). Pero si esto es así, ¿qué hace la imagen de Rivera en las escuelas públicas del Uruguay? ¿Cómo se permite el violento atentado a la verdad histórica de presentar a un enemigo jurado del artiguismo, como su continuador? ¿Cómo se armoniza la tan mentada "laicidad" de la escuela pública con el homenaje a un personaje cuyos crímenes merecen la condena universal? Hay más. Documentos que nos llegan de investigadores argentinos hablan, por ejemplo, del impacto de la propuesta artiguista en sus provincias.

Mucho debemos al libro del cordobés Ferraro *La Saga del Artiguismo Mediterráneo*(7). Allí leemos:

> No por nada dice Mitre que Córdoba era el cuartel general del interior del artiguismo. (…) Los artiguistas de Córdoba trataban de influir en las provincias vecinas para mejorar la relación de fuerzas en el futuro congreso. (…) En Santiago del Estero sus simpatías son atraídas por Borges, que no tardará en alzarse en armas; en La Rioja apoyan a los federales de Villafañe y en San Luís al grupo de artiguistas movido desde Córdoba por su gobernador José Javier Díaz, quien trata de impedir la elección de Pueyrredón cuyas ideas centralistas y monárquicas conocía.

Recuerda Ferraro también «… la tentativa de Rondeau y la oficialidad porteña del Ejército del Norte en alianza con las 'clases decentes' de Salta y Jujuy de deponer a Güemes en el Gobierno de su Provincia».

Borges en Santiago del Estero, Bulnes en Córdoba, Villafañe en La Rioja, Santos Ortiz en San Luis, Vera en Santa Fe, las montoneras de Álvarez al sur de Córdoba, son datos que deberíamos conocer más.

Sigue Ferraro, hablando del interior argentino:

> Allí los artiguistas intentarán movilizar a los indios ranqueles, creando un novedoso frente que dividiría aún más a las tropas directoriales que operaban en Córdoba y San Luís. Para ello un agente del Protector (…) había llegado hasta el paraje de Guanaco Laguna, territorio infiel…

Piezas, simplemente piezas documentales para un rompecabezas, un puzzle que ahora es más fácil armar.

NOTAS

1 Citas tomadas de la *Oración Inaugural* con la que Artigas informa al Congreso de Abril de 1813.

2 Fragmentos de las *instrucciones* dadas a los diputados orientales que viajarían a Buenos Aires en representación de la provincia oriental (*Instrucción del año XIII*).

3 Fragmento del *Reglamento Provisorio* dictado por el gobierno artiguista en 1815.

4 Antonio María de Freitas: *La revolución Oriental de 1825*. Montevideo. Ed. del autor. 1944.

5 Oscar Montaño: *Umkhonto*. Montevideo. Ed. Rosebud. 1997.

6 Carta al semanario *Búsqueda* de Montevideo publicada el 23 de diciembre de 1998, firmada por Jorge Pelfort.

7 Roberto Ferraro: *La Saga del Artiguismo Mediterráneo*. Córdoba, Argentina: Alción Editora. 1996.

Nuestro
compromiso con Artigas

CAPÍTULO IX

Es fácil sumarse a los homenajes *formales* a un hombre que murió en 1850 y que aún hoy suscita la admiración y el cariño de la inmensa mayoría de sus compatriotas. Desde la muerte de Artigas han pasado 156 años. Argumentando que la región y el mundo han cambiado mucho (lo cual es cierto) algunos buscan evocar a Artigas simplemente como a un ciudadano virtuoso, ejemplar, que debió responder a problemáticas que no tienen ninguna relación con las actuales. Pero no es así. El ideario artiguista sigue sin cumplirse. Como dice Viglietti:

Y la pobreza es la misma
Los mismos hombres esperan

Artigas comienza a actuar políticamente desde la juventud. Como gaucho rebelde, o con uniforme monárquico, sirve siempre a la misma causa popular continental: preservar la libertad de los pueblos más diversos, que en realidad vivían sin amos ni opresores en el 90% de la superficie continental sudamericana.

En efecto: vastas áreas de selva, montaña y praderas eran tierra incontrolada aún (e incontrolable) por España y Portugal. Pero los antiguos y nuevos pueblos americanos que vivían en estos territorios libres comprendían lúcidamente que el futuro podía cambiar: había muchas ambiciones en Europa compitiendo entre sí por el control de estas ricas tierras y muchas ambiciones de oligarquías criollas con voluntad de asociarse a aquellas ambiciones.

Esta militancia de Artigas por los derechos de los pueblos libres comprendía además la búsqueda de caminos subrepticios para la fuga de los oprimidos en el otro 10% del territorio continental (ciudades amuralladas, puertos y enclaves esclavistas, aldeas con guarnición militar, haciendas fortificadas, explotaciones mineras), donde España y Portugal ejercían efectivamente su poder. Artigas sirve a esa causa, que las redes multiculturales defendían desde mucho antes de su nacimiento; una causa que seguirá teniendo sus héroes y heroínas mucho después del tiempo de Artigas, una causa de hoy.

Sí, Artigas pertenecía a esa opción ("bárbara", según Sarmiento) que en el sudeste sudamericano se expresaba en la Vaquería y en la estancia cimarrona donde se desarrollaban culturas nuevas y solidarias de raíces múltiples. La extracción de cueros para el intercambio extracontinental, la creatividad artesanal con esos mismos cueros, el abajo ganaderil a caballo, todo se complementaba con las producciones artesanales de tradición europea aldeana, la elaboración de quesos embutidos, la construcción y refacción de carretas, la carpintería y la herrería, el quinchado y la arquitectura de barro, la huerta de frutales oculta en el monte cerca de las casas, el maizal indio junto al trigal y a la atahona, el telar manual y la talabartería.

Un mundo de culturas solidarias y hombres y mujeres iguales, una utopía conquistada pero bajo amenaza permanente, acosada por las partidas imperiales, por la especulación de tierras del poder lejano y ambicioso, y por las partidas de bandoleros, esos sí sin ley, que asolaban la campaña tanto como las partidas colonialistas y cuyos crímenes se achacaban a los pueblos originarios.

Cuando las logias criollas, apoyadas por Inglaterra, quisieron tomar el poder y monopolizar las rentas de la aduana, las mayorías multiculturales comprendieron rápidamente que les esperaba una amenaza mayor, precisamente porque detrás de estas logias urbanas estaba Inglaterra, mucho más moderna y eficiente que el colonialismo ibérico. Para las logias y para Inglaterra el objetivo final era el mismo que el de los monarcas de España y Portugal: controlar todo el territorio desde el puerto de ultramar y someter y expulsar a los pueblos libres de las montañas, la selva y los llanos. Por eso Artigas, como otros líderes indígenas, africanos y criollos, no se sometió al llamado de Buenos Aires; buscó pactos y acuerdos con los independentistas, pactos que asegurasen el respeto futuro a la libertad que ya disfrutaba la gente de la vaquería.

Cada vez que se sintió fuerte la burguesía criolla urbana traicionó esos acuerdos. Esa misma burguesía, ayer sometida al capitalismo inglés, hoy ofrece nuestras tierras al proyecto saqueador de los amos del mundo encabezados por el imperialismo norteamericano.

Si salimos a recorrer nuestra América con la bandera artiguista en la mano, vemos que el panorama es mucho peor que doscientos años atrás: las tierras andinas erosionadas y sin agua, la pampa húmeda envenenada, la selva saqueada y en extinción, la pradera y el chaco agredidos por los monocultivos. La diversidad cultural y la memoria ancestral están amenazadas de muerte por los monocultivos en la tierra y *los monocultivos mentales* que impone la TV y la educación pública manipulada por los préstamos del BID y el Banco Mundial.

Una vez más: el tema de la tierra es hoy el gran tema, como en 1815.

De un lado están los amos del mundo que se apropian de la tierra, crean una infraestructura costosa y coordinada de supercarreteras y megaproyectos para saquear el Amazonas, controlar los acuíferos y el subsuelo mineral, arrasar la biodiversidad con monocultivos, transgénicos y venenos, apoderarse de todo. Los gobiernos más sumisos actúan como sirvientes de este plan, reciben humildemente los préstamos, reparten las migajas entre sus amigos y autorizan el control militar, de inteligencia, financiero y extractivo de sus amos que lleva a sus propios pueblos a nuevos niveles de miseria y violencia.

Del otro lado están las banderas artiguistas, las de Tupac Amaru y Micaela Bastidas, las de Felipe Varela y López Jordán, las de Lampiâo, María Bonita, Zapata, Sandino, Martí. Ellas nos convocan una vez más a recuperar la tierra de los malos europeos y peores americanos.

No son temas abstractos. Cualquier oriental que conoce el campo sabe que el éxodo rural se acelera allí donde llegan las plantaciones de árboles. Que con la expansión de los monocultivos forestales la gente se queda sin agua, porque la plantación seca los pozos, los arroyos y hasta los ríos, incrementando rápidamente la desertificación del paisaje. Cualquier campesino sabe ya que el enclave maderero en el que van convirtiendo al Uruguay deja un tendal de escuelas rurales cerradas, de gente desalojada, de alergias y enfermedades infantiles nuevas, de plagas multiplicadas. El enclave maderero extranjeriza la tierra a niveles jamás vistos en el pasado y para peor, los convenios-marco con las grandes potencias establecen que el mismo Estado receptor de inversiones se hace garante contra cualquier tipo de expropiación futura. Pequeños y medianos campesinos son ahogados por deudas mientras las transnacionales de las plantaciones forestales son exoneradas de todo aporte, usan las infraestructura que todos pagamos y se apoderan de zonas francas para montar sus industrias contaminantes y para armar sus puertos; enclaves extranjeros en suelo patrio.

Desde cualquier serranía de nuestro país se puede observar el avance de las plantaciones de árboles. Son ejércitos extranjeros de palos muy altos e iguales, casi sin follaje, porque el inversor no quiere que nada se "derroche" en hojas o tallos secundarios, que avanzan mientras el veneno mata toda otra forma de vida vegetal que pueda haber sobrevivido allí. La tierra ya arada delante de este ejército invasor no es anuncio de pan sino de muerte. Detrás de las plantaciones, como detrás del caballo de Atila, ya nada crece.

Pero el artiguismo teje la memoria y templa el coraje de la resistencia.

La gente empieza a comprender y a decir basta.

Un ideario
multicultural

CONCLUSIONES

A medida que recibíamos más información, que avanzábamos con Isabel y otros investigadores en estas y otras reflexiones, advertíamos que detrás de las aparentes unanimidades en torno a Artigas estábamos ante un juego nada inocente de medias verdades y pistas falsas, y que empezábamos a iluminar realidades ocultas. Percibíamos sutiles insinuaciones y advertencias de que no prosiguiéramos. Siempre la primera advertencia es el vacío y la segunda el intento de ridiculización. Sólo después venía el enojo.

Había en algunos medios un miedo al principio inexplicable, que se expresaba en un desconocimiento intencional de nuestras búsquedas. Simplemente se nos ignoró. En realidad ¿qué era lo nuevo que estábamos aportando?

Desde hace muchas décadas se está diciendo que Artigas era la voz de los sin tierra, se denuncia que Artigas fue traicionado por la oligarquía rioplatense y luego re-fabricado a su conveniencia, falsificando su pensamiento:

a la huella de un siglo
que otros borraron
mintiendo los martirios
del traicionado.

Así cantaba Alfredo Zitarrosa treinta años atrás.

Esta canción se emite hoy hasta por emisoras de radio y televisión conservadoras. No es el único. Numa Moraes grabó por aquella época:

la Patria te dijeron
y te dijeron mal
la Patria la de Artigas
la vamos a encontrar

Y Aníbal Sampayo escribía y cantaba:

tajante como navaja
es la consigna artiguista:
la tierra al que la trabaja
barrer a latifundistas

Esto ya es reivindicar la vigencia del ejemplo de Artigas enfrentando a los poderosos de su tiempo. Claro que estas canciones en su momento nos dieron mucha fuerza, pues nos decían que debíamos recoger el legado artiguista en pleno siglo XX, en una coyuntura de amenazas dictatoriales.

Pero esta línea de denuncias todavía permitía argumentar a algunos poderosos de ESTE tiempo que, aún siendo así en la época de Artigas, al fin y al cabo ahora estamos en otra época, con otros problemas. Que lo más vigente de Artigas era su ideal democrático, hoy expresado en una Constitución como la uruguaya, que garantiza el sufragio universal y secreto. Mucho más desafiante es descubrir que

Artigas está hablando para el siglo XXI y que con él avanzan los espíritus del pasado, y que ningún crimen será olvidado, y que ninguna mentira es eterna.

Lo que la oligarquía realmente no quiere admitir es que Artigas va mucho más allá de una política agraria radical: que apunta a soluciones para el siglo que nace, que nos habla de la posibilidad de un futuro sin transnacionales manipulándolo todo, sin neoliberalismo, sin Organización Mundial del Comercio y sin Banco Mundial y que demuestra —con palabras, con hechos, y sobre todo con la gente— que ese futuro diferente, de soberanía particular de los pueblos, de control de las comunidades sobre el uso de la ciencia, de integración fraterna y no de sometimiento, de respeto para todos y no de marginalidad creciente, de relacionamiento respetuoso con la naturaleza y con todos los seres humanos funcionó y funciona. Funcionó cuando la racionalidad "liberal" se reía de ella, ridiculizando al "excelentísimo Protector de los pueblos libres" que dormía en el suelo y bebía en un cuerno de vaca; y funcionará cada vez que la hagamos carne de nosotros mismos.

La propuesta artiguista puede ser leída en un sentido contemporáneo como la propuesta de relacionamiento respetuoso con el ecosistema y su biodiversidad, desde la diversidad cultural de los pueblos, sus múltiples saberes, sus caminos y sus más fraternas interacciones.

Pero no nos apresuremos: primero retomaremos el camino de nuestras primeras búsquedas e hipótesis. He aquí uno de nuestros primeros documentos.

Anexo 1: La verdadera historia de la Batalla de Las Piedras

1) La geografía

Había una vez una ciudad rodeada de murallas, fosos y puentes levadizos. Estaba ubicada a la entrada de una bahía, sobre el Paraná Guasú llamado ahora Río de La Plata. La bahía describía una curva, y en su otro extremo tenía una elevación natural también fortificada.

La ciudad había sido pensada como plaza fuerte, a la entrada del sistema fluvial que lleva al corazón de Sudamérica. Sus cañones vigilaban el estuario, atentos para lanzar metralla contra cualquier agresor.

Cuando abría sus pesados portones, la ciudad se comunicaba por tierra con fértiles praderas de abundantes ríos, donde pacía el ganado silvestre. Agua dulce, alimento, leña y cueros, todo esto brindaba la pradera a la pequeña ciudad sobre la que ondeaba orgulloso el pabellón de Castilla.

La ciudad estaba protegida no sólo por las murallas sino por un entorno de naturaleza arisca y salvaje. Hacia el oeste el río Santa Lucía viajaba entre pantanos y pajonales traicioneros, infranqueables la mayor parte del año. Por el este, los bañados de Carrasco hacían imposible el paso, excepto por la cadena de dunas costeras, donde el paso de jinetes o carretas era fatigoso y lento. Sólo había un paso estrecho pero seguro al norte, por el pequeño arroyo de Las Piedras. Controlar este

paso era esencial, pues era el único camino seguro hacia el alimento, la vida y la riqueza de los frutos del país.

2) Vencidos y vencedores

El 18 de mayo de 1811 el paso se perdió para España. La batalla tuvo apenas unos cientos de participantes, pero cambió la historia del cono sur. El bastión español más militarizado del Río de la Plata quedó aislado del territorio circundante. Curiosa era la composición del ejército vencedor, un ejército muchas veces harapiento que recorrió después la campaña hasta 1820 como expresión pluralista de la cosmovisión de la pradera. El ejército vencedor no era en realidad un ejército. Era una confederación de pueblos armados que fueron poco a poco profundizando en su identidad y su diversidad.

En el parte de la batalla, fechado el 18 de mayo de 1811, esta peculiaridad cultural aún no se advierte claramente. El parte parece describir las acciones de dos ejércitos regulares enfrentados. Pero en uno de ellos, el vencedor, a sus integrantes se les llamaba "tupamaros".

Quitemos al término "tupamaros" a las asociaciones que podemos hacer desde el siglo XX, y pensemos en la época. Todavía se recordaba vivamente al caudillo andino de sangre indígena y rebelde llamado Tupac Amaru II. Según parece, las raíces indigenistas de los vencedores de Las Piedras no escapaban a los cronistas de la época. Y quien dice "indigenista" en el país de los charrúas dice también guaraní, afroamericano, gaucho orejano, porque la toldería charrúa fue amparo de todos los perseguidos, incluyendo al *contrabandista* Pepe Artigas unos años antes.

3) La patria gaucha

La victoria de Las Piedras, entonces, fue una victoria de la patria gaucha, la verdadera. No la distorsionada por José Hernández, que reivindica enérgicamente al gaucho pero desvaloriza a los negros y exhibe sus prejuicios hacia los indios (¡como si eso no fuera agredir al mismo gaucho!) Bien, Las Piedras fue una victoria gaucha. Hay quien dice que allí nacieron las Fuerzas Armadas del país, pero esto es un grave error conceptual.

La Batalla de Las Piedras inicia la segunda fase, la visible, de un proceso político, social y cultural de muchas décadas que poco a poco apuntará a una Confederación multicultural en alianza con pueblos de un territorio mucho más amplio.

La Liga Federal (donde los orientales eran minoría) era un conjunto de pueblos armados buscando un modelo descentralizado para sus desarrollos locales. En la Liga Federal los cuerpos regulares uniformados son sólo "Ejército auxiliar" de los pueblos en armas. Las Fuerzas Armadas contemporáneas, por el contrario, son el brazo armado del Estado constituido, un Estado que no siempre tiene en cuenta la voluntad del pueblo.

4) Pueblo armado no es Fuerzas Armadas

Los vencedores de Las Piedras no tenían un Estado al cual defender. Cuando creció su sueño dieron la espalda a la ciudad y fundaron una toldería que se llamó Purificación. En cambio las Fuerzas Armadas uruguayas (ni mejores ni peores que otras) están constituidas por funcionarios del Estado, tan identificados con su función que hasta para romper la institucionalidad han evocado al Estado como razón suprema.

Los vencedores de Las Piedras proclamaron «la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable» legitimando así la diversidad cultural y la religiosidad afro e indígena. Las Fuerzas Armadas actuales no sólo usan uniforme, sino que asumen como deseable la ideología de la uniformización.

Los vencedores de Las Piedras amaban la diversidad del ecosistema de pradera; jamás hubieran llenado parques naturales, serranía y pradera con aburridos monocultivos forestales exóticos. Ni usaban todos uniformes ni uniformizaban todo.

Larrañaga, al visitar a Artigas en Purificación, escribe las impresiones de su visita y comienza diciendo: «en nada se parece a un general». No sólo es la sencillez: es el toque mestizo de su indumentaria y la raíz mestiza de la propuesta, lo que Maggi advierte con sagacidad. Es la lanza, por la cual abandonará la espada que la Junta de Mayo le había obsequiado en los tiempos de la alianza.

5) La victoria de los derrotados

Entre los entorchados próceres de América, que ostentan sus distintivos militares, Artigas es diferente hasta por su indumentaria. Expresión cabal de la patria gaucha y la montonera, el artiguismo fue para los generales criollos de ilustre abolengo, lo que los charrúas también fueron: un aliado crítico y distante.

Al lado de los pueblos armados artiguistas, juntos pero no mezclados, nacían los ejércitos de los nuevos Estados, esos sí a imagen y semejanza de Europa.

Toda la causa americana festejó la Batalla de Las Piedras, pero sus vencedores eran expresión no controlable de indios, afroamericanos y criollos orejanos, que defendían sus culturas y sus desarrollos locales en una propuesta federal.

Carlos de Alvear, a su manera, lo dijo desde su exilio norteamericano muchos años después: «Artigas fue el primero de nosotros que supo aprovechar la brutal imbecilidad de las clases bajas para oprimir a las superiores…» En realidad, esta frase ubica a los vencedores de Las Piedras del lado de Tupac Amaru, Micaela Bastidas, Tupac Katari, Zumbí, Güemes, Gaspar Francia. Por otra parte la frase de Alvear da una clara definición del concepto de pueblo que tenían algunos hombres de Mayo, que podían hablar así de la «brutal imbecilidad de las clases bajas»; y explica por qué fue preferible para algunos de ellos pactar con la invasión portuguesa antes de permitir que se expandiera el espíritu de Las Piedras por el sur del continente.

¿Qué es lo que enoja a muchos cuando exponemos nuestra visión sobre Artigas? Vayan juzgándolo los lectores, en la medida que sigamos agregando piezas.

Cierta vez envié una carta al Grupo Sepé. El "Sepé" fue un grupo que integré y que se dedicaba a explorar nuestra identidad, profundizar en la vigencia del artiguismo y viajar hacia los sitios con vestigios indígenas e históricos. Unía a sus integrantes una definida concepción artiguista, o sea, antiglobalizante.

Esta carta se relaciona también con la cosmovisión que Artigas nos legara.

Anexo 2: Carta al Grupo "Sepé"

Septiembre de 1998

Hermanos:

Por razones que muchos de ustedes conocen no he asistido a las últimas reuniones, y ahora estoy haciendo nuevamente las valijas para ir a Resistencia y Pilar de Ñeembucú. (…) En octubre nos veremos nuevamente. Por suerte seguimos sintiendo que estamos en lo mismo: Alejandro y Claudia por Tacuarembó, ustedes en este viaje trascendental a la Quebrada, Isabel en contacto con gente de Aiguá y Capilla del Sauce, y yo en los esteros paraguayos donde pasó sus últimos años el inmortal Pedro Campbell.

En estos momentos y con motivo del viaje de ustedes a la Quebrada sentí la necesidad de escribirles estas líneas.

Cada día me convenzo más de la necesidad de nuestro grupo y siento el orgullo de pertenecer a él, porque no hay jefes y aquí nadie es imprescindible aunque todos necesarios.

La Quebrada fue un lugar de intensa actividad espiritual de la gran nación charrúa. Sabios como el Laucha Prieto la conocen y la aman, y la gente sensible no pasa por allí sin sentir lo profundidad de su llamado, de su mensaje nativo. Es un tesoro de todos nosotros y debe ser preservado para nuestros nietos. Debemos ser guardianes firmes de este patrimonio porque desgraciadamente hay planes para destruirla. En primer término la Quebrada va a ser destruida por las autorizaciones de prospecciones mineras en su entorno inmediato. La Ley de Minería es un complemento siniestro del monocultivo forestal con eucaliptos y todo está planificado para cometer una paisajicidio total. Digamos además que nada es casual. Los herederos del genocidio charrúa, los herederos de los que calumniaron a Artigas, quieren terminar el siglo borrando la memoria del paisaje gaucho que los acusa. En segundo lugar la Quebrada es la punta más accesible de un ecosistema muy delicado y extenso que consta de cuatro quebradas más, todavía casi inexploradas, y un tesoro de biodiversidad único en el mundo. Las explosiones y el cianuro van a causar allí un impacto mucho mayor que en Minas de Corrales, y lo harán sobre un paraíso que morirá inevitablemente. En tercer lugar la Quebrada fue refugio de nuestro glorioso Martín Aquino, símbolo de la rebeldía gaucha frente a la injusticia de los "dotores".

Parece que nosotros y muy pocos más hablamos de esto. Hemos desatado furias que todavía no advertimos en su plenitud. Como en la época de Artigas, esta tierra oriental tiene a sus enemigos dentro…

G. A.

(Siete años después de esta carta el paisajicidio es mucho más atroz; hubiera deseado equivocarme).

La carta anterior es un ejemplo de mi más profundo sentimiento hacia el artiguismo: creo que Artigas es, ante todo, una fuente de enseñanzas permanentes para nuestra acción de hoy, un llamado a la firmeza en defensa de nuestros pueblos y nuestra naturaleza, y una cantera inagotable de esperanzas para un mañana que se presenta amenazador.

Llegando casi al final de este ensayo resumo lo que ya afirmé: Artigas expresa una propuesta totalmente vigente para el siglo XXI. Propone la relación sustentable con el ecosistema desde una diversidad cultural solidaria y cuidadosa de la libertad y los derechos de cada comunidad y de cada persona. Ya los pueblos originarios americanos tenían, en lo fundamental, esta propuesta.

Exceptúo las sociedades verticales y jerárquicas precolombinas, regidas por otras leyes y otros miedos. La mayoría de los pueblos americanos, que sabían cómo construir imperios pero que rechazaron esa opción, recibían con fiestas a todo portador de una cultura diferente. Entre ellos las personas tenían el derecho a ser todo lo diferente que quisieran, en tanto no dañaran a la comunidad ni a la naturaleza.

Estos pueblos originarios de América jamás fueron intolerantes ante las nuevas formas religiosas que quisieron imponerles; por el contrario, siempre incorporaron al culto comunitario todas las nuevas entidades espirituales y ritos que pudieran favorecer sus trabajos de sanación, perfeccionamiento y protección comunitarios.

Y estos atributos de sincretismo entraron en la propuesta artiguista, pues la mayoría de la gente tenía su religiosidad, aunque por un extraño laicismo los uruguayos no hablemos de ello.

Artigas comprendía que el continente ya no sería nunca más un suelo exclusivo de los pueblos originarios. Los afroamericanos eran una realidad irreversible, una nueva cultura de raíces africanas relacionada con el ecosistema americano; y los criollos, nacidos por varias generaciones en este suelo, ya no tenían retroceso posible; eran ya irreversiblemente americanos.

Entre la gente venida de Europa, Artigas distinguió claramente entre conquistador e inmigrante; sus adversarios eran «los malos europeos y peores americanos» y reiteró siempre que «Los tiranos, no por su patria sino por serlo, son el objetivo de nuestro odio».

Durante un período de mis investigaciones pensé que Artigas era uno más entre una pléyade de héroes y heroínas; sólo que por "letrado" se había distinguido de los demás. Pero Artigas tiene la talla inmensa de Espartaco, de Zumbí, de Tupac

Amaru, de Micaela Bastidas, y de otros y otras después de él como Felipe Varela, López Jordán, Zapata, los grandes jefes del proletariado europeo, Rosa Luxemburgo, el Che. Ahora sé que Artigas fue excepcional, único en su momento y por muchos momentos. No se equivocaron los pueblos originarios que lo llamaron "Overava Karaí", "el señor que resplandece".

He aquí una clave central de la personalidad de Artigas: Roa Bastos recuerda que el Dr. Francia, supremo gobernante del Paraguay, recomendaba a los enfermos «visitar al viejo oriental en Curuguaty». Un Artigas descalzo y de civil, conocedor de lo que ocurría en el mundo, curandero, ávido lector de libros, en la naturaleza y en el corazón de la gente; he aquí la verdadera imagen cuando la opción de su vida ya pudo coincidir con su apariencia externa, cuando todas las ideas estaban expresadas y todos los caminos recorridos. Un Artigas alumno permanente de la sabiduría de lo pueblos y destino del paso peregrino de multitudes que acudieron a oír su palabra, pedir su bendición o enrolarse entre sus seguidores y seguidoras. He ahí el "primer motor" de su gesta extraordinaria. Un Artigas resplandeciente para la inmensa mayoría de la gente, para los pueblos libres. He aquí la imagen que explica su recuerdo imperecedero.

Ese resplandor fue percibido por casi todos; sólo es invisible para algunos académicos; y sigue alumbrando hoy toda la cuenca platense y seguirá alentando la esperanza del mundo, y en ella andará Artigas junto a otros "imprescindibles", para usar la expresión del poeta alemán Bertold Brecht.

Ese resplandor nos ilumina el camino en este complejo siglo XXI, y nos recuerda que la lucha por la tierra sigue siendo la principal barrera de separación entre la defensa de la patria y el sometimiento. Hoy los amos del mundo establecen para el Uruguay un papel de enclave maderero, haciendo de su fértil pradera un monocultivo gigantesco de pinos y eucaliptos, un servidor de las transnacionales del papel suntuario y de los chips y laminados. Los servidores de los amos del mundo asesinan la pradera y se apoderan del agua, acelerando la expulsión de la gente de la tierra, la cual queda en manos extranjeras en proporciones nunca antes registradas. Pero nada ni nadie acallará la resistencia artiguista del campo.

Artigas, como muchos otros y muchas otras antes y después que él, no luchó solamente por los derechos avasallados de su cultura criolla de origen. Soñó una América multicultural, madre generosa de todo lo diferente que respeta y fiesta de diversidad cultural. Esta diversidad cultural, él lo sabía, es la guardiana de las riquezas que conservamos: la gente, su mejor memoria, su capacidad de hacer, sus ansias jóvenes, la diversidad cultural específica que bebe cada hijo de este suelo y la biodiversidad necesaria que nos sustenta y debe ser patrimonio de todos.

Apéndice
final

Los cuatro capítulos que siguen fueron publicados en entregas sucesivas del semanario *Siete sobre Siete* a comienzos del año 2005.

Pretendí en este ensayo hacer un aporte complementario y actualizado sobre la esencia del artiguismo y sobre su vigencia en el siglo XXI. Con una breve mención a los hechos históricos más conocidos, el trabajo hace énfasis en el análisis de los grupos, culturas y clases sociales que constituyeron y constituyen las fuerzas motrices del artiguismo.

RINCÓN ARTIGUEÑO

(Artigueños, y no artiguistas, llamaban los cronistas de la época a los hombres y mujeres en armas, gente proveniente de múltiples raíces culturales, que levantaban la bandera de la Liga Federal).

Primer capítulo: El nacimiento

1) Diez mil años por lo menos

Hoy sabemos más sobre la historia más antigua de este suelo oriental que fue poblado por comunidades humanas desde al menos diez mil años atrás. Nuestra tierra conserva huellas de agricultura desde hace por lo menos 4.000 años, y piedras pintadas con extraños símbolos geométricos, que son mensajes indescifrados aún en su mayoría.

Aparecen también en nuestro suelo incensarios trabajados en piedra como el célebre ornitolito o el antropolito, en zonas tan lejanas entre sí como Mercedes y el Polonio; en el norte aparecen otras piedras, talladas con inscripciones no menos misteriosas. Y podríamos seguir mencionando las cerámicas campaniformes, las puntas de flecha y de lanza tan diversas como sus usos, los rompecabezas, los raspadores, las huellas de rituales multiculturales en los cerritos artificiales del este, y hasta recordar los sofisticados túmulos rituales construidos con piedras sueltas que aún se conservan en los valles de Lavalleja y en zonas de Arerunguá y del Queguay.

Pero además está la memoria: hemos recogido memoria cultural de gente de campo con ascendencia charrúa, por ejemplo, en *Mitos, Leyendas y Tradiciones,* en *La memoria invencible* y otros breves trabajos que he publicado. Es que las últimas comunidades charrúas, matreras, aún existían hace cien años apenas; y algunos descendientes directos de padres charrúas todavía hoy se encuentran en nuestra campaña.

2) Nos mintieron, nos mienten y por un tiempo aún seguirán mintiendo

Las clases dominantes intentaron ocultar todas estas expresiones culturales, incluyendo las prácticas agrícolas milenarias, para relativizar un hecho importante: el Estado liberal burgués, pro británico, antiartiguista, cuya ley fundamental se promulgó el 18 de julio de 1830, nació (como diría Marx) «chorreando sangre por todos sus poros»; nació como instrumento de represión contra culturas sabias y solidarias. Las clases dominantes lo hicieron nacer así porque era imprescindible un ajuste de cuentas a fondo contra el artiguismo y sus seguidores.

Por eso siempre volvemos a Artigas. Porque Artigas (y en él los hombres y mujeres que fueron sus maestros y sus seguidores) representa la antítesis de lo que hicieron los constituyentes del treinta y sus herederos: la fractura de la Patria Grande, la traición criminal de Salsipuedes, la Guerra del Paraguay, las dictaduras y los crímenes de Estado, la exclusión social, la destrucción del medio ambiente para beneficio de transnacionales, la entrega de nuestras riquezas naturales *al bajo precio de la necesidad*, entrega que impulsaron los judas genuflexos y llorones… y que sigue hasta hoy.

Entender a Artigas no es entender a un ser milagroso. Es entender las corrientes populares que lo moldearon y las trampas que hicieron los poderosos (sus vencedores coyunturales en 1820 y en 1830), primero para calumniarlo y luego (cuando no pudieron borrarlo en la memoria de la gente) para falsificarlo y así proclamarse cínicamente sus seguidores.

3) Banda Oriental, siglo XVIII

Los charrúas de la época en que Artigas nació se habían adaptado al uso del caballo y habían desarrollado creativamente la *Edad del cuero*. En sus comunidades habían encontrado refugio todos los perseguidos, todos los hombres y mujeres sedientos de libertad que hasta allí llegaban. Los charrúas coexistían fraternamente en un mismo espacio geográfico con todos los prófugos y los excluidos del poder colonial: gauchos, comunidades afroamericanas de a caballo, hijos criollos de inmigrantes humildes. Para todos había lugar en la Vaquería indómita.

Las costas de Rocha eran el lugar ideal para el mercado ilegal de cueros para Europa, y eran también boca de entrada de las mercancías más diversas (desde armas de fuego a textiles). Estas costas incontrolables también fueron el lugar de llegada de la información sobre los sucesos que conmovían al mundo. Mercancías y noticias circulaban luego de fogón en fogón, en el universo multicultural de la gauchería.

Ese mundo gaucho alucinante también atraía a jóvenes europeos e hijos de europeos, de ambos sexos; muchachos y muchachas contrarios a las normas asfixiantes del poder colonial pero que tampoco se entendían con las logias pro británicas de

los adinerados conspiradores urbanos (esos librepensadores de cabeza europea y administradores de sus inmensas riquezas en mercancías, esclavos y tierras).

4) Tres propuestas excluyentes

Bajo el yugo colonial la América española del siglo XVIII presentaba tres alternativas excluyentes entre sí:

a) el mantenimiento del colonialismo español,

b) su sustitución por una oligarquía criolla "independentista" servil a Inglaterra y a sus manufacturas, y

c) la emancipación de las múltiples culturas antiguas y nuevas que se descubrían mutuamente, solidarias entre sí, en una propuesta cada vez más federada y coherente y que tendía a la «soberanía particular de los pueblos» de tal forma que en este nuevo continente de inmensas riquezas cada grupo humano pudiese decir a los demás «con libertad, ni ofendo ni temo».

Cuando hablamos de una propuesta de las mayorías multiculturales en el siglo XVIII no estamos hablando de una plataforma programática estructurada sino de un consenso que circulaba, de fogón a fogón, entre las comunidades originarias adaptadas a las nuevas condiciones de vida y las nuevas comunidades formadas en suelo americano, incluyendo hasta comunidades indígenas cristianas. Esta propuesta de las grandes mayorías multiculturales no cuestionaba (más bien ignoraba) el desarrollo mercantil capitalista de las ciudades y sus sectores adinerados, en tanto todo pudiera coexistir; porque los pueblos no aspiraban a un modelo único a la moda enciclopedista o masónica, ni reclamaban la "igualdad" abstracta sino que principalmente defendían la "no exclusión".

Pero este sueño de las mayorías entraba en ruta de choque inevitable con las ambiciones tanto de los colonialistas españoles como las de la oligarquía mercantil terrateniente criolla "independentista" y sus aliados británicos. Para colonialistas o para las logias "europeizadas" de los criollos ricos, la tierra en manos de comunidades no vinculadas al mercado de los ricos es tierra desperdiciada.

5) ¿Tiempos de barbarie?

Aquel mundo gaucho sin alambrados del siglo XVIII formaba parte de una utopía continental que *construían los pueblos libres*, pobladores de inmensos territorios incontrolados por el sistema colonial, e incontrolados por la aristocracia criolla. Lo constituían comunidades multiétnicas que no aspiraban a conquistar la libertad que ya tenían sino a defenderla. En sus alianzas con los grupos independentistas de inspiración británica y masónica mantendrían esa aspiración, muchas veces enlazada con el planteo de autonomías provinciales y locales.

El territorio de la multiculturalidad emancipada era un mundo, sin embargo, que sufría grandes turbulencias. Bandeirantes, cazadores de esclavos, partidas militares coloniales, partidas armadas de cabildos defensores de la gran propiedad terrateniente, conflictos intercoloniales, todo hacía que la propuesta recién nacida tuviera fronteras móviles y peregrinas. Siempre había que empezar de nuevo, pero valía la pena. En el siglo siguiente, el éxodo popular de 1811 será apenas una expresión de esa cultura, muchas veces nómade a la fuerza, no por vocación, fue la cultura charrúa desde dos siglos antes.

6) Y en 1764…

En la mitad del siglo XVIII, por la época en que Artigas nació, aparecen nuevos protagonistas: comunidades peregrinas de guaraníes cristianos llegan para "agaucharse" en la Banda Oriental y el Entre Ríos. Estas comunidades, guerreras y organizadas, habían sido expulsadas de los pueblos misioneros selváticos por haberse aliado con los jesuitas más comprometidos con una Teología de Liberación, o sea, con un sector de jesuitas más jóvenes que no eran por cierto la mayoría de los integrantes de la Compañía de Jesús.

Estas familias guaraníes que vivían en comunidad y con las armas en la mano, ahora sin sus aliados religiosos, eran empujadas a la Vaquería por el acoso de colonialistas y bandeirantes. Ya en la Vaquería estos guaraníes cristianos disminuyeron sus prácticas agrícolas colectivistas y se pliegan al colectivismo difuso de la solidaridad gaucha. Mantienen, sin embargo, la terminología cristiana del ritual y aportan un reforzamiento popular de la lengua guaraní frente a la lengua charrúa y otras minoritarias que ya alternaban con expresiones bozales y con la predominancia del idioma castellano y el portugués en nuestra campaña.

Y en aquel Montevideo que era la plaza fuerte de la Corona (porque el "puerto" estaba en la otra orilla del Río de la Plata): en aquella aldea amurallada que tenía sólo 40 años de existencia, fue bautizado, o por lo menos así se afirma, Josef Gervasio, hijo legítimo de padres de sangre aragonesa, de familia de cristianos viejos con alguna gota de sangre de princesa andina, un niño que seguramente sería destinado, por derechos de cuna, a la oficialidad de las tropas coloniales o al alto estudio de la Teología.

Capítulo dos: Así se templó el acero

1) Opciones gauchas

Artigas tenía catorce años de edad cuando cruzó una frontera que no tenía marcha atrás. Fascinado por las andanzas de su abuelo paterno con el indio colla Pasqual Chena, atraído por la diversidad mágica del mundo gaucho, rompió con

su clase social, con su familia y su destino preestablecido, y se internó para siempre en aquel universo rural que, por cierto, conocía desde niño.

No fue ni el primero ni el último, entre los ricos herederos de las chacras del Miguelete y de las suertes de estancia que hizo una opción por el fascinante mundo de extramuros. También Bartolomé Hidalgo, muchos años después, dejaría el cómodo mundillo de la aldea-cuartel y participará de las gestas patrias. Más aún: Bartolomé Hidalgo, joven y lecto-escritor, volvería después al mundo urbano para evocar en Buenos Aires la forma gaucha de hablar, y cometerá la transgresión (escandalosa para la época) de crear el género de la poesía gauchesca.

Jovencitas de "buena familia" buscarían también en el libérrimo mundo gaucho la concreción de un amor prohibido entre las rígidas murallas de Montevideo; y muchas de ellas serían después lanceras de la patria junto a Juana Bautista, Victoria la Payadora, la legendaria Soledad Cruz, la sanducera María Aviará, o la paraguaya Melchora Cuenca. Otras vivirían organizando conspiraciones patrióticas y apoyo logístico a los montoneros, como lo hizo Josefa Oribe.

El fenómeno de la rebeldía femenina se daba en toda nuestra América. Como la Pola colombiana, o la Juana Azurduy altoperuana, o la mártir Micaela Bastidas. En Córdoba el investigador Ferraro (en *La Saga del Artiguismo Mediterráneo*) recoge el testimonio de un oligarca quejándose al Deán Funes de que nuestras muchachas de sociedad «pierden el recato, se mezclan con la plebe y levantan banderas artiguistas» (citado en mi libro *Artigas…*).

El mundo gaucho era el mundo de las transgresiones, de la insurgencia juvenil y adolescente. Los mayores daban el ejemplo. Ansina se casó con una criolla de sangre europea; Artigas joven aún, vivió con una muchacha de sangre chaná en Villa Soriano, hasta la trágica muerte de ésta. Unos años después los curas gauchos de lanza y vincha proclamarían un Evangelio sencillo donde *ser* "artigueño" *representaba la salvación eterna, y por el contrario colaborar con los portugueses era condenarse a las llamas del infierno.*

Pero el mundo gaucho del siglo XVIII era una parte apenas de las redes multiculturales solidarias que atravesaban todo el continente.

2) Las redes continentales de la resistencia cultural

Los pueblos originarios se habían visitado entre sí por milenios. Hay testimonios de la época de la conquista que ya hablan de las *rutas de peregrinación ritual* tradicionales de los guaraníes por nuestro suelo, visitando charrúas y arachanes y participando en las ceremonias ecuménicas en los cerritos artificiales de Rocha, saludando la salida del Sol americano y volviendo a su selva húmeda por la ruta ritual de los palmares. Hay palabras traídas por los kíchuas desde los Andes que se incorporaron al habla más antigua de los gauchos de la pradera y la pampa.

En el siglo XVIII se superponen a estas redes milenarias las redes de los esclavos afrodescendientes prófugos, que reorganizan sus comunidades en armas en todo el continente. Estas redes (que recuperan memorias religiosas africanas pero ahora en sincretismo con el animismo indígena y con elementos del cristianismo popular) se conectaban con los negros que aún seguían esclavos en plantaciones y ciudades amuralladas, y el enlace se hacía muchas veces a través de las negras lavanderas autorizadas a incursionar extramuros o los aguateros y leñadores esclavos.

Además, en este universo multicultural hay una creciente integración de inmigrantes europeos humildes y de aventureros y desertores de todo tipo. Las noticias de actualidad más diversas circulaban por todo el continente por los caminos secretos de las redes, y a ello contribuían también los piratas europeos quienes por medio del trueque proveían y se proveían en ese mundo misterioso de todo lo que necesitaban ambas partes.

3) La lucha de clases en el siglo XVIII

Y en el siglo XVIII la lucha de clases entre las redes multiculturales coordinadas y los poderes coloniales se hace a veces guerra abierta. Es la resistencia afroindígena en el nordeste brasileño de los herederos de Zumbí; son los palenques invencibles de los negros cimarrones en Colombia, son los cañaverales incendiados por los insurrectos, es la insurgencia indígena de Tupac Amaru, de Micaela Bastidas, de Tupac Katari; es la alianza que hacen los indios cristianos, los indios "infieles" y los afroamericanos y afroamericanas junto a los padres jesuitas disidentes que desacataban a su propia compañía y participaban en las Guerras Guaraníticas del lado de los oprimidos. En las guerras contra los misioneros y su alianza multicultural participan coaligados los ejércitos de España y Portugal, y esa alianza entre potencias rivales se dará cada vez que un Artigas amenace a ambos.

En el siglo XIX se verá con más claridad de qué lado queda siempre la aristocracia criolla pro-británica, las linajudas familias "independentistas" que aliadas a sus adversarios de ayer darán finalmente la batalla final contra la Liga Federal. Y pasará otro siglo más y esas linajudas familias "independentistas" casarán sus hijas con señoritos de las familias "pro-colonialistas" de siempre, como fue la poderosa familia Batlle en Montevideo, para dar los parlamentarios de las repúblicas dependientes.

Pero volviendo al siglo XVIII: las federaciones indias (redes milenarias de los pueblos originarios) van adaptándose a la coexistencia con las redes de los afroamericanos prófugos, y van aliándose con ellas no para la reconquista de los territorios ya ocupados por el colonialismo sino principalmente para la defensa del que les queda y para emancipar a sus hermanos de la esclavitud.

Porque a la esclavitud de afrodescendientes se sumaba (en los territorios ocupados por el poder colonial español-portugués) la mita, la encomienda, la reducción, que eran formas de esclavitud enmascaradas de los nativos.

El saqueo colonial español había sido extractivo (oro, plata, después cueros en la Vaquería). El saqueo portugués con asesoría británica había sido principalmente de plantaciones (caña de azúcar), proceso que España copia en el Caribe y en Tucumán. Todo requería mano de obra esclava. Contra la esclavitud y contra la expansión del territorio saqueado serán las alianzas principales de pueblos originarios, comunidades indígenas cristianizadas y comunidades de esclavos prófugos.

Pero la lucha de clases [redes contra (poder colonial + aristocracia esclavista criolla)] convocó a escenas a los criollos pobres, hijos de inmigrantes colonos, aventureros, desertores, muchas veces mestizados con "hijas del país". Algunos de estos criollos aspiraban también a tener esclavos, a saquear, a "hacerse la América" con el sudor ajeno: pero muchos otros se identificaron con las redes libertarias, amaron realmente a sus familias mestizas y soñaron para ellas una América sin exclusiones.

Estos criollos revolucionarios, muchos de ellos "eurocultos" (no debemos llamarlos simplemente cultos, porque los otros pueblos tienen también su cultura) ayudaron en los fogones a extender las noticias que traían los piratas sobre acontecimientos asombrosos que estaban pasando en Europa y en América del Norte. Las redes multiculturales, gracias al comercio ilegal con Europa, conocieron a su manera a Rousseau y a Jefferson, y después a Robespierre y a Toussaint Louverture. Por sus fuentes propias sabían de Tupac Amaru y de Zumbí.

Para las redes, estos criollos del fogón, aliados de sangre europea, eran importantes si se lograba que ocuparan cargos como curas de pueblo, o en los cabildos locales o en los mandos medios de los cuerpos militares coloniales. El cura, el cabildante o el capitán de blandengues con mando directo de tropa tenían un inmenso poder. Por esos cargos disputaban en las sombras los colonialistas, las logias masónicas de la aristocracia criolla y las redes multiculturales.

4) Artigas y la Revolución de Mayo de 1810 en Buenos Aires

Como intento explicar más detalladamente en mi libro *Historia diferente del Uruguay,* esta pulseada del siglo XVIII por ver a quién responden las instituciones locales explica por qué, a comienzos del siglo XIX, la Revolución de Mayo en Buenos Aires tuvo tan pocos muertos: el virrey ya no tenía su gente en los mandos medios de las tropas de Buenos Aires. Los masones habían trabajado bien.

Y esta pulseada oculta entre tres fuerzas explica por qué a un criollo que fue gaucho por opción (de origen criollo aristocrático, transgresor de todas las normas) le interesó obtener un indulto del poder colonial y meterse en el cuerpo de blandengues cuando ya era bastante veterano. Era un hombre que amaba la libertad de los campos, «que conocía el corazón de sus paisanos como nadie» porque había tenido maestros de las redes multiculturales tan brillantes como Ansina; ese Ansina cuatro años mayor que él, a quien él mismo había comprado para darle libertad. El gaucho José Artigas jamás tuvo vocación militar colonialista, pero fue mandatado por las

redes para que ocupara ese lugar de capitán de blandengues mientras maduraban las condiciones para una lucha más abierta en defensa de los oprimidos.

¡Y pensar que hay quien sigue creyendo que tenía vocación militar, o que persiguió en serio a los indios, como se compromete solemnemente en sus oficios a la superioridad colonial! Claro que aprovechó su puesto, mandatado por las redes, para perseguir grupos de maleantes y saqueadores, entre los cuales había desde españoles y afroamericanos a "indios infieles"; pero eso también lo hizo en coordinación con las comunidades.

Pero los que dicen que Artigas fue un leal soldado del rey hasta 1810 inclusive y que persiguió realmente por entonces a los charrúas ¿cómo explican que después de su giro político de 1811 las redes multiculturales de seis provincias lo siguen con devoción, de inmediato, sin esperar otras señales de su conducta? Las campañas mediáticas manipuladoras las inventó el capitalismo recién en el siglo XX.

Lo que emerge en 1811 (la insurgencia popular artiguista) es el fruto del trabajo clandestino, de coordinación de redes, de muchas décadas; quien lo dude desconoce el ABC de la lucha social.

Hay dos hechos en la historia de Artigas antes de 1811 que evidencian claramente su postura. Uno, ya estudiado por Maggi, es la solicitud que hace Artigas al gobernador de Montevideo y al cabildo colonial para obtener la propiedad de los inmensos territorios del Arerunguá. Él tan luego, que como Protector de los Pueblos Libres gobernará en 1815 desde un rancho de terrón, ahora, cuando era todavía capitán del rey quería para sí inmensas tierras… que estaban en manos de los charrúas. Hoy se puede entender perfectamente para quién las quería (y para qué estrategia política y militar las necesitaba).

El otro hecho es su actitud ante las invasiones inglesas. Mientras los "independentistas" partidarios de la libertad… *de comercio*, festejaron la presencia militar británica en la América española, Artigas y sus gauchos alinearon con las autoridades españolas para dar un feroz combate al colonialismo británico.

Los pueblos sabían que la Corona británica estaba aliada a las logias de los criollos más ricos, aquellos que despreciaban profundamente el proyecto multicultural de las mayorías y eran sus enemigos. La incipiente manufactura criolla, la artesanía indiana, la posibilidad de sobrevivir con identidad propia, la oportunidad misma de existir para la patria grande sudamericana; todo estaba más amenazado por la desleal competencia de las manufacturas británicas (al amparo de sus cañoneras y con la trampa de sus empréstitos) que por una España en declive y con reformas borbónicas en curso.

El destino de las mayorías y su derecho a mantener territorios por ahora incontrolables estaban más amenazados por la alianza de terratenientes criollos ricos con el impetuoso imperio británico que por el caduco monopolio burocrático español ya en agonía. En 1810 las logias de los criollos poderosos derrocan al virrey en Buenos Aires y envían un poderoso ejército al mando de Belgrano, a "liberar" las provincias. Pero Belgrano no encuentra apoyo entre las grandes mayorías multi-

culturales y vuelve decepcionado. Entonces y sólo entonces, a comienzos de 1811, Artigas "deserta" del ejército español, cruza a Buenos Aires y negocia una alianza con el gobierno pro-independentista.

Y (¿casualmente?) mientras Artigas negocia, los gauchos de la Banda Oriental lanzan el Grito de Asencio y toman varios pueblos que estaban bajo control español. La señal es clara: hay que contar con las redes multiculturales por alianza, no por sometimiento. Buenos Aires debe aceptar y los pueblos de las provincias (incluyendo el de Buenos Aires) se sumarán ahora a la alianza con las logias con nuevo entusiasmo, que llegará al máximo cuando San Martín demuestre que también en las logias hay gigantes éticos al lado de la miserable actitud de los Alvear, los Sarratea y los Pueyrredón.

Capítulo tres: La fiesta de los pueblos

1) Irrumpen los pueblos en armas

En 1811 un nuevo foco insurgente aparece en la América española, más precisamente en la Banda Oriental. Sus combatientes se diferencian sustancialmente de los ejércitos independentistas regulares (financiados por las logias, con oficiales de formación europea al frente, auspiciados por los ingleses, con indígenas y afros sólo como personal subalterno). También se diferencian de las montoneras como las que el gaucho Güemes organiza en el norte del virreinato. Los vencedores de Las Piedras son expresión de una alianza de clases donde el sector radical, representante de las redes multiculturales, predomina en la correlación de fuerzas.

Las derrotas en 1810 del ejército independentista de Belgrano fuerzan a la Logia de los oligarcas a asumir esta coyuntura, momentánea resignación del mando. Pero con Sarratea, con Alvear, con el propio Rondeau, los logistas tratarán de reasumir el control del movimiento federal de los de abajo.

Los criollos ricos de Montevideo y Buenos Aires terminarán aliándose a los colonialistas para derrotar al movimiento de las redes multiculturales, el de Artigas, Andresito, Ansina y Juana Bautista, el que se expande hacia el Entre Ríos, Corrientes y Misiones, hacia Córdoba y hacia Santa fe; y despierta profundas simpatías en el Alto Perú y en la misma Buenos Aires. Las fuerzas armadas artiguistas son del pueblo armado, o mejor dicho *pueblos armados*, pues cada cual pelea según su cultura y sus propios jefes, y las acciones se coordinan en una federación que más que de provincias es federación de culturas. Hay también tropas regulares, como los Dragones de la Libertad, pero siempre son tropas auxiliares de los hombres y mujeres del pueblo en armas.

2) Fogones y cabildos

Desde 1811 el movimiento independentista muestra una dualidad de poderes; por un lado los fogones deliberantes, articuladores de la estrategia popular; por otro los cabildos ciudadanos, donde llega Artigas muchas veces mandatado por los fogones pero donde debe negociar con "patriotas" terratenientes y esclavistas. De esas negociaciones surgen algunos documentos que luego aparecen con la firma de Artigas pero que responden a un cuidadoso equilibrio para no romper prematuramente la alianza de clases.

Este proceso de alianza de clases con altibajos se mantiene hasta 1815. Dentro de la Liga Federal hay provincias donde gobiernan las redes multiculturales directamente, como en Misiones, pero en otras (como en Corrientes) la oligarquía local soporta al artiguismo como un mal menor del que no puede desembarazarse todavía, dado que así aspira a convocar al entusiasmo popular para sus propios fines.

3) La tierra de la discordia

En 1815 el Reglamento de Tierras rompe la alianza de clases. A pesar de su redacción cuidadosa (por ejemplo, sólo se expropia «a los malos europeos y peores americanos» y sólo se da tierra «a los negros libres», o sea que no se toca el tema de la esclavitud en general) las cosas han ido demasiado lejos. Nadie se engaña hacia dónde va el proceso. Artigas había anunciado que su gente «promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable» y lo estaba cumpliendo de forma radical, o sea, yendo a la raíz. Y la raíz estaba en la tierra.

En ese momento la Liga Federal da héroes y heroínas de cada uno de los cuales se debería escribir aparte: el estratega guaraní cristiano Andrés Guacurarí, el jefe charrúa Vaimaca Perú, el caciquillo Manuel, el líder afroamericano Joaquín Lencina, los estrategas guerrilleros afroamericanos Encarnación Benítez y Manuel Ledesma, el entrerriano Blas Basualdo, el gaucho Andrés Latorre, el cura jacobino Monterroso y los curas gauchos Gomensor y Acevedo; las lanceras Melchora Cuenca, Juana Bautista, María Aviará, Victoria la Payadora, Soledad Cruz; mujeres patriotas urbanas como Ana Monterroso y Josefa Oribe, junto a europeos como el irlandés Campbell (fundador de la marina de guerra artiguista, independiente de los corsarios) y el militar español republicano (posiblemente masón de la línea yorkista) comandante Muiño.

Junto a los héroes están los aliados vacilantes (como Oribe, que se retira a Buenos Aires en 1817, que es el futuro fundador del partido Blanco) y los traidores como Rivera, fundador del partido Cisplatino o Colorado.

4) El miedo de los poderosos

Los poderosos y los vacilantes se enfrentan abiertamente a Artigas entre 1816 y 1817; y entonces (en el momento más glorioso de los pueblos, cuando las cosas se dicen directamente, cuando las culturas confraternizan como nunca antes, y las medidas se toman en toda la profundidad necesaria) una nueva amenaza se yergue contra la esperanza de las mayorías. El miedo de los poderosos forma la alianza entre los terratenientes "independentistas" de Buenos Aires y Montevideo, los nostálgicos del virreinato como Batlle, los colonialistas portugueses invasores, el alto clero y la línea predominante en la masonería.

Es nuevamente la guerra. En un movimiento de pinza dos poderosos ejércitos portugueses avanzan sobre la Banda Oriental. Por detrás, en la retaguardia montevideana, conspiran masones oficialistas, terratenientes, esclavistas y monárquicos (esta es una separación teórica, los cuatro grupos están integrados prácticamente por las mismas personas). Inglaterra es parte esencial de la conspiración. Y Buenos Aires con promesas tentadoras neutraliza a los aliados provinciales más débiles de la Liga Federal.

La dualidad de poderes de 1815 se había roto en 1816 a favor de los pueblos, y por un momento los fogones habían tomado todo el poder, desplazando inclusive a los cabildos; pero en la hora de la contrarrevolución, el fogón será abolido, el cañón y el sable dirán la última palabra, y nuevos cabildos elitistas (antesala de la Constitución reaccionaria de 1830) legitimarán en 1817 la usurpación del poder popular.

Se combate durante todo el año de 1819 y hasta septiembre de 1820. Desde la caída de Tacuarembó hasta Kamba'í, en tierra misionera, cada vez que los "artigueños" son diezmados brotan de la selva y la llanura como hongos tenaces; cada vez es más indio y africano, y cada vez más femenino, el rostro de la resistencia desesperada de las redes multiculturales.

5) La opción paraguaya

Pero Artigas conoce el arte del repliegue. Ya en 1811 y después en la "Marcha Secreta" de 1814 había demostrado que era un experto táctico. Ahora, en septiembre de 1820, rodeado en la selva misionera, rechaza el ofrecimiento de asilo del cónsul norteamericano (que anda entre los ejércitos rivales con toda impunidad) y traba negociaciones urgentes con el Dr. Francia, Supremo Dictador del Paraguay, para solicitar asilo momentáneo para él y trescientos orientales más, entre ellos lanceros y lanceras afroamericanos.

El Dr. Francia era un admirador de Robespierre y del radicalismo jacobino, pero con un marco teórico cristiano; había construido un país progresista, sin analfabetos, con la tierra repartida entre todos. Pero mantenía con Artigas una contradicción esencial: mientras que para éste el poder se construye de abajo arriba

("*de fogón en fogón se oye la voz*") y da todo el poder a los fogones y a los cabildos populares, descentralizando; por el contrario, el Dr. Francia asume sobre sí mismo una "*dictadura provisional de los de abajo sobre los poderosos*" y cierra con candados la puerta de su territorio a toda influencia federal (por ello había tenido choques militares con los artigueños sobre el río Paraná). Sobre esto escribí con más detalles en mi libro "*Historia diferente del Uruguay*".

El Dr. Francia acepta y da asilo a los orientales pero pone una condición: que no hagan política y vivan separados. Así, algunas familias negras orientales quedan en Camba Cuá y otras en Laurelty; después ubica a Pedro Campbell en Ñeembucú, y en cuanto a Artigas y Ansina los lleva a la lejana San Isidro Labrador de Curuguaty, en el norte yerbatero.

Artigas, que no logra una entrevista directa con el Dr. Francia (todo se hace a través de oficiales paraguayos de confianza y el cura revolucionario Pa'í Avatí) recibe con júbilo la noticia de su destino selvático en Curuguaty: Artigas sabe que en Asunción sería controlado por el Dr. Francia, pero en la selva es libre. Ríos, picadas solitarias, la amistad de los pueblos originarios, chasques, en suma: el contacto con la Banda Oriental y el Entre Ríos está asegurado. Las redes multiculturales viven y luchan.

6) Revolucionario hasta el fin

En 1825, cuando los treinta y tres desembarcan con apoyo argentino para coordinar la resistencia contra el imperio esclavista brasileño (heredero del portugués), Artigas en su frontera selvática tiene ya 2.000 indios en armas (la mayoría guaraníes cristianos) para liberar su provincia; y los charrúas le dan señales desde Tacuarembó de que mientras él no llegue no se levantan «contra el viejo Lecor» que no es peor que algunos orientales terratenientes.

Pero es el Jefe de los treinta y tres que le aconseja a Artigas que no regrese todavía. Es comprensible, porque Lavalleja ha recompuesto una alianza de clases muy amplia: por la liberación de la provincia Oriental están dispuestos a combatir los federales y los unitarios de las provincias unidas, los pueblos y las logias masónicas oficialistas, los antiguos aliados de Artigas y sus antiguos enemigos; y los ricos terratenientes, saladeristas y comerciantes probritánicos financian la campaña de los treinta y tres… a condición de que no huela a artiguismo, ni a redes multiculturales.

Después, Artigas pierde definitivamente toda posibilidad de retorno pacífico con la Constitución separatista de 1830. Su trabajo con las redes multiculturales, sin embargo, continúa desde donde esté. El futuro lo necesita.

La Constitución de 1830 es el documento en el que se plasma la derrota de las redes multiculturales, los sueños de las mayorías americanas en este rincón oriental, y se sella la alianza entre el colonialismo británico, los criollos más ricos

(grandes terratenientes y esclavistas) y las antiguas familias monárquicas como la de Batlle.

Por la Constitución de 1830 la provincia Oriental es separada de la patria grande que soñó Artigas y pasa a ser un Estado tapón como quería Inglaterra. La tierra vuelve a sus "dueños" colonialistas, los amigos de Lecor pasan a ser diputados, los esclavos vuelven a ser sólo esclavos, los traidores pasan a ser jefes militares, y los indios, y especialmente los charrúas artiguistas, van a ser perseguidos en un intento de exterminio mucho peor que en tiempos de la colonia. Pero no todos son iguales al genocida y abyecto traidor Fructuoso Rivera. Oribe, el segundo presidente de la nueva república (Oribe abandonó a Artigas pero volvió con los treinta y tres) intentó al menos hacer una investigación administrativa sobre la corrupción de Rivera, el primer presidente; y éste le respondió destituyéndolo e inaugurando así la tradición, tan recurrente en el partido que fundó después, de dar golpes de Estado. Comenzó así la Guerra Grande, que va a durar desde 1836 hasta 1851 (recuérdese que Artigas muere en 1850).

La Guerra Grande no es una guerra de caudillos: de un lado está el colonialismo europeo apoyando y armando (y dirigiendo) al servilismo colorado de Montevideo; del otro está Oribe apoyado por el federalismo de los terratenientes que quieren soberanía americana y proteccionismo a su industria pero bajo la conducción hegemónica de la clase terrateniente.

Artigas vive informado, al día: primero por los caminos secretos de la selva, después (bajo el gobierno de Carlos Antonio López) por las múltiples visitas, ahora autorizadas, que llegan a su solar cerca de Asunción. No es neutral en la Guerra Grande: aunque no es su proyecto, aunque no es el programa de las redes, sus simpatías son explícitamente federales. Por eso no acepta ser utilizado como lo hubiera sido si volvía en las condiciones en que los colorados le propusieron hacerlo. A pesar del chantaje afectivo de su hijo José María cuando lo visita en el Paraguay, quien le invita a un regreso en paz y reconciliación, en un barco colonialista, escoltado por la escuadra anglofrancesa de intervención y recibido magnánimamente por el gobierno colorado, Artigas decide que así no vuelve.

Quedará con su nostalgia en el Paraguay acosado, contra el que afilan ya sus garras los colonialistas y los traidores. Allí será enterrado y desenterrado cinco años después, para ser devuelto al Uruguay y reposar en un depósito del puerto por un largo año más sin que nadie (nadie con poder, se entiende) se interese por sus huesos.

Capítulo cuatro: El sendero intacto

1) Artigas. ¿Y después qué?

Artigas murió en 1850, cuando Marx ya había escrito *El Manifiesto Comunista* y en Europa las luchas obreras avanzaban vigorosas.

¿Cuál es le legado de Artigas para épocas tan diferentes como las actuales? ¿Qué fue de todo ese inmenso movimiento que los seguía, o mejor dicho, ese inmenso movimiento de pueblos y culturas que por un breve período Artigas tuvo el honor de encabezar?

2) Otra vez nos mintieron

En primer lugar hablemos de las mentiras sobre Artigas.

Primero fue calumniarlo: a eso se dedicó el primer gobierno del Estado Oriental mientras aniquilaba la resistencia organizada de sus seguidores (el golpe principal fue asestado contra los charrúas artiguistas). A calumniar a Artigas se dedicaron los poderosos de ambas márgenes del Plata (y no los "porteños" como dice la historiografía burguesa uruguaya, cambiando lucha de clases por rivalidades "nacionales" artificiales).

Cuando el Poder constató que la devoción popular hacia Artigas era demasiado fuerte, las clases dominantes intentaron apropiarse de su imagen. Primero se atrevió a reivindicarlo el partido cuyo fundador (Oribe) lo había abandonado en 1817; mucho después el partido que lo combatió siempre (el Cisplatino o Colorado). El Ejército, constituido en fuerza política decisora en los períodos turbulentos, lo trató de incorporar como precursor heroico y empleó su heráldica en las modernas máquinas de guerra. Claro que ni el federalismo, ni el reparto de tierras, ni la descentralización del poder, ni el multiculturalismo artiguistas eran banderas reales de un ejército, constituido por funcionarios públicos armados, al servicio del Estado tapón antiartiguista impuesto por el colonialismo británico en 1830.

3) Los hijos de los derrotados

Ahora veamos qué ocurrió con los hijos de los protagonistas de aquella gesta:

Antes recordemos que las redes multiculturales de las mayorías humildes tenían proyectos propios, sus propias expectativas desde el siglo XVIII. Después de 1810 (por Napoleón se había debilitado el control español sobre sus colonias) las redes hicieron alianzas con los independentistas oligárquicos, pero fueron traicionadas.

La derrota de 1820-1830 fue durísima. Entonces las redes populares se replegaron y muchas veces el poder neocolonial de los flamantes "estados" sudamericanos (estados siempre endeudados y acogotados, dependientes) las pudo controlar y neutralizar por cierto tiempo. Ese poder corrupto y apátrida de los países recién nacidos logró fragmentar las redes y a veces hasta enfrentar un sector con otro. Como en el antiguo imperio romano, como en la política colonialista en África en el siglo XX, la política del Poder es dividir y enfrentar a los de abajo entre sí. La gente más lúcida de cada cultura oprimida volvió entonces a su propia memoria, tratando de preservar su identidad, mientras los más vacilantes se sometieron o negociaron con diferentes sectores del Poder.

Pero las redes siempre renacen. Así fue en la segunda mitad del siglo XVIII con el montonero Felipe Varela, así fue en parte cuando gauchos, afrodescendientes y los charrúas sobrevivientes decidieron apoyar a Leandro Gómez en Paysandú, así fue en Río Grande con la revolución federalista de 1893, así fue, en parte, con Aparicio Saravia especialmente en 1904. Sólo en parte.

1904 es un año crucial. El Estado burgués es gobernado por su más lúcido estadista, José Batlle y Ordóñez, quien con una política "reformista" en el ámbito urbano aplica con habilidad la división y el control de las redes populares (ya menos multiculturales, más homogéneas después de la obra "civilizadora" de Latorre y Varela). Batlle crea una fuerte base social entre los inmigrantes europeos y excluye brutalmente a los pobres del campo. Para la gente *de los barcos* construye escuelas públicas y provee empleos estatales; para los pobres del campo leva forzosa, cárcel, desalojo y ninguna posibilidad de expresión política ni defensa legal contra el abuso de la autoridad. A la manera del imperialismo inglés Batlle crea un mini imperialismo interno: las riquezas las produce el campo (el sudor del peón, en realidad) pero los beneficios de la exportación vuelven exclusivamente para la ciudad (donde también viven los estancieros ricos), y gotean migajas para los trabajadores urbanos, pues se está estimulando la inmigración de trabajadores calificados para las incipientes industrias.

El pobrerío rural es rebelde, tiene memoria. Cuando Saravia se toma en serio el discurso demagógico del directorio del Partido Nacional, ofrece los títulos de propiedad de sus estancias para financiar "la dignidad de los de abajo" y da armas a los pobres del campo, revive el artiguismo, pero los nuevos trabajadores urbanos, sin memoria oriental, todavía no lo comprenden. Los intelectuales "progresistas" como Florencio Sánchez tampoco lo entienden. No puede llegar a ellos. La reconstrucción de las redes multiculturales contra el poder burgués queda a medio camino.

Los que sí lo entienden son los dirigentes del Partido Nacional, es por eso que intentan envenenar a Saravia, lo delatan, luego le ordenan al blanco Justino Muniz que los persiga; bloquean los cargamentos de armas, y finalmente construyen un pacto blanquicolorado para pedirle al presidente norteamericano Theodore Roosevelt que traiga barcos de guerra contra Saravia.

4) Artigas debe pensarse en una dimensión continental, no provincial

Las redes multiculturales siempre reaparecen. Antes de Artigas las convocaron Tupac Amaru y Zumbí; después de Artigas (para sólo nombrar algunos ejemplos de nuestro continente) las encabezaron Felipe Varela, los héroes de la resistencia paraguaya de 1870, Pancho Villa y Zapata, Sandino, la Tricontinental impulsada en los sesenta por Cuba y el Che, los sandinistas (aunque descuidaron el factor multicultural en la costa atlántica) *os sem terra*, los zapatistas, y hasta los movimientos de

las minorías étnicas en defensa de la naturaleza, que advierten que la protección del medio ambiente es una política social de primera necesidad.

Artigas fue el conductor de estas redes en uno de los momentos en que el epicentro de la revolución continental pasó por el Río de la Plata. Pero debemos entender que las fuerzas motrices de la revolución continental radical, de los de abajo, sufren cambios en su composición y a ellos debemos estar atentos. ¿Quiénes deben levantar hoy las auténticas banderas de los artigueños?

El poder mundial ha cambiado sus métodos para saquearnos. En la época colonial española era el saqueo del oro, de la plata, de los cueros. Los portugueses, más vinculados a la modernidad británica, trajeron la caña de azúcar y más que saquear recursos saquearon la fuerza de trabajo esclavizando indios y después africanos. España les copió los cañaverales. El colonialismo inglés ya no sólo *sacaba*: trataba de *colocar* aquí sus propias mercancías, destrozando a sangre y fuego las artesanías y manufacturas locales, imponiendo a los pueblos el consumo de sus productos. El imperialismo del siglo XX ya no sólo saqueaba e imponía la colocación de sus productos; también *exportaba capitales* para explotar mano de obra barata en los países pobres y endeudados por los empréstitos norteamericanos y europeos; después de 1945 se crearon poderosos *mecanismos de sometimiento* como el FMI, El BM, el BID; en los setenta las computadoras y la robotización disminuyeron el peso relativo de la clase obrera; en los ochenta los laboratorios trasnacionales lograron el patentamiento genético y el control de los cultivos que alimentan al mundo; ahora en el siglo XXI se pretende controlar y privatizar toda la naturaleza y deberemos pagar como "servicio ambiental" a las trasnacionales hasta el agua potable que quede, de la que se apropian para distribuirla ofreciendo diferentes calidades a diferentes costos.

O acabamos con el neoliberalismo o el neoliberalismo acaba con el planeta.

5) Cambios en la composición de las fuerzas motrices

Las redes multiculturales y populares en los sesenta se nucleaban en torno a la *alianza obrero campesina*. Recuerdo como ejemplo la bandera de la organización guerrillera guatemalteca llamada EGP: sobre fondo rojo una constelación de estrellitas (las culturas originarias de Guatemala) hacían un arco cerrado por dos grandes estrellas que simbolizaban la alianza obrero campesina, y todas las estrellas rodeaban la imagen rojinegra del rostro del Che.

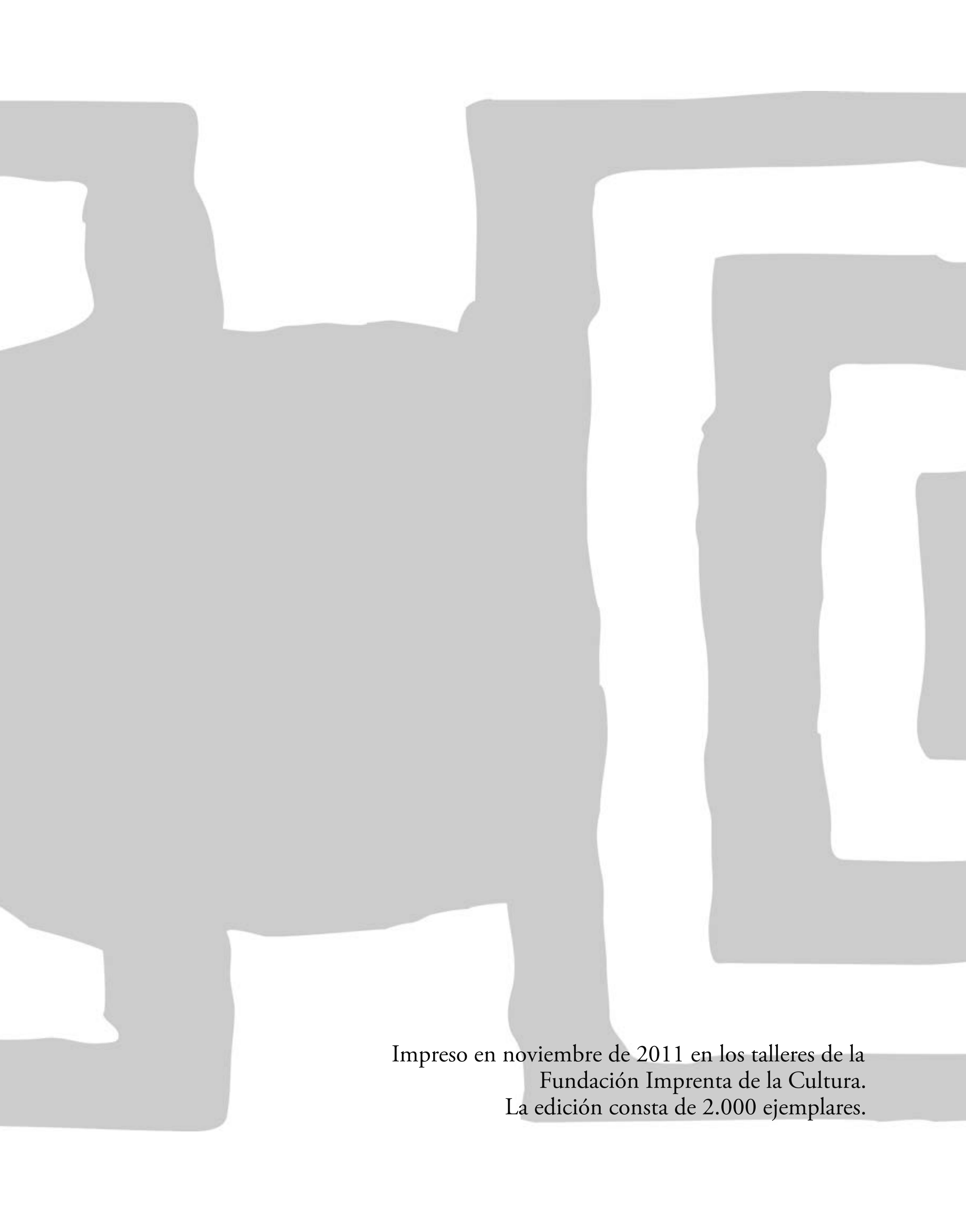
¿Dónde están hoy los obreros y los campesinos? Claro que sobreviven muchos de sus destacamentos combativos, y en ellos la conciencia de clase, la memoria y la resistencia; pero hoy muchas fábricas son moles en ruinas con vidrios rotos, y el pequeño productor es expulsado del campo. La fuerza motriz principal, el abanderado artiguista *de los más infelices* sigue siendo el proletariado; pero si el proletariado moderno era profundamente industrial, el proletariado contemporáneo es mucho más heterogéneo, y habrá que redescubrir códigos de género, etarios, de

origen cultural diverso, de religiosidades populares diversas, que nuclean y agrupan a subconjuntos de esas fuerzas motrices para convocarlas y entender sus propias convocatorias hacia un cambio radical.

Artigas «conocía como nadie el corazón de sus paisanos» y hasta en sus símbolos y consignas recogió tradiciones y mitos de los pueblos que integraban las redes multiculturales.

A nosotros, que nos preguntamos hoy cómo seguir, nos está haciendo falta aprender a oír mejor y caminar más entre nuestra gente del Sur. En las luchas, en los sueños y en las esperanzas de la gente está Artigas esperándonos.

INDÍCE



Impreso en noviembre de 2011 en los talleres de la
Fundación Imprenta de la Cultura.
La edición consta de 2.000 ejemplares.

GONZALO ABELLA
Montevideo, 1947

Profesor con una amplia formación académica en el área de las Ciencias Sociales (URSS, 1979; IDRC, Canadá, 1988). Ha publicado investigaciones socio-históricas sobre la identidad, la cultura y la historia de las etnias uruguayas, entre las que podemos mencionar *Nuestra raíz charrúa; Historia diferente del Uruguay* (2002); *La Leyenda de Soledad Cruz* (novela, 1997); *Orientalitos (Postales de historia para adolescentes)* (1999)y *La cachimba del piojo* (1995), además de numerosos artículos de investigación sobre la historia política de Uruguay.

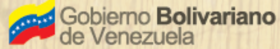
En la llamada Latinoamérica poscolonial, las recién independizadas naciones mantuvieron la misma estructura socioeconómica en la que los grupos de poder —representados por terratenientes, hacendados, partidos políticos y militares que aprovecharon su participación en las batallas por la independencia— reprodujeron conscientemente el esquema monoproductor y de control sobre los medios de producción, excluyendo del uso colectivo de la tierra a los indígenas y afrodescendientes. En República Dominicana, Uruguay, Paraguay y Venezuela, algunos próceres fueron expatriados y exiliados forzosamente de sus países de origen; en algunos casos, nunca se les permitió regresar.

Este es el caso de José Artigas (1764-1850), quien apoyó la causa de los charrúas y gauchos, luchando contra los partidos de gobierno conservadores de Paraguay y Uruguay por una patria más justa donde los oprimidos, vejados y explotados recuperaran lo que por derecho les correspondía. Los charrúas lo llamaban afectuosamente "El señor que resplandece", referencia que origina el título de este trabajo. Gonzalo Abella análisis el legado ideológico y revolucionario de Artigas, y la trascendencia de su visión política de país. Artigas fue un hombre que como Bolívar, soñaba con una América más justa mucho antes de la guerra de independencia, época en la que comienza sus disertaciones sociopolíticas y la defensa de las ideas republicanas y democráticas.

SERIE latinoamericana







Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

